

A man wearing a dark, heavy coat and a flat cap, looking directly at the camera with a serious expression. The background is dark and moody.

TÚ, SUCIA RATA

FERNANDO LALANA

edebé

D.J.57

TÚ, SUCIA RATA

Chicago, 1931. El alcohol está prohibido y los gánsteres se han hecho los dueños de la ciudad. El dinero ilegal obtenido por el tráfico de whisky es capaz de comprar a muchos corruptos, da igual de qué estamento sean. De vez en cuando, una matanza cambia las tornas y un nuevo jefe se alza con el poder, pero todo sigue igual. ¿Es posible que triunfe el amor en un ambiente así, lleno de asesinatos y venganzas? ¿Heredan los hijos los pecados de los padres? Annie solo tiene 18 años y ya es una experta conductora en atracos; después de todo, su padre, víctima en la matanza de San Valentín, le enseñó todo sobre coches. Y Júnior, con sus 22 años, es el niño mimado de su padre, Frank Nitti, el lugarteniente de Al Capone. ¿Qué futuro puede esperarles a dos jóvenes como ellos por muy enamorados que estén?

©2019, Lalana, Fernando

©2019, edebé

ISBN: 9788468341156

Generado con: QualityEbook v0.84

Generado por: oleole, 10/05/2019

Fernando Lalana

Tú, sucia rata

Edebé

Metadatos

© FERNANDO LALANA, 2019

© Ed. Cast: Edebé, 2019

Primera edición, febrero 2019

ISBN: 978-84-683-4115-6

Depósito legal: B. 860-2019

14 DE FEBRERO DE 1929

2122 NORTH CLARK

Cuando un nuevo día amanece y todavía no ha podido albergar acontecimiento alguno, es difícil adivinar si pasará a la historia. El año 1929 contó con un día fatídico, el llamado Jueves Negro, el 24 de octubre, el día del derrumbe de la Bolsa de Nueva York, comienzo de la llamada Gran Depresión.

Para mí, sin embargo, el peor día de aquel año fue el Día de los Enamorados. Un día frío y desapacible, ventoso, húmedo y gris. El típico día odioso que te entumece los huesos, tan habitual en Chicago.

El día en que me mataron.

Era, en efecto, el 14 de febrero, San Valentín. Mi mujer me entregó un regalo nada más despertar. Un encendedor de oro hecho en Francia. Por Dios, qué enamorado estaba de ella; y ella de mí, supongo. Aquella mañana, me habría quedado a su lado, bajo las sábanas, hasta la hora de comer. Pero era imposible porque tenía trabajo a primera hora y, cuando me marché de casa, Beth y la niña siguieron durmiendo, sin saber que nunca más volveríamos a vernos.

Sí, es cierto, lo recuerdo bien: Travis, Barney, Pillo, Solomon, Leonard y yo madrugamos mucho aquella mañana tan fría. Nos reunimos en el garaje del jefe Moran, en la calle Harrison, y escogimos el Plymouth sedán 30 U y un Pierce-Arrow, ambos grandes. Coches potentes, pesados y con gran capacidad. Era un encargo aparentemente sencillo: recoger un cargamento de buen whisky que el jefe había comprado la semana anterior a un mayorista del este. De New Jersey,

si no recuerdo mal. Un tipo llamado Elmore.

Travis, Pillo y yo subimos al 30 U. Me puse al volante y conduje tranquilo, en dirección oeste. Barney, Solomon y Leonard nos seguían en el Pierce-Arrow, a una distancia prudente. Luego, giramos a la izquierda, hacia el norte.

Circulamos despacio, respetando las normas y los semáforos. Los adoquines estaban húmedos y resbaladizos, igual que los carriles del tranvía y los cabellos de las muchachas que caminaban presurosas por las aceras, camino de los colegios y de las academias.

Poco antes de las nueve, llegábamos a nuestro destino, un garaje fuera de uso en el número 2122 de North Clark. Era un espacio grande como una cancha de básquet, de tejado a dos aguas y con cristaleras altas. La puerta (muy ancha, de guillotina) estaba abierta y metimos los coches hasta el fondo, donde dormitaban dos desvencijadas camionetas REO y un Ford T herrumbroso y esquelético. Además de garaje, debió de ser en su día taller mecánico, pues disponía de un foso de reparaciones, banco de trabajo y diversos arcones con herramientas, incluido un soplete de acetileno con sus dos bombonas de gas, aparentemente en buen estado. Me extrañó que nadie las hubiera robado.

Maniobramos para colocar los autos de cara a la salida y no perder tiempo a la hora de marchar.

Pensábamos que el señor Moran nos estaría aguardando, pero todavía no había llegado, así que nos dispusimos a esperarle.

No habían pasado ni cinco minutos cuando aparecieron cuatro hombres, cuyas siluetas se recortaron a contraluz en el rectángulo creado por el marco de la puerta contra la claridad de la mañana, que ya estaba pasando de plomiza a plateada. Los tipos se calaron sus gorras de plato. De modo que, al parecer, eran polis. En mi cerebro, comenzaron a sonar las alarmas. Muy nítidamente. Como el aullido de la sirena de un camión de bomberos.

—Buenos días, agentes —saludó Travis, que estaba a cargo de la operación, mientras los demás adoptábamos una actitud precavida.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó el más alto de los policías, tuteándonos desagradablemente—. Hace tiempo que nadie venía por este garaje. ¿Sois de Chicago o forasteros?

—Somos ciudadanos de Chicago, desde luego que sí. Tenemos una cita con ciertos caballeros del este, para cerrar un negocio.

—Un negocio, ¿de qué tipo?

—Venimos a recoger unas cuantas cajas de botellas de leche malteada.

El poli esbozó una sonrisa.

—Leche malteada, ¿eh? Seguro que sí... ¡Je! Vamos a esperar entonces a que aparezcan esos caballeros del este.

Dio dos pasos hacia nosotros, entró en el garaje, superó el contraluz y pudimos verle la cara. Yo pensé al momento que, si aquel tipo era un policía, yo era un archidiácono de la iglesia luterana. Tenía más cicatrices en el rostro que el superviviente de un bombardeo. En el mismo instante, sus tres compañeros se abrieron los sobretodos de color azul y nos apuntaron con los subfusiles Thompson que habían mantenido ocultos hasta entonces.

La cosa pintaba mal. De reojo, vi cómo mis amigos se palpaban disimuladamente la ropa, apretando sus armas en los bolsillos. Pero estábamos en desventaja, pese a ser seis contra cuatro. Plateados revólveres del 38 contra negros subfusiles ametralladores. Todas las de perder.

Mal asunto.

No sé ellos, pero yo me percaté enseguida de que estábamos perdidos. Los Thompson no formaban parte del armamento reglamentario de la policía de Chicago así que, una de dos: o no eran policías o no venían en misión oficial. De inmediato, rompí a sudar.

En cambio, Travis aparentó tranquilidad. Quizá vio en ello nuestra única posibilidad de salir con vida de aquella maldita situación. Siguió hablando, como si nada, dirigiéndose a los polis de mentira.

—Vamos, señores..., eso no es en absoluto necesario. ¿A qué comisaría pertenecen, agente?

—Eso a ti no te importa.

—A la catorce, ¿verdad? Si son de la catorce, el capitán Bradford ya cobró el importe de sus apuestas la semana pasada. Tiene mucha suerte con los caballos el capitán.

Se refería Travis a que el señor Moran, nuestro jefe, ya había repartido los correspondientes sobornos entre la policía del distrito para que hicieran la vista gorda en operaciones como la de ese día.

El poli de las cicatrices asintió con la cabeza y se dio media vuelta de un modo un tanto teatral. Cruzó entre la fila que formaban sus compañeros, llegó hasta la puerta y, con un gesto del brazo, tiró hacia abajo de la cadena. El portón cayó y se cerró con fuerza. Sonó como si una enorme campana tocase a muerto, pero con un tono sordo en lugar de metálico.

—Acabad con ellos —dijo entonces, sin más.

Tres palabras. Eso fue todo. Las últimas tres palabras que íbamos a oír en nuestra vida.

De inmediato, ladraron furiosas las ametralladoras. Ráfagas de plomo ardiente. La muerte gritando, como una tartamuda enloquecida. Ta-ta-ta... Olor a pólvora y a metal caliente: el acero caliente de las armas, el bronce caliente de los casquillos, el plomo caliente de los proyectiles.

Es curioso. Cuando te queda un segundo de vida, parece que el mundo se detiene; ya lo comprobaréis cuando os llegue el momento. El cerebro, al comprender que se avecina el final, empieza a funcionar a toda velocidad, más deprisa que nunca. Como si quisiera agotar todo el combustible del depósito. Y entonces la vida, en apariencia, se congela. El mundo se calla. Los recuerdos se amontonan. El aire se vuelve gelatina.

En el transcurso que media entre el disparo que te trae la muerte y la muerte misma da tiempo de recordar tu pasado, de sentir rabia por ti y lástima por los que se quedan y que tanto pero tanto tanto te echarán de menos. Ves la bala saliendo de la bocacha de un Thompson, con tu nombre escrito, grabado en el metal. Ves cómo se acerca y piensas si serías capaz de esquivarla. Pero no es posible. Tu cerebro funciona como un rayo, pero tu cuerpo no.

Por fin, llega el impacto. Y otro detrás. Y otro y otro. Al menos, no hay dolor. No da tiempo a que lo haya. El Thompson es muy rápido y, antes de sentir el dolor, llega la oscuridad. Baja un telón pesado, una cortina negra y polvorienta. Y entonces, mueres.

Eso es todo. Salvo los condenados a pena capital y los suicidas, nadie sabe cuándo le va a llegar la hora; nadie espera, al despertar cualquier mañana, que ese sea el día en que vaya a morir. El último día de tu vida. No lo esperas, pero mueres igualmente. Hoy no te tocaba a ti, pero mueres porque a la muerte le resultan indiferentes tus anhelos; indiferentes tus planes, tus ilusiones, tus proyectos. Mi mujer y mi hija llorarán. Mis amigos sentirán lástima y odio. Y quienes han apretado el gatillo no sentirán nada, supongo. Era su trabajo de hoy. Solo eso.

Y lo más curioso: a mí todo eso me dará igual, porque estaré muerto.

16 DE FEBRERO DE 1929

F OREST HOME CEMETERY

Quizá aquel día pueda ser considerado como el último de paz entre las bandas de gánsteres de Chicago. Durante los funerales y el entierro de los tiroteados en la matanza del día de San Valentín, la ciudad se sumergió en una tensa calma que auguraba lo peor.

Tras los oficios religiosos en la Segunda Iglesia Presbiteriana de la ciudad, una larguísima comitiva de cinco coches fúnebres e innumerables automóviles negros, acompañada en todo momento por una fuerte presencia policial, se dirigió al cementerio de Forest Home, al oeste de la ciudad, junto al río Des Plaines. Atravesó los territorios de diversas familias de la mafia sin que se produjera el menor incidente. Eso sí, todos tenían la certeza de que se trataba de la calma que precede a la tempestad.

Al llegar la comitiva fúnebre a su destino, comenzó a nevar.

A Pillo se lo había llevado su familia para enterrarlo en Nuevo México. Sus cinco compañeros, en cambio, iban a recibir sepultura allí, en su ciudad, en Chicago, juntos, en un terreno propiedad de su jefe, Bugs Moran.

Se leyeron algunos mentirosos discursos que tildaron a los fallecidos de ciudadanos ejemplares y, tras el sepelio, se formó una larga fila de personas cabizbajas para dar el pésame a los deudos. Por esa fila pasaron incluso los enemigos más conocidos de Moran: John Torrio y Al Capone. Todo el mundo sabía que los hombres de Capone, encabezados por Jack «ametralladora»

McGurn, habían sido los asesinos de los seis de Moran; pero alguien, todos, o quizá nadie, decidió que aquel día era necesario guardar las formas.

Tras el pésame hipócrita, los asistentes al sepelio fueron regresando al calor de sus grandes automóviles negros. Lo hicieron pisando la nieve, ensuciándola, como ensuciaban cuanto tocaban, encogidos bajo sus abrigos. Silenciosos.

Fue entonces cuando Betty Fulton se acercó a Bugs Moran llevando de la mano a su hija Annie, de dieciséis años recién cumplidos. Ambas tenían el rostro congestionado, en parte por el frío, en parte por el dolor.

El gánster se inclinó para abrazar a la viuda de Eddy Fulton y acarició ligeramente, con el dorso de los dedos, la mejilla de la chica, que se esforzó por no retirar la cara e intentó sonreír sin conseguirlo.

—No sabes cuánto lo siento, Beth —dijo Moran a continuación, en tono apesadumbrado—. No solo era uno de mis mejores hombres. También era un amigo. Uno de los pocos buenos amigos que he tenido.

Annie Fulton comenzó a llorar en silencio. Su madre, en cambio, mantuvo en el rostro una expresión impenetrable, dura como el pedernal.

—Él nunca me engañó, Bugs —dijo la mujer—. Nunca me dijo una cosa por la otra. Jamás endulzó la realidad. Sabíamos que esto podía ocurrir. Las esposas de otros quizá no lo sepan o no quieran aceptarlo. Yo siempre supe que era la mujer de un gánster. Y que cada mañana, cuando salía de casa, tenía muchas posibilidades de no regresar. Siempre me decía que la única chica con la que podía llegar a serme infiel era con la muerte. Así ha sido.

—Así es siempre, Beth. En nuestro mundo, nunca sabes cuándo vas a tener una cita con la de la guadaña. Pero todos sabíamos lo muy enamorado que estaba de ti.

La mujer bajó la vista. Estaba a punto de derrumbarse. Aguantó, sin embargo.

—Te lo agradezco, aunque nada de lo que me digas me podrá servir de consuelo. Lo único que quiero saber es qué piensas hacer para vengarle. A él y a los otros cinco, claro está.

Bugs no contestó de inmediato. Antes, tomó a Betty del brazo y caminaron ambos sobre la fina capa de nieve que ya empezaba a pintar de blanco la hierba del cementerio. Annie se mantuvo detrás de ellos, a cuatro o cinco pasos, como le había indicado antes su madre.

—Verás, Beth..., esto ha sido un duro golpe para nosotros. Las cosas están cambiando rápidamente. Después de matar a O'Bannion, John Torrio ha

decidido retirarse definitivamente, dejando como sucesor a ese siciliano malnacido...

—Al Capone, ¿no? Eddy me habló alguna vez de él. Me habló muy mal, por cierto.

—Es una bestia. Un animal de presa. Capone quiere hacerse el amo de todo Chicago. Y ya ves cuáles son sus métodos. Se acabaron las viejas buenas maneras, el respeto entre nosotros. A partir de ahora, Chicago es la selva e impera la ley del más fuerte. ¿Sabes que yo también tenía que haber estado allí, en aquel garaje de North Clark? Mi coche se negó a arrancar, llegué tarde y eso me salvó la vida. Pero el golpe de Capone ha sido muy duro. Nos han perdido el respeto. Ellos y los demás. Estamos heridos de muerte y todos van a venir a darse un festín con nuestros despojos, Beth.

—¿Y qué piensas hacer, entonces?

Moran suspiró. Aún no había cumplido los cuarenta, pero en las últimas horas parecía haber envejecido veinte años.

—Me marchó. No puedo ganar y no quiero más camaradas muertos enturbiando mi conciencia e impidiéndome dormir. Estoy barajando la posibilidad de ir a Las Vegas, donde tengo algunos buenos amigos, aunque... estoy tan harto del mal tiempo de Chicago, que seguramente optaré por un lugar más templado. Tal vez Atlantic City. Quizá la soleada California. No lo sé aún. Me apetece el buen tiempo.

—¿Me estás diciendo que te rindes? —preguntó Betty Fulton, mirando altiva a Moran, incrédula, masticando las palabras—. ¿Es eso? ¿No vas a luchar contra Capone y los demás?

Moran negó en silencio, mirando a lo lejos.

—Sería un baño de sangre. Un inútil baño de sangre, entiéndelo. Al perder a tu marido y a los otros muchachos, mi organización ha quedado descabezada. Antes de que me pueda recuperar, habrán acabado con todos nosotros. Así que me voy. Por descontado, me gustaría ayudarte en todo lo que pueda, Beth. A ti y a las familias de los demás. En tu caso... había pensado ofrecerte venir conmigo.

La viuda se separó un paso del gánster.

—¿Lo dices en serio?

—Muy en serio.

Ella lo miró a él de hito en hito. Desafiante.

—¡Vaya...! Esto sí que no me lo esperaba.

El gánster tomó aire.

—Siempre..., siempre me has gustado, Beth. Lo sabías. Lo sabes. Nunca te lo dije porque estaba Eddy, pero lo sabías perfectamente. Ahora, Eddy ya no está. Ven conmigo.

Beth sintió una náusea, pero consiguió dominarla. También logró que su voz siguiese sonando tan firme como antes.

—No, Bugs. No me iré contigo. No me iré a ninguna parte. Nadie me va a echar de Chicago. Me quedaré y vengaré el asesinato de Eddy. Si tú no lo vas a hacer, tendré que hacerlo yo.

Moran se irguió. Ni pudo ni quiso ocultar su contrariedad.

—No estás pensando con claridad, Beth. Tienes la muerte de Eddy aún muy reciente. Piensa en tu hija. Dale algunas vueltas al tema esta próxima noche y llámame mañana. Podrías empezar una nueva vida con Annie en un lugar mucho más amable. Yo os ayudaría. Estaría a vuestro lado desde el primer momento.

—Gracias, Bugs —gruñó la mujer—, pero no necesito comodidades sino venganza. Estoy sedienta de venganza. ¿Han matado a Eddy como a un perro y yo voy a darme la vuelta y marcharme a Florida a tomar daiquiris contigo, como si no hubiese ocurrido nada?

—Precisamente porque ha ocurrido algo terrible es el momento de cambiar de aires. Eddy lo habría querido así, estoy seguro de ello. Piénsalo y llámame.

Habían llegado junto a uno de los Cadillac negros. El jefe Moran abrió la puerta trasera. Madre e hija pasaron al asiento posterior y él cerró, con suavidad.

—Llámame —repitió, ante el cristal de la ventanilla—. Llámame y nos iremos juntos.

Bugs Moran, el gánster que durante años había controlado la zona este de Chicago, metió las manos en los bolsillos de su abrigo de pelo de camello y contempló cómo el auto se alejaba, pisando cristales de nieve sobre el pavimento cada vez más blanco.

Estaba cerrando una página de su vida, pero no tenía la sensación de estar a punto de abrir otra nueva.

Por supuesto, Betty Fulton nunca lo llamó.

13 DE ABRIL DE 1929

PURPLE PELICAN CLUB

Exactamente ocho semanas después de aquel sábado inclemente, hacia las nueve de la noche, Betty Ful ton descendió de un taxi que acababa de detenerse a la puerta del Purple Pelican, el club más de moda en Chicago.

El Purple Pelican Club era un sitio especial. Ofrecía música en vivo todas las noches en un local no especialmente grande ni lujoso que ocupaba parte de los semisótanos del Hotel Continental. Precisamente eso, que no tuviera un gran aforo, lo había convertido en un lugar exclusivo. Conseguir sitio en una de sus catorce mesas cualquier día de la semana, no digamos la noche de un sábado, era señal de distinción. No bastaba con tener dinero. Era necesario tener influencias; era preciso ser alguien en Chicago.

El Pelican era uno de los clubes nocturnos que apostaban por el *blues*, la música triste que llegaba del sur, interpretada exclusivamente por negros y que suscitaba pasiones más intensas que el *jazz*. Para algunos, el *blues* era una nueva religión.

Y aquella noche de sábado, en el templo del *blues* de Chicago, hizo su aparición una diosa con la que nadie contaba, a la que pocos conocían y que deslumbró a todos.

Estaba anunciada para esa noche la actuación de Leadbelly, un músico que ya se había labrado una merecidísima fama en otros puntos del país, especialmente en Memphis, la capital del *blues*, y cuya presencia en Chicago

había levantado expectación.

Sin embargo, cuando Beth apareció en el Pelican, rasgaba su guitarra en el escenario, intentando imponerse a las conversaciones, un joven intérprete llamado Booker White.

Aquella noche, Booker supo lo que era perder la atención del público cuando la viuda de Eddy Fulton comenzó a descender los veintiséis peldaños que comunicaban la puerta del club con la sala. Al llegar la mujer a la mitad de la escalera, cesaron las conversaciones. Cuando el joven músico, sorprendido, alzó la vista para intentar averiguar la causa de aquel silencio, perdió por completo el compás.

Primero, dejó una nota en el aire; enseguida volvió a tocar, pero su melodía pareció la banda sonora que acompañaba los pasos de la mujer hacia su destino. Para entonces, ya había acudido junto a Beth, rápido como la flecha de un comanche, Horace Coltrane, el encargado del local, que le sonrió y la guio hasta una mesa situada en el lado derecho de la sala. Cercana, pero no contigua al escenario, lo que habría resultado demasiado incómodo. Le recogió el abrigo para llevarlo al guardarropa y asintió cuando ella le pidió una consumición.

Todos los clientes del Purple Pelican estaban pendientes de la recién llegada y hasta se cruzaron apuestas sobre la bebida que habría solicitado. Fueron más los que pensaron que se inclinaría por un San Francisco; pero ganaron los que intuyeron que pediría un Peach Melba, que le sirvió, cosa poco habitual, el propio Horace.

Booker miró a la mujer, casi como si le estuviera pidiendo permiso para continuar con su interpretación. Y ella le sonrió, casi como si le estuviese dando su beneplácito. El músico volvió a pulsar las cuerdas de su guitarra y la atención que Beth le prestó contribuyó a que la mayoría de los parroquianos también siguiera la actuación con mayor interés.

Tras interpretar otros dos largos temas con los que cosechó encendidos aplausos, White anunció un descanso. De inmediato, las conversaciones subieron el tono, creando una atmósfera más distendida. Un murmullo protector. El muchacho se acercó entonces a la mesa de Beth y se inclinó para hablarle cerca del oído.

—Quería saludarla, señora. Me llamo Booker.

—¿Cómo? ¿Bukka? —preguntó Betty.

Él rio.

—Bueno..., supongo que se puede pronunciar así también. Debo decirle que

es usted una de las mujeres más hermosas que he conocido. Tanto que, en un primer momento, he pensado que iba a arruinar mi actuación. Por el contrario, su presencia me ha permitido captar la atención de algunos de estos patanes que vienen aquí a pavonearse y dar voces. Gente que jamás habría prestado atención a mi música.

—Ten cuidado con lo que dices, Bukka. Algunos de estos patanes te llenarían el cuerpo de plomo si te oyeran llamarlos así. Tienes razón en que ninguno de ellos viene aquí a disfrutar del *blues* sino porque este es el lugar de moda en la ciudad. Pero me alegro de que te hayan escuchado. Eres bueno. Estoy segura de que llegarás lejos.

—Gracias, señora. Veo que entiende. ¿Ha venido usted a escuchar a Leadbelly?

—¿A quién?

—Leadbelly. Es un gran músico. La actuación principal, a partir de las diez y media.

Betty compuso un gesto ambiguo.

—Lo cierto es que no lo conozco. Realmente, no sabía quién actuaba esta noche. Solo he venido a distraerme un rato. Pero me alegro de haber coincidido contigo.

Booker sonrió.

—Es usted la única mujer sola en todo el club, lo cual me parece inexplicable. Si quiere, puedo venir a hacerle compañía cuando termine mi actuación. Podríamos escuchar juntos a Leadbelly...

—De ningún modo —le cortó Beth, tajante.

El joven de color se irguió, serio.

—Oh, ya veo... A primera vista parece usted una mujer fuera de lo común pero, en realidad..., es como todas.

Ella lo miró. Por primera vez, se fijó realmente en él. Era guapo. Seguramente, ambicioso. Y no tendría más de veinticinco años.

—Hace poco que estás en Chicago, ¿verdad, Bukka? —le preguntó.

—Así es. Llegué la semana pasada.

—Lo suponía. ¿Y sabes qué? Tienes toda la razón: soy una mujer corriente. Y como la mayoría de las mujeres, tengo cierto instinto maternal. Por eso no quiero compartir mesa contigo. Lo que yo piense de la gente como tú no tiene importancia. Pero si te dejase acompañarme, algunos de estos a los que tú llamas patanes, que tanto acaban de aplaudirte, podrían acabar con tu carrera como

músico de un plumazo. Quizá, incluso, con tu vida. Podrían pegarte un tiro en la cabeza. O podrían romperte los huesos de las manos en trocitos tan pequeños que no podrías volver a tocar ni los platillos.

El músico se irguió. Sintió la boca seca, aunque trató de disimularlo.

—¿Por qué razón harían algo así?

—No te hagas el tonto. Lo sabes de sobra: porque eres un negro que no sabe cuál es su sitio. En el escenario puedes parecer una estrella y ganarte sus aplausos, pero si te cruzas con ellos por la calle, hazte a un lado y no los mires a los ojos. Es un consejo.

—¿Cree que me asustan, señora? —replicó el muchacho, con suficiencia—. ¿Sabe? Me he criado en el sur, en Aberdeen, Misisipi. Allá abajo, la vida para los de mi raza resulta complicada, se lo aseguro.

—Puedo imaginarlo. Pero esto no es Aberdeen. Esto es Chicago. El sur del norte. La principal diferencia con Misisipi es que aquí no matan solo a los negros. En Chicago, todo el mundo muere. Buena parte de los que ves aquí sentados han matado a tantos hombres que hace tiempo que están condenados al infierno, sin remisión. Mil curas rezando durante un año entero no bastarían para salvarlos de las llamas eternas. Toca para ellos, diviérteles y te darán su dinero; pero olvida por un momento cuál es tu lugar, y te encontrarás tocando tu guitarra en la orquesta de san Pedro. Dales una palmadita en el hombro, haz una broma que no les guste o intenta enamorar a una de sus mujeres... y te llenarán el corazón de plomo, sin pestañear. Y ahora, lárgate antes de que sea tarde.

Booker White tragó saliva, esbozó una sonrisa y asintió.

—Gracias por la lección, señora. Tengo que volver a mi lugar, entonces. Debo terminar mi actuación. Ha sido un placer.

—También para mí, Bukka.

White regresó al escenario e interpretó tres nuevos temas.

En el momento de la despedida, se acercó al micrófono. Betty se temió lo peor.

—Muchas gracias, señoras y señores —dijo el chico, respondiendo a los aplausos del público—. Estaré aquí las próximas cuatro semanas, todas las noches. Si les ha gustado mi música, díganse lo a sus amistades. Me llamo Bukka White.

Beth Fulton sonrió, aliviada.

Desde esa noche, Booker White fue Bukka White, y con ese nombre pasaría a los anales de la música norteamericana.

Fue a poco de terminar la actuación de Bukka, cuando Beth sintió una presencia acercándose entre las mesas hasta tomar asiento junto a ella, sin pedirle permiso.

Estuvo tentada de volverse, pero consiguió contener su curiosidad y permaneció concentrada en su Peach Melba. Así que el recién llegado se vio obligado a reclamar su atención.

—Buenas noches, señora. Permítame presentarme. Me llamo Frank Nitti.

El corazón de Betty comenzó a latir aceleradamente. No podía creer que hubiera sido tan fácil: había llamado la atención de Nitti, el lugarteniente de Al Capone. Era su objetivo esa noche y, sin apenas esfuerzo, lo había logrado. O, al menos, lo tenía al alcance de la mano: el famoso Frank Nitti, al que llamaban «el ejecutor». Ahora, tenía que mantenerse fría y controlar la situación.

—Mucho gusto. He oído hablar de usted, señor Nitti. Pero siéntese, por favor.

Nitti, que ya había ocupado la silla, no entendió la ironía.

—De modo que sabe quién soy. En ese caso, me encuentro en desventaja, porque yo, en cambio, aún no sé quién es usted.

Beth miró al gánster con cierto estudiado gesto, a medias entre el interés y el desdén.

—Me llamo Beatrice —dijo, tendiéndole la mano—. Beatrice Fulton.

—Es un placer, señora. Y hay dos cosas que me resultan incomprensibles: que una mujer como usted esté aquí sola... y que haya conseguido una mesa mejor que la mía.

Betty esbozó en ese momento su sonrisa más demoledora.

—Desde que murió mi marido, apenas salgo de noche, pero sigo conservando algunos buenos amigos. El dueño de este local es uno de ellos.

—¡Oh..! La acompaño en el sentimiento. De modo que me encuentro ante una viuda inconsolable.

—Quizá no tan inconsolable.

Nitti sonrió. No era un hombre bien parecido, pero se sabía en posesión del atractivo que emana de los poderosos.

—En cualquier caso, una verdadera lástima. ¿Y no espera a nadie?

—No. He venido..., he venido a escuchar a Leadbelly y a tomarme un par de copas. Sola. Hacía tiempo que no me daba ese gusto y lo echaba de menos. Hoy he decidido poner fin a mi luto.

—En ese caso, quizá pueda acompañarla e invitarla a otro cóctel.

Betty simuló que se lo pensaba. Durante largo rato.

—Quizá, señor Nitti —dijo al fin—. Quizá.

Nitti tenía fama de despiadado y enamorado, cualidades ambas que no cuadraban bien con su condición de ferviente católico, tan habitual en la mayoría de los italianos. Estaba casado y tenía un hijo llamado Joseph con el que no parecía tener demasiada sintonía. Pese a ello, gozaba de fama de buen padre y esposo. Sin embargo, era igualmente conocido por sus romances con mujeres hermosas, a las que mantenía y protegía. Con una de ellas, Ursula Sue, tenía dos hijos de los que Nitti se ocupaba como si fueran legítimos, hasta el punto de que, al mayor de ellos, le había puesto su nombre y todos lo llamaban Frank Júnior. Desde hacía casi dos años formaba parte de la organización de su padre.

Cuando Nitti conoció a Beth Fulton aquella noche de sábado en el Purple Pelican Club, quizá no se enamoró perdidamente de ella, pero sí se encaprichó de su belleza hasta tal extremo que ni siquiera se molestó en investigar quién había sido su difunto marido. Tampoco le habría servido de mucho. Eddy Fulton era solo un nombre más en la larga lista de aquellos a los que había ordenado matar, por iniciativa propia o por orden de Al Capone.

Dos semanas más tarde de aquel primer encuentro, Beth se instaló con su hija Annie en uno de los apartamentos propiedad de Nitti en Jackson Boulevard, en el West Side de Chicago.

A partir de ese momento, y salvo por el hecho de que tenía una esposa con la que estaba casado hasta que la muerte los separase, Nitti se comportó con Beth y Annie como si fueran su mujer y su hija.

JUEVES, 19 DE MARZO DE 1931

CALLES DE CHICAGO

Annie observa la sucursal del Bank of Philadelphia desde la esquina anterior, la de la calle 46, al volante del Ford V8, con el motor en marcha. Por el momento, todo está tranquilo; todo parece ir bien. La mañana es fría y plateada. Los transeúntes caminan presurosos, encogidos dentro de sus gabanes y sus abrigos, como caracoles con dos patas.

De pronto, al mirar por el retrovisor exterior, se le revuelve el estómago al ver acercarse un coche patrulla. Viene por la avenida, desde el sur. Sin luces, sin prisa. Cuando los policías están a punto de rebasarla, la chica se cala el sombrero, inclina la cabeza y se tapa el rostro llevándose la mano derecha a la mejilla. Como si se estuviese rascando el extremo de la ceja. El Buick negro de nueve plazas, pero con solo seis ocupantes y todos ellos con la gorra de plato en la cabeza, sigue adelante, llega al cruce y, afortunadamente, gira a la derecha.

Annie respira. Luego, vuelve a fijar su vista en el banco. Ve a Fergus caminando por la acera, justo ante la puerta, seis pasitos a un lado, media vuelta, seis pasitos al otro; fumando con la mano izquierda y la otra mano en el bolsillo del abrigo. Es el vigilante, encargado de dar la voz de alarma si surgen problemas.

Annie sabe que, a través de los bolsillos sin forro, sujeta bajo el abrigo gris la recortada Remington de dos cañones paralelos que tanto le gusta. A ella esa arma le pone los pelos de punta. Mucho más que los subfusiles Thompson

semiautomáticos que usan la mayoría de sus compañeros y casi todos los hombres de acción de las bandas rivales. Un disparo a cinco metros con la Remington, aun sin apuntar con precisión, destroza a un hombre irremediabilmente. Sin ninguna salvación posible.

Annie consulta su reloj Westclox de bolsillo y constata que Júnior y los demás llevan en el interior del banco más de cinco minutos. Demasiado tiempo. ¿Qué estará pasando? Vuelve el hormigueo gastrointestinal. Un escalofrío le recorre la espalda y la obliga a alzar los hombros involuntariamente.

De pronto, se abre la puerta de la oficina bancaria y ve salir de espaldas a Jack, con el pañuelo tapándole el rostro, pero inconfundible con sus seis pies de estatura y sus dos pies planos. De inmediato, Fergus tira el cigarro, se vuelve hacia ella y le hace con el brazo izquierdo gestos para que se acerque.

—¡Allá voy! —dice ella en voz alta.

Sujeta el volante y acelera a fondo. El motor sube de revoluciones en vacío, produciendo un ruido escandaloso y una nube de vapor trasera.

—¿Qué pasa? —se pregunta Annie, asustada—. ¿Por qué no arranca este trasto?

Se percata entonces de que no ha engranado la primera velocidad. Se maldice por su torpeza, deja de acelerar, pisa el pedal del embrague y mete la marcha. El motor no había caído lo suficiente de vueltas y la rascada de piñones resulta antológica. Pero consigue engranarla.

Entonces, quiere salir tan deprisa que cala el auto en el intento y solo consigue que el Ford ejecute una especie de ridículo salto de rana.

—¡Oh, no, no...! ¡No es posible!

Por la puerta del banco acaban de salir Júnior y Lenny. Los dos disparando al aire para amedrentar a los clientes y empleados que dejan dentro, de bruces sobre el suelo. Y Annie todavía no se ha movido del sitio. Le va a caer una bronca de categoría. Eso, suponiendo que todo salga bien. Si por su culpa los pillan o se frustra el atraco, las consecuencias pueden ser mucho peores. Podría morir gente.

Annie vuelve a desembragar a fondo, tira de la palanca de puesta en marcha y comprueba con desesperación cómo el arranque ladra en vano. Después de tanto rato funcionando al ralentí, el motor, sin duda, se ha ahogado.

—Pero ¿qué me está pasando? —se pregunta Annie, propinándose varias palmadas en las mejillas y rompiendo a sudar pese a la gélida temperatura exterior.

Se lleva las manos a la cara y se frota los ojos un segundo.

—Cálmate —se dice—. Sabes de sobra lo que hay que hacer: accionar el arranque y pisar el acelerador, poco a poco, hasta la tabla. Eso desahogará los carburadores.

Al segundo intento sí que arranca el motor V8, lanzando por el tubo de escape una considerable humareda negra.

—¡Por fin! —exclama la chica.

Primera, gas a fondo, chirrido de neumáticos. Un vistazo rápido a ambos lados de la calle 46 oeste, para asegurarse de que no viene ningún otro vehículo. Diez segundos más y ya está frente al Bank of Philadelphia, donde la banda al completo, con el botín en las manos, espera la llegada del coche en el que huir como quien espera al autobús.

Ha comenzado a sonar una alarma exterior, una campana de timbre muy agudo, irritante.

Annie frena ante ellos y los cuatro hombres saltan al interior del vehículo.

—¿Dónde diablos estabas, niña? —le grita Lenny, destempladamente.

—¿Pensabas que teníamos que atracar otro banco además de este? —dice Júnior, siempre irónico, sonriente, sin perder el buen humor.

—Vamos, vamos —exclama Jack McGurn desde el asiento delantero—. Arranca de una vez.

En ese momento sale del edificio el director, con un revólver en la mano, y dispara hacia ellos. Seis veces, muy seguidas, agotando el tambor. Al menos dos de los proyectiles impactan en la chapa del auto, produciendo un sonido metálico, escalofriante. Ni dos segundos tarda Fergus en asomar la Remington por la ventanilla y apretar ambos gatillos a un tiempo.

Los dos disparos suenan como un único cañonazo que destroza la puerta del banco, convertida al instante en astillas de madera y añicos de cristal. El director salva la vida de milagro al arrojarle dentro de la oficina, aunque tres de las postas se le incrustan en la pierna derecha.

El Ford V8 arranca entre las carcajadas de loco de Fergus.

—¡Eso para que no vuelvas a intentar hacerte el héroe! —grita—. ¡Idiota!

El coche empieza a circular por la 46 hacia el norte, ganando velocidad pero sin pasarse, para no llamar la atención. De pronto, tres coches de la policía aparecen en dirección contraria. Se dirigen a toda marcha hacia el banco recién atracado.

—Esos ya han recibido el aviso —dice McGurn—. Un poco más y nos pillan

en la puerta.

—¡Recarga el arma, Fergus! —grita Júnior—. ¡Y tú, pisa a fondo!

—¡Cálmate! —le pide Annie—. Quizá aún podamos pasar desapercibidos si no hacemos ninguna burrada.

La chica continúa conduciendo a velocidad moderada.

—¡Bien! ¡Pasan de largo! —exclama Jack, intentando hundirse en el asiento.

Diez segundos más tarde, Annie, tras mirar por el retrovisor, le tiene que contradecir.

—¡Maldición! El último de los tres coches ha dado la vuelta bruscamente. Creo que nos han identificado y vienen a por nosotros. ¡Sujetaos! ¡Empieza la diversión!

—¡Dale estopa a este trasto! —aúlla Júnior, como si fuera un grito de guerra.

Annie hunde el pie en el acelerador y los noventa caballos del Ford V8 rugen como la marabunta. El coche de los atracadores gana velocidad rápidamente y el de la policía no consigue reducir distancias. Siguen ambos en dirección norte, atravesando los cruces a una velocidad escalofriante. En cada uno de ellos, Annie se acerca al centro de la calzada. Así, si aparece otro vehículo en trayectoria de choque, dispondrá de más metros para intentar esquivarlo. Por fin, poco antes de llegar a Montaguy Avenue, Annie ve su oportunidad. Una boca de incendios pierde agua profusamente y ha creado una lámina de humedad que cruza la calzada.

—¡Vamos a girar, chicos! ¡Agarraos fuerte! —advierde la conductora.

—¿Adónde vas? —exclama Lenny—. ¡Frena un poco, que nos matamos!

—¡Vamos a volcar! —grita Júnior.

El Ford dobla a la derecha, hacia Montaguy Avenue. Lo hace a velocidad de vértigo, de un modo que parece imposible. Aprovechando el agua sobre el pavimento, Annie da un volantazo y cruza el larguísimo vehículo, haciéndolo girar casi ciento ochenta grados para, de inmediato, con un contravolante magistral, devolver la mitad de ese giro y enfilarse la avenida en dirección este, hacia el lago.

—¡Por san Patricio! —exclama Lenny, que es irlandés, católico y practicante—. ¿Cómo has hecho eso, chica? ¿Cómo lo has conseguido?

Eso todavía no es nada. Lenny se va a santiguar en menos de medio minuto, cuando un coche de color granate aparece a toda velocidad por la calle 38 y avanza hacia ellos a toda mecha, con la clara intención de embestirlos.

—¿Quiénes son esos? —pregunta Júnior.

—Hombres de Mortimer —masculla McGurn, con odio.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco sus coches. Han comprado varios de esos modelos europeos con nombre de mujer.

—¿Mercedes? —pregunta Annie—. Creo que son muy buenos y potentes. ¡Vamos a comprobar de lo que son capaces!

La avenida no es muy ancha, hay coches aparcados junto a la acera y por el centro de la doble calzada circulan los tranvías. Se aproxima uno en cada sentido. Los dos coches zigzaguean mientras avanzan uno hacia el otro en lo que parece una maniobra suicida.

—Nos van a encerrar contra los tranvías —vaticina Júnior.

—De eso, nada —replica Annie, reduciendo de tercera a segunda con un doble embrague escalofriante.

El Ford pierde velocidad bruscamente, evitando así adelantar al tranvía que circula en su mismo sentido. Cuando parece que va a detenerse, Annie gira a la izquierda, cruza sobre las dos vías y se sitúa en el sentido contrario de la avenida. Ha pasado a menos de dos metros del tranvía que circulaba en sentido contrario. El Mercedes de los hombres de Mortimer no ha podido cortarles el paso porque los dos tranvías se lo cortaban a él y ha estado a punto de embestirlos. El conductor ha calado el motor y ahora no consigue volver a arrancarlo.

—¡Maravilloso! —exclama Júnior entre dos risotadas—. ¡Eh! ¿Habéis visto eso? Esta chica conduce como los ángeles, no me digáis que no.

—Como los ángeles del infierno —completa McGurn, blanco como el papel.

A punto de estamparse contra una camioneta cargada de chatarra, Annie cruza otra vez las vías para recuperar el lado correcto de la avenida, y vuelve a pisar a fondo.

—¡Vaaamos allá...! —grita—. Estamos a tres manzanas de salir del territorio de Mortimer.

—Si lo conseguimos, se va a cabrear como un gorila —vaticina Fergus, muerto de risa.

Annie atempera la marcha y gira a la derecha de nuevo, esta vez sin llamar la atención de los viandantes. Incluso se detiene ante el siguiente semáforo, que acaba de cambiar a rojo.

—Allí, al fondo, empieza nuestro territorio —anuncia la chica, innecesariamente, con un gesto de la barbilla—. Casi lo hemos conseguido.

—Somos un gran equipo —resume Júnior—. Nuestro primer atraco ha sido un éxito.

—¿Qué piensas que dirá tu padre cuando se entere? —le pregunta Annie.

—¡Le va a encantar, ya lo verás! Y también al tío Al.

—Yo no estaría tan seguro —vaticina Jack McGurn, sombríamente.

Annie acelera en vacío, nerviosa.

—Vamos, vamos..., ¿por qué tarda tanto en cambiar a verde este maldito...?

Sin dejarle terminar la frase, dos coches han aparecido frente a ellos, cada uno procedente de uno de los lados del cruce, y se detienen en el medio, con la evidente intención de cerrarles el paso. Lo peor no es eso, sino que por las ventanillas comienzan a parecer los cañones de un número infinito de armas.

—¡Mierda! —grita Júnior—. ¡Retrocede, que nos abrasan!

Annie lanza un vistazo vertiginoso por los retrovisores mientras inserta la marcha atrás y, de inmediato, pisa a fondo. El coche retrocede, culebreando, al tiempo que una lluvia de proyectiles de diversos calibres se abate sobre él. Saltan hechos añicos el faro izquierdo y la mitad derecha del parabrisas. Los cuatro hombres se tiran al suelo, hechos un ovillo. Solo Annie permanece erguida, conduciendo marcha atrás a toda velocidad, controlando su entorno a través de los retrovisores.

De pronto, la chica da un volantazo que hace girar el auto como una peonza, al tiempo que intenta engranar la segunda velocidad. La caja de cambios se queja de la maniobra con un chirrido de engranajes que pone los pelos de punta.

—¡No rompas el coche o estamos perdidos! —exclama Fergus.

Los dos Mercedes de la gente de Mortimer han iniciado la persecución, pero lo han hecho con retraso, después de que la maniobra de Annie los dejase perplejos. Circulan por una calle de sentido único a todo trapo. La chica, de repente, toma una nueva decisión inesperada. Con un volantazo brusco, deslizando el tren trasero del Ford, se dirige hacia el callejón que separa dos edificios contiguos.

—¿Adónde vas? —grita Júnior, espantado—. ¡Si no cabemos!

—Sí que cabemos —replica Annie, calmadamente.

En efecto, caben. El enorme automóvil se introduce por el callejón como una carta por la boca de un buzón. Apenas sobran unos centímetros a cada lado y, como siguen circulando a toda velocidad, continuamente rozan en una u otra de las paredes. De pronto, Júnior señala hacia delante.

—¡Oh, no! ¡Está cerrado! ¡No hay salida!

—¿Te refieres a esa verja de nada? —pregunta Annie—. Yo creo que no será un problema.

El callejón no está cerrado por una tapia sino por una verja metálica que el Ford embiste y se lleva por delante con facilidad. Lo peor es el salto de casi metro y medio que hay a continuación, entre el piso del callejón y el huerto situado a espaldas de los edificios. Todos los pasajeros del coche gritan durante la caída. Jack grita mucho más porque, siendo el más alto, al aterrizar se golpea duramente la cabeza con el techo del vehículo.

—¡Aaah...! ¡Para de una vez, niña! —brama el hombretón—. ¡Prefiero que me acribillen los hombres de Mortimer!

Ahora, el coche avanza a trancas y barrancas por el suelo esponjado del huerto, despedazando calabazas, pimientos y cebollas, agitando a sus ocupantes como los ingredientes de un combinado en una coctelera.

—¡Yo también me quiero bajar! —suplica Fergus, que ya no se ríe lo más mínimo.

—¡No puedo parar ahora o nos quedaremos atascados! Calma, ya falta poco...

Por fin, tras haberlo dejado como un erial, logran salir del huerto derribando una cerca de madera y acceden a una calle adoquinada.

—¿Dónde estamos?

—Creo que tenemos que girar a la derecha —dice Annie.

—¡Desde luego! —exclama Jack—. Ye hacia la derecha, porque por la izquierda viene otra vez la gente de Mortimer. ¡Deprisa!

En efecto, los dos autos que los persiguen no se han atrevido a meterse por el callejón y han dado la vuelta al edificio, pero ya aparecen, chirriando ruedas y rugiendo motores, por el fondo de la calle.

—¡Bien! Les hemos sacado ventaja y creo que será suficiente. ¡Dale, Annie, dale! ¡Pisa el acelerador!

El motor Ford ruge y esta vez enfila Ontario Avenue en dirección oeste. Al llegar a LaSalle Street, empiezan a considerarse a salvo.

Sin embargo, aún les queda cruzar sobre el río Chicago, y el puente levadizo siempre tiene un cierto desnivel.

—¡Agarraos que vamos a despegar! —advierte Annie.

—¿Qué? ¿Despegar?

El Ford llega al puente de LaSalle a tal velocidad que el final del rasante le sirve de rampa de lanzamiento. Literalmente, vuelan. Durante una decena de

metros, el enorme coche se separa dos palmos del suelo. Ninguna de sus cuatro ruedas permanece en contacto con la calzada. Y, cuando caen, el impacto es terrorífico. Las ballestas de la suspensión se comprimen hasta hacer tope y el chasis del vehículo se retuerce como una salamandra. Las vértebras de los pasajeros se aplastan unas contra otras. Solo Annie, que había dibujado la maniobra antes en su mente, logra amortiguar el golpe en cierta medida sujetándose fuerte al volante, dejando que la inercia le separe el trasero del asiento pero apoyando a la vez con fuerza los dos pies en el piso. Como en la vagoneta de una montaña rusa.

—¡Nos vas a matar! —grita McGurn—. ¡Peor! ¡Nos vas a dejar tullidos para toda la vida!

El rugido del motor, lanzado de nuevo a toda velocidad, ahoga las palabras del gánster.

—¡Ya casi estamos! Nos queda una manzana..., media manzana... y..., ¡ya! ¡Lo hemos logrado!

—¡Sigue, sigue! —le ordena Júnior—. No me fío de los esbirros de Mortimer. Son como perros rabiosos. Serían capaces de perseguirnos en nuestro propio territorio.

Annie obedece a Júnior y durante otras dos manzanas circulan por LaSalle a velocidad suicida. Hasta que, finalmente, viendo que nadie los persigue, se consideran a salvo y la chica puede reducir la velocidad a unas razonables treinta millas por hora.

—Bueno, ya está, señores. Emocionante, ¿verdad? Ahora ya podemos decir que el golpe ha sido un rotundo éxito —resume ella, ante el silencio de sus compañeros.

—Por san Jorge, el dragón y sus madres respectivas —masculla Fergus, aún con la respiración acelerada—. Si llego a saber que la vida del atracador de bancos es así de peligrosa, me apunto a los marines.

—¡No, hombre...! Solo es así de peligrosa cuando conduce Annie —asegura Júnior, entre carcajadas.

Cuando, minutos más tarde, le entregan el coche a Parker, al pobre hombre casi le da un infarto.

—¿Qué diablos...? ¡Este auto es uno de los favoritos del señor Nitti! ¡Mirad lo que habéis hecho con él! ¿Qué le voy a decir?

—Dile que lo he usado yo para un trabajo —le propone Júnior—. Así, a lo

mejor se plantea darme algún coche en exclusiva. Si mi equipo tuviese un coche propio, no tendríamos que andar tomando prestado ninguno de los suyos.

—De todos modos, no es para tanto. Casi todo es suciedad —completa Annie—. Con una manguera y una bayeta, el tío Frank ni se dará cuenta.

—¡Pero si le falta un faro! —advierde Parker—. ¡Y medio parabrisas! ¡Los guardabarros llenos de rayas! ¿Y estos agujeros de bala, eh? ¿Cómo tapo yo los agujeros de bala?

—Hombre, Parker. Si el chapista de un gánster lo primero que aprende es a cerrar agujeros de bala.

—¡Ahí está! ¡Es que yo soy mecánico, no chapista! ¡Oficial mecánico!

Parker es un escocés menudo y fibroso, con cara de rata noruega. Un perro fiel de Frank Nitti, al que le está absurdamente agradecido por haberle proporcionado una vida indeseable.

—Eres nuestro hombre para todo, Parker —lo piropea Júnior, mientras le palmea la espalda—. Anda, ponte a ello, que nunca se sabe cuándo lo vamos a necesitar otra vez.

—Ahora pensaba ir a comer algo. Aún no he podido desayunar y...

—Ya comerás más tarde, hombre. Lo primero es lo primero, ¿no crees?

—Sí, bueno...

—Y a mi padre, ni una palabra. ¿Estamos?

TRESCIENTOS TREINTA Y TRES DÓLARES

Cuando dejan a Parker con las manos en la chapa del Ford, asombrosamente aún no han dado las doce, de modo que Annie se plantea ir a hacer la compra diaria al mercado de Little Italy, como hace casi todos los días.

—Júnior, ¿me puedes adelantar algo de mi parte del botín, para ir al mercado?

—Todavía no, preciosa. Hay que contarlo, entregar la parte correspondiente al fondo común y, luego sí, podremos repartir.

Annie tuerce el gesto.

—¿Qué es eso del fondo común? —pregunta.

—Mujer..., la comisión para la familia y la participación en los gastos generales, como los sobornos a la bofia, abogados y demás.

—¿Y... demás? Yaya..., a ver, aunque sea aproximadamente: si hemos participado cinco en el golpe y, supongamos, hemos sacado cinco mil dólares de botín, tocamos a mil por cabeza, ¿no?

—Eso, en bruto.

—Ya. ¿Y cuánto nos toca a cada uno, una vez pagadas las comisiones, los gastos... y demás?

—Pues... aproximadamente, un tercio.

—¿Qué? ¿Trescientos dólares? —exclama Annie, escandalizada.

—Pongamos trescientos treinta y tres.

—¡Pero...! ¡Pero esto es un robo a mano armada!

—Lo es. Pero daría igual en el caso del juego ilegal, el alcohol o las extorsiones...

—¡Me refiero al hecho de que la organización se quede dos tercios del botín! ¡Eso sí es un atraco y no lo nuestro al Bank of Philadelphia!

—Y espérate, que no nos descuenten también la reparación del Ford.

—¡Qué barbaridad! Pues no me vuelvas a llamar para echarte una mano en ningún atraco, porque es el trabajo peor pagado del mundo.

Júnior se echa a reír.

—¡Pero si lo estabas deseando!

—¿Jugarme el pellejo por trescientos cochinos pavos? ¡Ni lo sueñes!

—Está bien... Te prometo que, la próxima vez, iremos a por algo gordo de verdad. Algo como lo de Cleveland.

—¿Qué es lo de Cleveland? —pregunta Annie alzando las cejas.

—¿No te has enterado? La pasada semana, en Cleveland, una banda desconocida atracó un furgón blindado de la Reserva Federal. ¡Se han llevado cuatro toneladas de oro! ¿Sabes cuánto vale eso? ¡Casi tres millones de dólares!

A Annie le brillan los ojos.

—¿Oro? ¡Guau...! ¡Me encantaría robarle oro al gobierno! Eso sí que tiene que ser la leche en bote y no el dinero de papel, que parece que no robas nada. ¿Nosotros también robaremos alguna vez un furgón blindado? ¿Eh? ¡O un tren cargado de lingotes! ¡O la cámara acorazada del Primer Banco Nacional! ¡Anda, dime que sí!

—¡Claro que sí, Annie! ¡Lo que tú quieras! Y, además, lo haremos mejor: sin matar a nadie.

Annie se pone seria.

—Ah, quieres decir que los de Cleveland sí han matado a alguien.

Júnior hace un gesto ambiguo.

—Sí, bueno..., parece que se cargaron a cuatro, nada menos, dos policías y dos funcionarios del Tesoro. Sin embargo, yo idearé un plan perfecto en el que no habrá que disparar ni un solo tiro, ya lo verás. ¿Te apuntas?

Annie vuelve a sonreír.

—¡Me apunto! Pero solo si ahora me prestas dinero para hacer la compra.

—Vaaale. ¿Cuánto necesitas?

—No sé..., cincuenta.

El chico se lleva las manos a la cabeza.

—¿Cincuenta dólares para hacer la compra?

—Quiero darle una sorpresa a mi madre. Y le encanta el marisco.

Júnior resopla como un oso *grizzly* y saca del bolsillo un fajo de billetes atado con una goma elástica. Retira cinco de diez dólares y se los tiende a la chica.

—Ahí tienes un adelanto de tu parte. Te lo apunto, no creas que me voy a olvidar.

—Gracias.

—Y, oye..., buen trabajo. Me has dejado impresionado. Conduces mejor que nadie que yo haya visto. Mejor que nadie de la banda.

Annie renueva su sonrisa, encantada por el piropo.

—No tiene importancia. Tuve un buen maestro.

—¿Sí?

—Me refiero a mi padre. Era conductor. Y también mecánico y... bueno, un poco de todo. Trabajaba para Bugs Moran.

—Ah. Ya...

LANGOSTA A LA AMERICANA

Cuando al fin oye girar el llavín en la cerradura, están a punto de comenzar los boletines de noticias de las dos de la tarde en todas las emisoras de radio. Annie, entonces, se pone en pie y coloca los brazos enjarras.

—Pero, bueno, mamá..., ¿qué horas son estas de llegar? ¿Se puede saber dónde estabas? ¡Hace siglos que tengo la comida preparada!

La señora Ful ton se planta bajo el umbral de la puerta del comedor. Tiene el gesto duro como el acero de Pittsburgh. A Annie le basta mirarle la cara para tener la seguridad de que se avecina bronca de campeonato.

—Es cierto que llegaba un poco tarde, hija —dice, más seria que un fiscal del Supremo—. Pero lo que me ha retrasado definitivamente ha sido que me he cruzado con Jack McGurn en el vestíbulo del edificio. Y me ha contado... lo que habéis estado haciendo esta mañana.

—Bueno, siendo así, te perdono —dice Annie, muy sonriente, recogiendo velas—. Hala, vamos a comer y no se hable más.

—¿Que no se hable más? —grita la madre—. ¿Cómo que no se hable más? ¡Pues claro que vamos a hablar más!

La chica alza las manos.

—Cálmate, mamá. Si quieres hablar, hablamos. Pero no hace falta que se enteren todos los vecinos.

Betty resopla y baja el tono.

—Bien, me calmo —acepta—. Me calmo. Y con toda mi calma te voy a preguntar si es cierto que esta mañana... ¡has estado atracando un banco!

Annie mueve la cabeza de lado a lado.

—No. No, mamá, no lo es. Técnicamente, no, porque yo solo..., solo conducía. Te lo juro.

La señora Ful ton arroja su bolso sobre un sillón para poder apretar los puños.

—¿Que solo conducías? ¡Que solo conducías! Pues nada, ya está todo aclarado. ¡Solo conducías!

—Vale. Entonces, venga, vamos a comer.

—Pero ¿es que te has vuelto loca? —vuelve a gritar la madre de Annie—. ¿Cómo se te ocurre... semejante disparate, por Dios? ¡Y sin decirme nada!

—¡Ay, mamá, no te pongas así! Es que... ha sido algo inesperado. Y como no estabas en casa, no he podido avisarte.

—¡No me vengas con cuentos! ¿Desde cuándo el atraco a un banco es algo

inesperado? ¡No irás a decirme que se os ha ocurrido sobre la marcha!

—No, bueno, a ver... El atraco sí estaba planeado, claro, pero no mi participación. Verás: resulta que Frankie Júnior, el hijo de Frank, ha creado su propio equipo.

—Su propia banda de delincuentes, querrás decir.

—Sí, bueno, pero con el permiso de su padre.

—Vaya, al menos tiene el permiso de su padre. ¡Y no como otras!

—¡Mamá...! ¿Puedo seguir? Resulta que hoy tenían preparado el atraco a un banco en territorio de Mortimer. Le habían pedido a Billy Milton que fuese el conductor, pero esta noche, al levantarse para ir al retrete, Billy ha resbalado y se ha fracturado el calcáneo.

—¿El qué?

—El calcáneo. Es un hueso. Un hueso del pie. Creo que tiene que llevar escayola y muletas durante un par de meses. Total, que Júnior ha pensado en mí para sustituirle. ¿No es estupendo?

—¡Colosal! Ya te digo...

—Me lo ha pedido y le he dicho que sí. Ya sabes que papá era un chófer magnífico y me enseñó a conducir. Me enseñó todos sus trucos. Se me da bien. Y el asunto ha ido como la seda.

—Eso no es lo que me ha contado McGurn. ¡Me ha dicho que os han disparado!

—Bueno, mamá, es normal que haya habido algunos tiros. Por eso se les llama atracos a mano armada. Aunque no hemos estado nunca en verdadero peligro. Ha sido... casi divertido. No, tampoco, no me entiendas mal. Quiero decir que ha ido... normal, vaya. Hemos regresado todos sanos y salvos. No ha habido heridos. Bueno, salvo el director del banco. El muy idiota ha salido como un loco a la calle y Fergus ha tenido que dispararle. Pero solo le ha dado en la pierna. Creo. Nada grave.

La señora Fulton se deja caer en una silla, apoya el codo en la mesa y se sujeta la cabeza con la mano.

—No puedo creerlo, Annie. Estás a punto de ir a la universidad. De convertirte en la primera Fulton universitaria. ¿En qué estabas pensando para aceptar la proposición de ese... inconsciente de Júnior?

—No es un inconsciente, mamá. Tiene una buena cabeza. Por eso su padre le ha autorizado a crear su propio equipo. Su propia banda, como tú dices. Es inteligente. Y valiente.

—Y guapo.

—Eeh..., pues ahora que lo dices, sí. También es muy guapo. Ya veo que te habías fijado, ¿eh, mami? Siempre has sido una mujer con buen gusto.

La madre de Annie se cubre los ojos con las dos manos.

—¡Lo que me temía! Y pensar que estaba preocupada porque te habían tiroteado los hombres de Mortimer... ¡La realidad es muchísimo peor! ¡Te has enamorado de Júnior Nitti!

Annie alza las cejas.

—¿Qué...? ¡No! ¡Qué va!

—¡Pues claro que sí! ¡No hay más que oírte hablar de él! Tan valiente, tan listo, tan guapo...

Annie duda un instante si insistir en la negativa o aceptar la realidad. Solo un instante.

—¡Pues sí! Es valiente, listo y guapo. Pero, sobre todo, ha confiado en mí. Mientras la mayoría de los hombres nos ven a las mujeres como floreros y solo nos quieren para exhibimos a su lado en los clubes nocturnos, él ha puesto a toda su banda en mis manos. Ojalá hubiese más tipos como él.

—¡Te prohíbo terminantemente que te enamores de ese sinvergüenza! ¿Lo oyes? Pero ¿es que no te das cuenta de que es prácticamente tu hermano?

La chica abre unos ojos como platos.

—¿Hermano? ¡Qué dices! Júnior no es mi hermano ni por asomo. Vamos, a no ser que ahora me des la sorpresa de decirme que mi verdadero padre es Frank Nitti.

—¡Pues claro que no, qué cosas tienes! —gruñe Beth, que sigue hecha una furia—. Pero desde hace dos años, Frank nos ha acogido y te trata como si fueras su hija. Júnior y tú os habéis criado juntos; eso es casi como si fueseis familia.

—¿Y eso qué más da?

—¡Maldita sea, ya basta, Annie! Te lo diré bien claro: ¡no quiero que te conviertas en la mujer de un gánster!

Annie, que miraba al suelo, alza la vista hasta encontrarse con las pupilas de su madre.

—¿Y por qué no? —pregunta—. Es lo que tú siempre has sido, mamá. Primero, la mujer de un gánster. Y ahora, la amante de un gánster.

—¡Ya lo sé, no necesitas recordármelo! Precisamente por eso no quiero para ti una vida como la mía. ¿Es que no puedes entenderlo?

Annie mira a su madre de hito en hito, en medio de un silencio inesperado y

largo.

—Sí, mamá, te entiendo y sé que todo lo haces por mí —dice, por fin—. Y por eso te he comprado una langosta estupenda. Aún estaba viva cuando la he metido en la olla. La he cocido quince minutos, ni uno más ni uno menos. También te he traído una docena de ostras, que sé que te chiflan. Y un cangrejo de patas de araña. Y de postre, *macarons*.

Beth mira a su hija largamente. Durante unos segundos parece dispuesta a continuar con sus reproches pero, finalmente, mueve la cabeza, como dándose por vencida.

—Gracias, hija. Gracias —dice entonces, suavemente—. Me encanta la langosta. No hay nada en este mundo que me ayude tanto a olvidar los problemas como una buena langosta a la americana.

—A la armoricana.

—¿Qué?

—Casi todo el mundo dice «langosta a la americana»; pero, realmente, es «a la armoricana». Aunque... da igual.

—Cuánto sabes, hija. A veces, me apabullas. Y ahora dime que no estás enamorada de Frankie Nitti, por favor. Y prométeme que no vas a participar en ningún otro atraco. Hazlo, aunque sea mentira.

—Está bien, mamá. Te lo prometo. No habrán más atracos.

—¿Y lo de Júnior?

Annie suspira largamente.

—No estoy enamorada de Júnior Nitti, mamá. En realidad, estoy enamorada de su hermano Dick.

—¿Qué?

Annie estalla en una carcajada.

—¡Que no! ¡Que es broma...!

VIERNES, 20 DE MARZO DE 1931

VENGANZA

La tarde del día siguiente, hacia las cinco y media, Betty Fulton baja del tren elevado en Madison con Wabash y camina durante unos minutos mirando escaparates y, de reojo, tratando de averiguar si alguien la está siguiendo.

Por fin, tras varias idas y venidas, parece decidirse por entrar en Reginald Golden, una conocida peletería. La única de Chicago que aún vende carísimos abrigos de visón en plena crisis económica.

En cuanto Beth atraviesa la puerta, suena una campanilla y una de las dependientas, con el pelo teñido de rubio platino, acude solícita. Antes de que la chica pueda siquiera preguntarle qué desea, la mujer declama la contraseña pactada.

—Estoy interesada en un abrigo de chinchilla blanca y un gorro de astracán negro.

La muchacha tarda un par de segundos en reaccionar.

—En ese caso, tendrá que hablar directamente con el encargado. Si es tan amable de acompañarme...

La chica guía a la mujer hasta el fondo de la tienda y, atravesando un pequeño vestíbulo exhibidor, la conduce a la oficina del gerente, decorada con exquisito gusto en estilo *art déco* y en colores dorado, blanco y negro.

Sentado ante una mesa del tamaño de una pista de bolos, un hombre bien

trajeado y que usa gafas de pasta negra alza la vista desde los papeles que lee y contempla a Betty con verdadero interés y complacida sorpresa.

—Esta señora quería un gorro de astracán negro —explica la dependienta rubia platino.

El hombre se quita las gafas, alza las cejas y se pone serio.

—Gracias, Linda. Puede retirarse.

En cuanto la chica sale del despacho, el hombre se levanta, esboza una sonrisa de circunstancias y sale por una puerta situada a su espalda, sin decir palabra. Segundos más tarde, otro hombre, más joven y atractivo, hace su entrada en el despacho por la misma puerta y se dirige a Beth. El sujeto, que en un primer momento parecía tener prisa, modera de pronto el paso. Lo hace solo para poder contemplar durante unos segundos más a la recién llegada, mientras piensa que hace mucho tiempo que no ve a una mujer de su edad tan hermosa.

—La señora Fulton, supongo —dice al llegar junto a ella, tendiéndole la mano—. Soy Eliot Ness. Me alegra mucho que se haya decidido a colaborar con las autoridades...

—Todavía no he hecho nada por usted ni por las autoridades, señor Ness — corta Betty—. Pero confío en que sea la decisión acertada.

—No le quepa duda de ello, señora Fulton.

—Puede llamarme Beth. Y esto es lo que le traigo.

Sin dejar de mirar a su interlocutor, Betty abre su bolso y saca una pequeña libreta roja, de tapas de hule. Eliot Ness la toma y la hojea con mucho interés, deteniéndose en dos o tres de las páginas.

—Es una copia del libro de contraseñas de Frank Nitti —explica Beth Fulton—. Me ha llevado mucho tiempo hacerme con todas ellas porque solo podía echarle al original vistazos esporádicos. Pero le garantizo que está libre de errores. Espero que sepa qué hacer con ella.

Ness exhibe una sonrisa panorámica que, sin embargo, está lejos de la euforia que Beth esperaba.

—Desde luego que sí, Beth. Con esto, podemos tender emboscadas a la gente de Nitti y dar sentido a muchas de las conversaciones telefónicas que estamos interceptando. Y mucho más, supongo.

—¿Cree que con eso conseguirá encerrar a Nitti?

Ness suspira.

—Eso es cosa de la fiscalía y de los jueces, pero estoy convencido de que, gracias a esta libreta, Frank Nitti y sus hombres están mucho más cerca de

acabar entre rejas.

Ness vuelve a ojear la libreta, cada vez más entusiasmado. Cuando alza la vista, se encuentra con una expresión de hielo seco en el rostro de la mujer.

—¡Ejem...! Bien, y... ahora... supongo que llega el momento de que usted me pida algo a cambio.

La mujer parece dudar unos instantes.

—McGurn —murmura finalmente, como si tuviera miedo a pronunciar el nombre en voz alta.

Eliot Ness parpadea.

—¿Jack McGurn? ¿Jack «ametralladora» McGurn?

—Ese mismo. ¿Lo conoce?

—Pues claro. Es uno de los hombres que suenan a menudo en las conversaciones. Aunque no estamos muy seguros de la importancia que tiene en la organización de Nitti.

—Actualmente, no mucha —afirma Beth—. Fue su mano derecha durante algún tiempo, pero creo que ha caído en desgracia a los ojos de su jefe. En lugar de permitirle ascender en el escalafón, Nitti lo ha colocado a las órdenes de su hijo Frankie. Un chico de veintidós años.

—¡Uf...! Supongo que eso no le habrá sentado muy bien a McGurn. Pero... ¿por qué lo menciona?

Beth aprieta los dientes antes de responder.

—McGurn mató a mi marido.

El hombre se yergue.

—Oh, vaya. Créame que lamento...

—Ignoro si lo hizo por orden de Nitti o directamente de Al Capone —lo interrumpe ella—. Lo que sí sé es que fue él quien ordenó apretar los gatillos la mañana del catorce de febrero del veintinueve. ¿Le suena la fecha?

Ness no necesita hacer memoria.

—Desde luego que sí. La famosa matanza del día de San Valentín. De modo... que su marido era uno de los seis hombres de Bugs Moran que murieron en aquel garaje de la calle Clark.

La mujer asiente con un gesto contenido.

—Así es. Me encantaría que McGurn pasase el resto de su vida en la trena. Aunque tampoco vería con malos ojos que alguien le descerrajase un balazo entre las cejas. No sé si me explico.

—Se explica usted como un libro abierto, Beth. Y déjeme decirle que me alegra que me haya contado esto. Tiendo a desconfiar cuando la mujer de un gánster se decide a colaborar con las autoridades. Ahora ya conozco sus razones para ayudarme. Y es la más poderosa de todas las imaginables: la venganza.

La señora Fulton suspira. Por un instante parece ensimismada. Enseguida vuelve a clavar sus hermosísimos ojos en el agente del FBI.

—Acabe con Nitti y con McGurn, señor Ness, y le estaré eternamente agradecida —dice en tono implacable.

El jefe de «Los Intocables» suspira profundamente.

—No puedo prometerle nada, pero... haré cuanto pueda.

DOMINGO, 22 DE MARZO DE 1931

RESENTIMIENTO

Al igual que hizo Betty Fulton dos días antes, esa tarde Jack McGurn también toma el tren elevado, aunque a una hora mucho más tardía; y se apea mucho más al norte que ella, en Addison. Pero, igualmente, camina sin rumbo durante varios minutos, mirando de cuando en cuando a su espalda, tratando de asegurarse de que nadie lo sigue. Cuando está razonablemente convencido de ello, se dirige al Four Horses Club y busca su entrada trasera, a la que llama con los nudillos.

Cuando se abre la mirilla, asoman por el hueco dos ojos muy claros y muy juntos.

—Quiero ver al señor Mortimer. Soy McGurn. Jack McGurn.

—Ya sé quién eres, Ametralladora. El problema es que no creo que el señor Mortimer quiera verte.

—Pues claro que querrá, imbécil. Le traigo información sobre Nitti.

Un silencio y un «Espera» lo dejan allí plantado en medio del frío durante más de diez minutos. Por fin, los ojos claros vuelven a asomar.

—Pasa.

Con sonido de cerrojos, se abre la puerta. El hombre de los ojos muy juntos cachea a McGurn; se apropia de su pistola Beretta del 7,65.

—El nuevo modelo, ¿eh? Veo que estás a la última.

—Cuídala —gruñe McGurn, desde sus seis pies de estatura.

—Claro. Te la devolveré al salir, chiquitín.

Avanzan los dos hombres por un pasillo largo y bajan un tramo de escaleras para acceder a una sala amplia dominada por una mesa de billar con el tapete rojo.

Mortimer, las manos en los bolsillos, un purito estrecho en la boca, lo mira desde el fondo de la habitación y le hace un gesto para que se acerque.

En cuanto McGurn atraviesa el umbral, dos gorilas de Mortimer, que se escondían a ambos lados de la puerta, se abalanzan sobre él y lo derriban. Ametralladora no se resiste. De hecho, ya se esperaba algo así.

Lo inmovilizan y, de bruces sobre la moqueta del suelo, lo vuelven a cachear a fondo.

—Limpio —dice uno de los gorilas, al finalizar el cacheo.

—Pero llevaba esta pistola, señor Mortimer —dice el tipo de los ojos claros, mostrando la Beretta.

—Todo el mundo en Chicago lleva un arma —dice McGurn como excusa—. Sobre todo, si se atreve a salir de noche.

—Eso es cierto —admite Julius Mortimer.

Los dos guardaespaldas se retiran unos pasos, permitiendo que el hombre de Nitti se incorpore, tras recuperar su sombrero del suelo.

—¿Qué quieres, Ametralladora?

Jack se sacude el polvo del abrigo y devuelve la forma a su sombrero antes de responder.

—Nitti va a recibir un cargamento de whisky el próximo jueves.

—Vaya cosa...

—No cualquier cosa. Mil botellas de Duncan's.

Mortimer vacila.

—¿Auténtico?

—Recién llegado de Escocia. Precintado y con lacres. Aquí, a Chicago, lo hará en un barco procedente de Michigan.

A Mortimer, que ya de por sí tiene cara de felino, la codicia le achica los ojos y le humedece el hocico. Recela, sin embargo.

—No me estarás tomando el pelo, ¿verdad?

—Claro que no.

—¿Por qué debería creerte?

—¿Me voy a presentar aquí, solo, para contarle una mentira? Sería un imbécil.

—Eres un imbécil, McGurn. Y esto podría ser una trampa ideada por tu jefe.

—Bien, en ese caso, me voy.

Sin embargo, no se va. Se queda allí, mirando a Mortimer, que a su vez intenta tomar la mejor decisión posible. Mortimer chasquea la lengua.

—Quiero creerte, Jack, te lo aseguro. Pero tienes que contarme de qué va esto. Tengo que entenderlo.

—Es bien fácil de entender. ¿Ve estas cicatrices? —dice, señalándose el rostro—. Pues todas me las he hecho trabajando para Nitti. Después de diez años a sus órdenes, esperaba tener consideración de lugarteniente, disponer de mi propia banda y hacer mis propios planes dentro de la organización. En lugar de eso, me ha puesto bajo las órdenes del idiota de su hijo.

Mortimer mueve la cabeza, divertido.

—¡Qué poca consideración!

—¿Quiere la información o no, Mortimer? —pregunta Jack, evitando llamarlo «señor Mortimer».

—Desde luego que sí, Jack. Desde luego que sí. Me interesa. Aunque... me parece una escasa venganza por tu parte arruinarle a Nitti una compra de alcohol. Soy desconfiado por naturaleza.

McGurn abre sus brazos, que son enormes, rematados por dos manos como palas.

—No solo quiero que eche por tierra la operación de Nitti y le robe ese whisky. Además, quiero que acabe con todos los hombres que participen en la operación. Yo le facilitaré la manera.

Al escuchar aquello, Mortimer traga saliva.

—Eso es un tema grave. Podría desatar una guerra.

—¿Tiene miedo?

—No hablamos solo de Nitti. Hablamos de Capone. Ese siciliano es un hueso duro de roer.

—Pues pégueles tan fuerte que no sean capaces de devolver el golpe. Yo se lo pondré en bandeja. Me ocuparé de que a esa entrega acudan sus mejores hombres. Y no hablamos de dos o tres. Serán al menos ocho. Nueve, si me cuenta a mí. ¿Recuerda lo que ocurrió con la banda de Bugs Moran tras la matanza de San Valentín? Ya no volvió a levantar cabeza. Haremos lo mismo. Y

solo le costará un puñado de balas.

Mortimer tiene que hacer un esfuerzo para evitar que le tiemblen las manos. Se ha percatado de que el riesgo es alto, pero la recompensa podría ser inmensa. El FBI, con ese equipo al que llaman Los Intocables, se ha echado encima de Al Capone en los últimos tiempos, acusándolo de evasión de impuestos y de violar la Ley Seca. Si lo llevan a juicio, quizá vaya a la cárcel por un buen montón de años. Si al mismo tiempo consigue noquear a Nitti..., tal vez él pueda convertirse en el nuevo jefe del crimen organizado de Chicago. Dominar toda la ciudad. Resulta tentador. El riesgo merece la pena.

Mira a Jack McGurn a los ojos. Lo mira fijamente hasta que, de pronto, le asalta la certeza de que no le miente. Y es que ha descubierto que el hombre alto tiene la mirada oscura y fiera. Una mirada cargada de resentimiento.

LUNES, 23 DE MARZO DE 1931

SOBORNO

—Capitán, el agente especial Eliot Ness, por la línea uno.

Armin Bradford frunce el ceño. El maldito Ness. El maldito Ness y sus puñeteros Intocables. Desde que J. Edgar Hoover envió a Ness, todo se ha vuelto más difícil en Chicago para él y sus policías. Con lo bien que estaban hasta entonces. Capone y los demás gánsteres les pagaban generosamente para que hicieran la vista gorda. Poco riesgo y mucho dinero, una combinación perfecta. Un río de dólares discurría por la ciudad del viento a pesar de la Gran Depresión. O quizá a causa de ella. En estos malos tiempos, la gente necesita beber para olvidar sus problemas y el senador Volstead con su prohibición no lo iba a impedir. Así que la gente paga el doble o el triple de su valor por cualquier mejunje alcohólico, no digamos si se trata de verdadero whisky, tan escaso ahora. El dinero iba a parar a los gánsteres y, de rebote, una parte a la policía. En Chicago, todo funcionaba como una máquina de vapor bien engrasada hasta que apareció Ness con sus Intocables.

—Pásamelo, Peggy.

Descuelga el auricular, escucha primero ruido de clavijas y, luego, la voz de Ness.

—¿Capitán Bradford?

—Agente Ness. Encantado de oírle. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, Armin..., me ha llegado un soplo. Una operación importante de Frank Nitti, para dentro de tres días. Mil botellas de whisky Duncan's en cuatro camionetas que llegarán al puerto desde algún lugar de Michigan. Necesitaré al menos una decena de sus hombres para montar un operativo la noche del próximo jueves.

Bradford toma unas notas a lápiz en un papel.

—Por supuesto, cuente con ello. Elegiré a quince de mis mejores chicos, al mando del teniente LaRue. ¿Le parece bien? Que el señor Hoover no pueda decir que la policía de Chicago no presta su máxima colaboración a la Oficina de Investigación.

—Magnífico. Me pasaré mañana por su despacho para explicarle los detalles.

—Será bienvenido. Espero poder ofrecerle un vaso de soda.

—Preferiría un café, si no le importa.

Nada más finalizar su conversación con Eliot Ness, Bradford cambia de mesa y descuelga el teléfono que hay sobre ella. Un teléfono de línea automática, de los que no necesitan el concurso de una operadora para establecer la comunicación. Marca en el dial un número de cinco cifras. Deja que el timbre suene tres veces, cuelga y vuelve a marcar. Después de siete timbrazos, escucha la voz bien modulada de Frank Nitti.

—¿Diga?

—¿Señor Nitti? Soy Bradford.

—Hola, capitán. Debe de tratarse de algo importante para que me llame a este número. ¿Qué me cuenta?

Bradford retrasa la respuesta para darse cierta importancia.

—Me he enterado de que la noche del próximo jueves tiene usted una buena entrega. Duncan's, nada menos. Cada botella de ese whisky vale su peso en platino en los clubes de Chicago. Mil botellas valen una fortuna. ¿No pensaba decirme nada?

Nitti tarda unos segundos en asimilar la información. Aprieta los dientes para no soltar un improperio. No sabe qué le molesta más: si comprobar que la operación Duncan's ha llegado ya a los oídos de Bradford o el tono empleado por el policía para comunicárselo.

—Pues claro que sí, capitán. Mañana mismo iba a ponerle a usted al corriente. Pero veo que las noticias corren por Chicago mucho más deprisa de lo que a mí me gustaría. ¿Puedo preguntarle cómo lo ha sabido?

—¿Está sentado, Nitti?

—Lo estoy.

—Más le vale porque, si no, se iba a caer de espaldas. Atienda: me lo ha contado el agente especial Eliot Ness. Cómo se ha enterado él de la operación es algo que ignoro.

Nitti aprieta los dientes aún más.

—Pues debería intentar averiguarlo, capitán.

El amenazante tono del gánster ha sonado a orden. El policía traga quina.

—Eso es difícil. Una cosa es la policía de Chicago y otra, el FBI. No tenemos mucha comunicación con los federales, esa es la verdad.

—Ya, ya... ¿Sabe, Bradford? Empiezo a estar hasta el mismísimo bigote del señor Ness.

—Yo también. Quizá podríamos aprovechar la circunstancia para... acabar con él. ¿Qué le parece?

«Este hombre es tonto», piensa Nitti, aunque no lo dice. «Y no hay cosa más peligrosa que un imbécil en un puesto con poder».

—Me parece una gran idea, capitán Bradford. No tiene más que elaborar un buen plan para ello.

A Bradford se le puede sentir vacilar al extremo de la línea telefónica.

—Bueno, yo... no sabría cómo hacerlo. Ya sabe, no soy un escritor de novelas de detectives.

—No, desde luego que no lo es, querido capitán Bradford —replica Nitti, riendo—. Desde luego que no lo es.

—Tal vez entre usted y yo...

—Lo pensaré.

JUEVES, 26 DE MARZO DE 1931

ENEMIGO PÚBLICO

Este día, en el que tantas cosas van a ocurrir, amanece ventoso, a pesar de que se irá calmando con las horas, como si no quisiera deslucir la melodía que están a punto de entonar los violines del amor y las trompetas de la ira.

Son las cinco de la tarde cuando Júnior llama a la puerta del apartamento en que viven Annie Fulton y su madre. Es Beth quien sale a abrir. Al descubrir bajo el umbral al hijo de Frank Nitti, está a punto de cerrarle la puerta en las narices. No lo hace, sin embargo. Al contrario, ambos quedan mirándose fijamente durante unos segundos. Y ambos piensan aproximadamente lo mismo y en el mismo instante.

Júnior piensa que Beth Fulton es una de las mujeres más hermosas que conoce. Annie es muy guapa, desde luego, pero su madre posee una belleza comparable a la de las grandes actrices de Hollywood. Morena, alta, rotunda. Y siempre con un gesto triste en el rostro que no hace sino multiplicar su atractivo.

Betty contempla a Frank Nitti Jr. con desazón. Si albergaba alguna esperanza de impedir que Annie se enamorase de aquel aprendiz de gánster, le basta contemplarlo de cerca para darse cuenta de que le va a resultar muy difícil lograr su propósito. Júnior tiene el pelo oscuro de su padre y los ojos grandes y claros de su madre; pero, sobre todo, irradia el encanto italiano de sus antepasados, exhibe una sonrisa capaz de tumbar a una jirafa y transmite a cuantos lo rodean esa sensación de que es capaz de comerse el mundo, tan propia de los veintidós

años. Un cóctel absolutamente explosivo. Si además es tan listo como Annie asegura, resulta estúpido pensar que no saltará entre ambos la chispa del amor. O que no haya saltado ya.

—Señora Fulton...

—Hola, Júnior. ¿Querías algo?

—¿Está Annie en casa?

—Voy a ver...

—¡Mamá...! ¡Pues claro que estoy! —exclama la chica, apareciendo por el fondo del corto pasillo de la vivienda.

Beth suspira, resignada.

—¡Hola, Annie! —exclama el chico—. ¿Puedo invitarte al cine esta tarde? Bueno, eso si a usted no le parece mal, señora Fulton. Por fin acaban de estrenar una película que llevaba tiempo esperando. Se titula *El enemigo público*.

—Bonito título —ironiza la madre de Annie—. ¿No será de gánsteres, por casualidad?

—Pues creo que sí. Pero todo el mundo dice que es estupenda. Sale Jean Harlow, que me encanta, y un actor nuevo del que todos hablan muy bien, James Carnegie.

—Cagney —le corrige Beth—. Es James Cagney. Las revistas de cine hablan de él desde hace varias semanas.

—¡Estupendo, Júnior! —exclama Annie—. Me cambio de ropa y nos vamos. ¡Cinco minutos!

Betty se hace a un lado.

—Anda, pasa y espera sentado. Supongo que no te creerás lo de los cinco minutos, ¿verdad?

—Gracias. Ahora que lo pienso..., ¿no le apetece a usted venir con nosotros?

Betty se echa a reír, sin poder evitarlo.

—No, gracias. Es una propuesta encantadora, pero no me gustan las películas que se parecen a la vida. Me ponen triste. Además, no quiero ni pensar en la cara que pondría Annie si le dijeras que os voy a acompañar. A lo mejor entonces sería ella la que no querría ir al cine.

—En ese caso, podríamos ir usted y yo.

Beth mantiene la sonrisa. Júnior lleva un traje de raya muy fina que le sienta como un guante. Está para comérselo.

—No seas descarado. A ver si se lo voy a tener que contar a tu padre.

—Solo era una broma, señora Fulton —replica él, sin dejar de sonreír ni por un segundo, guiñándole un ojo.

—Odio las bromas. Salvo las que yo les gasto a los demás, claro.

—Tomo nota. No volverá a ocurrir —promete Júnior.

—Eso espero.

—Quiero decir que la próxima vez le haré la proposición en serio. ¡Nada de bromas!

Sí, es un chico listo, piensa Betty. O, por lo menos, rápido de mente. Un auténtico encantador de serpientes. Si no fuera el hijo de un gánster, sería el yerno ideal para la mayoría de las mujeres. Si no fuera el hijo de Frank Nitti, no le importaría que pretendiera a Annie, piensa Betty. Pero qué pocas veces las cosas son como una quiere que sean.

Júnior y Annie van al cine Excelsior, a la sesión de las seis de la tarde. *El enemigo público* les parece una buena película que, en algunos momentos, les recuerda su propia vida o, al menos, la de quienes los rodean.

—Si me haces algo así, no vuelves a verme en tu vida —le dice Annie a Júnior cuando, en la pantalla, James Cagney estampa medio pomelo en la cara de su novia.

A los pocos minutos de apagarse la luz y comenzar la proyección, Frankie ha tomado la mano de Annie entre las suyas, sin la menor oposición por parte de ella. Luego, en la escena en que Cagney y Jean Harlow se besan apasionadamente en la pantalla, ellos se besan discretamente en el patio de butacas. Es cierto que el cine no es la vida y, por tanto, no hay comparación posible. El de los dos actores es un beso de película. El de los dos jóvenes, un beso de verdad.

La rubia Harlow le dice a Cagney en esa escena: «Creo que te podría amar hasta la muerte».

Frankie aprovecha el momento para susurrar en el oído de Annie:

—Creo que yo también.

Y lo dice en un tono que la hace estremecerse.

La escena final, cuando el gánster que interpreta Cagney muere tras ser tiroteado, bajo una lluvia torrencial, los deja impresionados y mudos. Clavados a sus butacas.

—¿Nos quedamos al siguiente pase? —propone Júnior, tras un largo silencio, cuando se encienden las luces de la sala.

Annie está a punto de asentir; finalmente, niega con la cabeza.

—Me ha gustado, pero no lo bastante como para verla dos veces. Con un pomelo he tenido suficiente.

Júnior no acierta a interpretar las palabras de la chica. Sin embargo, no es cuestión de llevarle la contraria, así que se levantan y se recomponen la ropa antes de salir a la calle.

Ya es noche cerrada cuando regresan al bullicio del Downtown de Chicago. Como ambos caminan tal que si flotaran en una nube y, por lo tanto, resultan inasequibles al cansancio, deciden regresar andando a casa en lugar de tomar el tren elevado. Así, cuando llegan a su destino, son cerca de las nueve.

Ya con el portal a la vista, se les acerca por la acera Jack McGurn con sus habituales grandes zancadas, evidentes signos de nerviosismo y su gesto más frecuente. O sea, de malas pulgas.

Se dirige a Júnior, muy enfadado.

—¿Dónde demonios estabas?

—En el cine. ¿Por...?

—Llevo más de media hora buscándote. ¿No recuerdas que tenemos una operación esta noche?

Júnior abre la boca y consulta de inmediato su reloj de pulsera.

—¡Cielos...! ¡Lo había olvidado por completo! —cruza una mirada divertida con Annie, antes de volverse hacia Jack—. Pero habíamos quedado a las nueve, ¿no?

—¡A las nueve, sí! ¡Y son menos cinco!

—¡Magnífico, entonces! Ya ves: incluso olvidando la cita, he sido absolutamente puntual. Empiezo a pensar que soy el hombre perfecto.

—A mí me lo pareces —apuntala Annie, con tono mimoso.

—Vamos, vamos, déjate de cursiladas —le dice McGurn—. Los demás ya nos están esperando en el coche.

Y señala, aparcado junto a la siguiente esquina, un Pierce-Arrow modelo B, largo, apto para nueve plazas, en cuyo interior se apiñan ya siete hombres grandes.

McGurn echa a andar hacia el coche, pero Júnior no muestra la menor intención de seguirle los pasos, así que el antiguo lugarteniente de Nitti tiene que regresar junto a los dos chicos.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta—. ¿Queréis despediros de una vez? ¡Vamos a llegar tarde!

Cualquiera menos McGurn se habría dado cuenta de que la despedida que Júnior y Annie desean no puede realizarse ante la atenta mirada de un automóvil repleto de gánsteres.

—Enseguida vuelvo —dice el chico, tomando a Annie de la mano y conduciéndola hasta el portal más cercano.

Una vez dentro, le da un beso breve en los labios.

—Lo siento, Annie. Me tienes tan encandilado que había olvidado este compromiso.

—¿De qué se trata? —pregunta ella, bajando el tono—. ¿Adónde vais? No pensaréis atracar un banco sin mí, ¿verdad?

—¡Claro que no! Si los bancos están cerrados a estas horas. No es nada emocionante, te lo aseguro. Se trata de un encargo de mi padre sin la menor importancia, de veras. Hay que trasladar desde el puerto a la nave del Bricktown unos camiones con whisky. En realidad, una tontería.

—Nada en lo que intervenga el alcohol es una tontería —replica la chica—. Sobre todo, desde que andan por aquí Eliot Ness y sus hombres.

Júnior exhibe sin recato su tranquilizadora sonrisa.

—No te preocupes, Annie. Esto es pura rutina. De aquí al puerto y del puerto al Bricktown. Además, contamos con la cobertura de los policías de Bradford. Solo hay que conducir unos camiones pequeños. Cosa de media hora o tres cuartos. Nos vemos mañana, ¿vale?

Júnior va a robarle un beso de despedida, pero Annie le retira la cara.

—Vamos, mujer... —protesta él—. ¿Qué te pasa ahora?

—Nada. Creía que yo era la conductora de la banda. Al menos, hasta que Milton se cure de su fractura de calcáneo.

—¿De qué?

—El hueso del pie.

—¡Ah...! Ya, sí, pero... es que esto no es cosa de nuestra banda. Se trata de una operación de mi padre por cuenta del gran jefe. Ya sabes: Al Capone, la gran organización.

Júnior dibuja con las manos un globo en el aire. No sabe muy bien por qué.

—Nuestra banda también pertenece a la organización de Capone, ¿no? —pregunta Annie.

—Eeeh... Técnicamente, sí, claro.

—Pues si yo pertenezco a la banda, formo parte de la organización. Técnicamente.

—Podríamos decir que... sí.

—Entonces, ¿por qué nadie me ha dicho nada de lo de esta noche? ¿Por qué no habéis contado conmigo?

Júnior inspira profundamente por la nariz.

—¿Porque... eres una chica de dieciocho años, quizá?

—Claro. Entendido.

—Va, no seas ingenua: para cada asunto se elige a las personas más adecuadas. Esto es un trabajo nocturno. Se supone que a estas horas deberías estar en casa, con tu madre.

Annie se vuelve hacia Júnior y lo taladra con la mirada.

—Soy mejor conductora que cualquiera de esos. Lo sabes.

En lugar de contestar, él baja la vista. Eso es algo que no admite discusión.

—Conduces de maravilla, todos lo sabemos. Pero la decisión no depende de mí.

—¿De quién depende, pues? ¿Del tarugo ese de McGurn? Me ha parecido que se daba aires de jefe.

—Pues claro que no. ¡Qué cosas tienes, Annie! Ametralladora es un cero a la izquierda.

—¿Y entonces...?

El hijo de Nitti contempla durante unos instantes a la chica y, acto seguido, deja caer la cabeza hacia delante, hasta golpearse el pecho con la barbilla. Lo cierto es que está deseando llevarla con ellos.

—¡Muy bien! De acuerdo, Fulton, de acuerdo. ¿Quieres venir? ¿Eh? ¿Quieres?

A Annie se le ilumina la mirada y la sonrisa.

—Solo si me toca hacer pareja contigo.

Frankie Júnior, que ha estado a punto de perder los nervios, sonrío, le toma la cara entre las manos y la besa en la punta de la nariz. Mueve la cabeza, dándose por vencido.

—Debo de estar muy enamorado de ti para hacer esto.

Salen de la casa y se dirigen hacia el coche, a cuyo alrededor McGurn da vueltas y más vueltas, como si tuviera el baile de san Vito. Una estrella fugaz cruza el cielo de Chicago, aunque nadie se apercibe de ello.

—Supongo que vamos dos por cada camión, ¿no?

—Exacto —responde Ametralladora, receloso.

Júnior se dirige a los hombres del coche.

—¿Quién iba a acompañarme?

Lenny levanta la mano.

—Vete a casa, Lenny. Esta noche no te necesitamos. Fulton va en tu lugar.

—¡Eh, eh...! —protesta McGurn—. Tu padre me ha encargado esta operación.

—Y yo soy tu jefe, Jack, así que a callar.

Se desatan murmullos entre los demás hombres de la banda.

—El señor Nitti se pondrá como una fiera —le advierte McGurn—. Por no hablar de la señora Fulton. Ella se subirá por las paredes.

—Lo de mi padre me trae sin cuidado. Lo de la señora es peor, pero ya veremos cómo arreglarlo. Ponte al volante, Jack. Nos vamos.

El Pierce-Arrow tiene tres filas de asientos. Jack, Annie y Júnior ocupan la delantera, con ella en el centro. Frankie se vuelve hacia atrás y silba.

—¡Caray! La flor y nata de la banda de Frank Nitti. ¿Seguro que solo vamos a por unas botellas de whisky?

Ametralladora McGurn endurece el gesto, como si le costase aceptar el capricho del joven. Pero lo cierto es que no puede imaginar nada mejor para sus planes que el cambio de Lenny por la chica Fulton.

—Está bien, Júnior —disimula como si aceptase de mal grado—. No quiero discutir; además, no tenemos tiempo. Vámonos de una vez. Fulton y tú os encargaréis del tercer camión. Travisin y Fry irán en el primer camión. Leo y Gordon, en el segundo. Scallen y Brunetti, llevarán el cuarto.

Todos asienten. Todos miran a Annie, aunque ninguno osaría abrir la boca para dar su opinión sobre la presencia de la joven.

EL ALMACÉN DEL PUERTO

Han encontrado más tráfico del esperado, pero con solo unos minutos de retraso ya llegan a su destino.

El puerto de Chicago en el lago Michigan no tiene nada que envidiar a

muchos puertos marítimos. Y, de noche, sus instalaciones resultan tan siniestras como las de cualquier otro. Hasta los curtidos hombres de Frank Nitti sienten sus estómagos encogerse como medusas al circular por la larga avenida solitaria y mal iluminada que forma el muelle principal. Tinglados de mercancías a la izquierda y las aguas oscuras del Michigan a la derecha. Escasísimas farolas.

Cuando localizan el almacén, los hombres de Nitti respiran aliviados.

En la parte superior de la fachada, tan alta como la de una casa de cuatro pisos, y pintado de rojo inglés, puede leerse «Hantoi Import-Export».

Un hombre muy viejo los espera para abrirles las puertas del tinglado, en cuyo interior se apilan docenas de cajas de madera de muy diversos tamaños, todas muy voluminosas.

McGurn, sin embargo, declina el ofrecimiento del guarda y aparca más allá, en el exterior, en una perpendicular a la avenida del muelle, un callejón oscuro que ni siquiera linda con el almacén de la Hantoi sino con la nave alada, propiedad de una empresa de cereales. Júnior se pregunta por qué tanta precaución, pero no le traslada la pregunta a McGurn.

Aparcado el coche, Annie Fulton y los ocho hombres caminan casi un centenar de metros hasta el almacén, guiados tan solo por la luz mortecina de la única farola que hay por los alrededores. Nadie parece tener ganas de conversación. Huele a pescado de agua dulce.

—¿Son ustedes los hombres de Frank Nitti? —pregunta el anciano vigilante cuando llegan junto a él.

—En efecto —responde Jack McGurn—. ¿Dónde están los camiones?

—Enseguida estarán aquí. Han llegado esta mañana desde Michigan, cruzando el lago, y los han mantenido a bordo del buque hasta hace tan solo unos minutos. Esperen aquí.

La temperatura ha caído como una piedra en los últimos minutos y se aproxima a los treinta y cinco grados Fahrenheit. Esta noche incluso podría helar. Los hombres han venido razonablemente bien pertrechados para el frío, salvo Annie y Júnior, que siguen con la misma ropa con la que han ido al cine por la tarde. El la abraza por detrás, intentando darle calor, pero enseguida la siente temblar bajo sus brazos.

—Anda, volvamos al coche —le dice él—. Esperaremos allí.

Regresar al coche supone caminar en medio de la oscuridad, sin más referencia que la mortecina luz de la única farola y el reflejo de la luna menguante rielando en las tranquilas aguas del Michigan.

Cuando están a punto de llegar al Arrow, Júnior se detiene en seco y obliga a Annie a hacer lo propio.

—¿Qué pasa?

—¡Chisst...! ¿No oyes eso?

Le cruza el dedo índice sobre los labios, obligándola a prestar atención.

—¿El qué?

—Sonido de motores en marcha.

Ella aguza el oído.

—Es cierto. ¿Pueden ser barcas de motor navegando por el puerto?

—A mí me parecen más bien motores de automóvil funcionando al ralentí.

En ese momento, otros sonidos se sobreponen al que intentaban identificar. Y, al instante, ocho puntos de luz amarillenta se hacen visibles desde el fondo del muelle, tras haber doblado la esquina del último de los tinglados de mercancías.

—Los cuatro camiones que esperábamos. Ahí están —dice Annie—. Volvamos.

—Espera, espera... —le ruega él—. Aquí hay algo que no me acaba de gustar.

Ocultos tras el automóvil, ven cruzar ante sí los cuatro camioncitos, de cabina chata y caja de borde bajo cubierta por una lona, que circulan en fila, muy próximos los unos de los otros. Luego, en la distancia, contemplan cómo los cuatro vehículos entran en el almacén.

Cuando los dos chicos están a punto de emprender el camino, en el otro lado del muelle, allí donde Júnior ha creído escuchar motores al ralentí, se encienden no menos de una docena de faros de automóvil y, de inmediato, una comitiva de coches patrulla, haciendo sonar las sirenas, se dirige a toda pastilla al almacén de la Hantoi. El primero de ellos atraviesa la puerta como un huracán, pasando al interior, y los restantes se distribuyen en forma de abanico frente a la entrada, para impedir una eventual huida.

Annie y Júnior se ocultan al instante tras el coche.

—Maldita sea... Es la poli. ¡Es una trampa! —susurra él.

De inmediato, descienden de los coches tanto hombres de paisano como policías de uniforme, todos armados hasta las cejas. Pese a la distancia, los dos chicos pueden escuchar las órdenes dadas a gritos y, en cierto momento, una corta ráfaga de fusil ametrallador.

—¿Qué hacemos nosotros? —pregunta Annie, muy asustada.

—De momento, permanecer ocultos, hasta ver en qué acaba esto.

—¿Vas armado?

—No.

—¿Ni siquiera llevas un miserable revólver?

—¡Que no, te digo!

—Pero ¿qué clase de gánster eres?

—Me pareció mal invitarte al cine yendo armado.

—Pues sí que estamos bien... Bueno, al menos, ya no tengo frío. Se me ha pasado de golpe.

UN RÍO DE ALCOHOL

El único coche que ha entrado en el almacén no pertenece a la policía de Chicago. Se trata de un Ford negro conducido por Jim Malone, irlandés de mediana edad, grande como un armario de dos cuerpos y uno de los hombres de confianza de Eliot Ness. Del coche se han apeado el propio Ness, Wallace y Stone. Los Intocables. A su espalda, quince policías de Chicago, de la comisaría número catorce, al mando del propio capitán Bradford.

—¡Quieto todo el mundo! —grita Ness, empuñando un Thompson.

Los hombres de Nitti, el anciano vigilante del almacén y los cuatro conductores de los camiones, son reducidos sin oponer resistencia.

Ness retira las lonas que cubren la carga de los camiones dejando a la vista las cajas de Duncan's.

—Este alcohol ilegal, queda requisado en nombre del Gobierno —declama, un tanto dramáticamente—. Y en evitación de su uso delictivo o fraudulento, vamos a proceder a su inmediata destrucción.

Al escuchar aquello, incluso algunos de los policías se lamentan por lo bajo. El Duncan's es un whisky de primera. Todo un lujo en los Estados Unidos de la prohibición. Destruir mil botellas de Duncan's puede ser considerado por muchos poco menos que un sacrilegio. Pero Los Intocables no se andan con miramientos en lo que al alcohol se refiere. Les da igual que sea casero o industrial, caro o barato, nacional o de importación.

Los agentes descargan las veintiuna cajas que lleva cada camión y, con paciencia y eficacia, van rompiendo todas y cada una de las mil ocho botellas de whisky, dejando que su contenido busque el camino del lago a través del desagüe situado en el suelo del almacén. Pronto se respira allí un ambiente lo bastante etílico como para marear a un funambulista. En algunos momentos, el caudal de whisky que va a parar a la alcantarilla resulta tan copioso que puede hacer pensar en un prodigioso manantial de licor. Esa noche, los peces del lago Michigan se van a dar una buena fiesta.

—¡Qué desperdicio, Dios mío...! —murmura Bradford entre dientes.

La operación les lleva en total algo menos de una hora.

Wallace levanta testimonio de todo, tomando fotos con una cámara de placas, ayudándose de un flas de magnesio para iluminar la escena. En esas fotos, los policías de Bradford aparecen sonrientes, rompiendo botellas y más botellas con grandes mazos de hierro. Cumpliendo con la ley.

Cuando los hombres de Ness terminan de destrozar el cargamento ilegal, parecen darse por satisfechos.

El jefe de Los Intocables se acerca a Armin Bradford, que contempla la operación subido en un pequeño tablado habilitado sobre seis toneles.

—Capitán —le dice—, nuestra tarea ya ha concluido. El whisky ha sido localizado y destruido. Por desgracia, ni Capone ni Nitti han aparecido por aquí, de manera que dejo en sus manos el resto del operativo, incluidas las detenciones de estos esbirros. Mis hombres y yo nos retiramos ya, para que ustedes puedan capitalizar el mérito de la emboscada.

—Muy amable por su parte, agente Ness —exclama el capitán Bradford, como si estuviese declamando su papel en una función de teatro escolar de fin de curso—. Pierda cuidado, pues cumpliremos con nuestra tarea de inmediato, con solvencia y eficacia. Vayan ustedes a descansar. Todo ha salido a pedir de boca. Hoy, la ley y la justicia han triunfado en Chicago.

Escondidos tras el coche, Annie y Júnior contemplan con cierta sorpresa cómo Ness y sus hombres abandonan el escenario de la operación.

—Pero... ¿tu padre no tiene a sueldo al capitán Bradford?

—Claro que sí. Desde hace años, además. Casi es como un miembro más de la banda.

—¿Y crees que Eliot Ness no lo sabe?

Júnior hace un mal gesto.

—Supongo que sí. Si conoce su trabajo, debería saber de sobra que se trata

de un poli corrupto.

—Entonces..., ¿por qué Ness ha pedido ayuda a los hombres de la catorce en lugar de acudir a los agentes de otra comisaría? ¿Y por qué ahora se marcha y deja a Bradford a cargo de todo?

Frankie niega lentamente con la cabeza.

—No lo sé, pero tienes razón: aquí hay gato encerrado. Un gato del tamaño de un tigre de Bengala.

Las luces traseras del Ford de Los Intocables se pierden ya a lo lejos.

—¿Es posible que Bradford haya decidido cambiar de bando y dejar de colaborar con Capone y tu padre? —pregunta Annie.

—¡Pues claro que no! No conozco a nadie a quien le guste el dinero más que a Bradford. Con su sueldo de poli no podría ni soñar en mantener su ritmo de vida. Estoy seguro de que sigue estando de nuestra parte.

—Entonces... ¿crees que ha pasado el peligro?

—No lo sé.

—¿Y qué hacemos?

La respuesta les llega enseguida, cuando McGurn sale al exterior del almacén.

—¡Júnior! ¡Fulton! ¿Estáis ahí? Podéis volver. Ya ha pasado el peligro.

En efecto, cuando los dos chicos entran en el almacén, los policías de la comisaría catorce ya han liberado de las esposas a todos los hombres de Nitti. Y no solo eso. Una vez retirado con escobones el enorme montón de vidrios rotos en que han quedado convertidas las botellas de whisky, los propios hombres de Bradford ayudan a McGurn y los suyos a cargar en los cuatro camiones las ochenta y cuatro cajas de doce botellas de verdadero whisky Duncan's que ya se encontraban almacenadas de antemano en el tinglado, en tres grandes embalajes de madera.

Han conseguido engañar a Ness y sus Intocables del FBI.

LA EMBOSCADA

Las mil botellas de Duncan's habían sido trasladadas al almacén con anterioridad. A continuación, los cuatro camiones se cargaron de nuevo, esta vez con botellas llenas de una infame mezcla alcohólica tintada con anilinas; esa basura es la que acababa de ser arrojada al desagüe por los hombres de Ness. Media hora más tarde, los cuatro camiones vuelven a estar cargados. Y ahora sí, con doscientas cincuenta y dos botellas cada uno del magnífico whisky escocés.

Júnior y McGurn se acercan a despedirse de Bradford.

—Capitán..., déjeme decirle que ha sido una excelente maniobra y un perfecto engaño —dice el chico—. ¿Fue suya la idea?

El policía, halagado, está a punto de adjudicarse el mérito, pero se lo piensa mejor en el último instante.

—Podría decirse así, en cierto modo. Lo preparamos entre tu padre y yo, muchacho.

—¡Oh! Magnífico, capitán, magnífico —lo piropea Júnior, mientras le estrecha la mano efusivamente—. Supongo que vieron la ocasión no solo de hacer un buen negocio sino de algo mucho más importante.

El policía sonríe y carraspea. Está claro que no sabe de qué le habla Frankie, que mantiene la tensión durante unos segundos, hasta que decide explicarse.

—Me refiero a que, si yo fuera J. Edgar Hoover y me llegase la noticia de lo ocurrido aquí esta noche, destituiría de inmediato a ese memo de Eliot Ness.

Armin Bradford ríe con ganas.

—¡Cierto! Ese era nuestro principal objetivo.

—¿Cree usted de verdad que eso sería posible?

El capitán se despoja de la gorra y se atusa el pelo mientras medita una respuesta.

—Hombre..., hacer llegar la noticia a Hoover sería posible, sin duda. Que este error lo lleve a destituir a Ness lo veo improbable; confía ciegamente en él, en su equipo y en sus métodos. No obstante, haré cuanto esté en mi mano para que ese tipejo caiga en desgracia y nos deje pronto tranquilos. Puedes contar con ello, hijo.

A Frankie Nitti le rechinan los dientes al oírse llamar «hijo» por el capitán Bradford, pero consigue mantener la sonrisa.

—Nos vamos ya —indica McGurn, saliendo al quite—. Ahí le dejo una caja de Duncan's para que la reparta entre sus hombres, capitán. De parte de los señores Nitti y Capone.

—¡Muy amables por su parte! —exclama el poli, haciendo un ridículo gesto

de complicidad con el gánster—. Por cierto, ¿quiere que los escoltemos hasta su destino final?

Frankie está a punto de aceptar el ofrecimiento de Bradford, pero McGurn se le adelanta.

—No lo veo necesario, capitán. Ya han hecho ustedes suficiente por esta noche. Y podría resultar sospechoso, si alguien nos viera, ¿no cree?

El policía busca la confirmación del hijo de Frank Nitti. El chico, primero, frunce el ceño mientras mira de soslayo a Jack McGurn. Por fin, asiente con un gesto breve. Por un instante, ha percibido el nauseabundo olor de la podredumbre. Intuye que puede tratarse del tufo corrupto que emana de Bradford pero, al fin, prefiere pensar que procede de las aguas del puerto.

Una vez solos, antes de subir a los cuatro camiones, los hombres de Nitti se reúnen en torno a McGurn para recibir las últimas instrucciones.

—Circulad a velocidad moderada y tan juntos como podáis —les ordena Jack, mientras reparte una hoja de ruta a cada pareja de conductores—. Aquí tenéis el trayecto hasta nuestro almacén del Bricktown que todos conocéis.

Annie está a punto de decir que ella no lo conoce, pero prefiere callar.

—La ruta señalada —prosigue Ametralladora McGurn— no es la más corta, sino la que creemos más fácil y segura. Seguidla al pie de la letra. Nada de improvisar por vuestra cuenta, nada de separarse, nada de atajos, ¿estamos? Los camiones dos, tres y cuatro basta con que sigáis al primero. Travisin conoce esta parte de la ciudad como la palma de su mano. Yo os adelantaré con el coche, abriré el almacén y os esperaré allí para ayudar en la descarga. Con un poco de suerte, antes de la una de la madrugada estaremos de vuelta en casa y metidos en la piltra. ¿Está todo claro?

—Cristalino, Jack —responde Júnior en nombre de todos—. ¡Vamos, caballeros!

Suben las cuatro parejas a sus respectivos vehículos. Y arrancan los motores sin problemas.

—No suena mal este motorcito —dice Annie al volante del tercer camión, dando suaves acelerones.

—Pues aquí hay algo que no me suena nada de bien —comenta Júnior—. ¿Han venido Eliot Ness y sus hombres, han roto unas botellas de whisky falso y, luego, se han marchado sin más ni más, tras dejarse engañar como chinos? No me cuadra.

—¿Por qué no? —se pregunta la chica—. Quizá los famosos Intocables no

son tan listos como la gente cree. Una cosa es ser intocable y otra, ser inteligente.

—¿Crees que unos tipos como ellos no saben distinguir el aroma de un buen whisky del olor del alcohol barato?

—Tal vez no.

—Mal. Nunca pienses que tu enemigo es más necio que tú —sentencia Frankie, tras chasquear la lengua—. Es el camino más recto hacia la derrota.

—Te veo muy filósofo —dice ella.

—¿Y eso qué es? —pregunta él.

—¡En marcha! —exclama Jack McGurn, desde la puerta del almacén, haciendo gestos con los dos brazos a un tiempo.

Los cuatro camioncitos, de la marca Diamond, inician el recorrido previsto circulando muy juntos. Antes de salir de las instalaciones del puerto, ya les adelanta el Pierce-Arrow conducido por McGurn, que enseguida se pierde de vista.

—En la peli que hemos visto esta tarde había un personaje clavado a McGurn, ¿recuerdas? —pregunta Annie.

Júnior lanza una carcajada.

—¡Es verdad! Estuve a punto de decírtelo. El tipo altísimo que traiciona a James Cagney. Solo le faltaba tener la cara cubierta de cicatrices.

—Justo antes de matarlo, Cagney le dice: «Tú, sucia rata».

—¿Sí? No me acuerdo de eso.

—Yo sí lo recuerdo, perfectamente. «Tú, sucia rata». Desde luego, es una frase estupenda, no me digas que no.

—Sí, no lo niego. Pero es el tipo de frase que solo se pronuncia en las películas. Frases inventadas por los guionistas de Hollywood. La gente de verdad nunca habla como los personajes de las películas.

—Y los delincuentes de verdad, aún menos.

Los cuatro camiones abandonan ya la zona portuaria y salen a las calles de la ciudad. Son casi las doce y el tráfico ha descendido notablemente, por suerte. En pleno día, la comitiva habría resultado de lo más llamativa: cuatro camiones iguales, de la misma marca y modelo, pero cada uno de ellos pintado de un color diferente, casi como fichas de parchís.

El de Annie y Júnior es de un bonito azul verdoso; a juego con el color de los ojos de él. Los dos jóvenes se miran de cuando en cuando. También de cuando en cuando, se toman de la mano durante unos instantes.

Circulan un tiempo en dirección oeste por Ontario Avenue hasta girar al norte por LaSalle. La hoja de ruta prevista les va a llevar en dirección noroeste, hasta el distrito de Bricktown, alejado del centro, donde Al Capone y Frank Nitti poseen un gran almacén.

Parece la tarea más sencilla del mundo.

Sin embargo, apenas transcurridos los primeros minutos del trayecto, Júnior se percata de los gestos de contrariedad de Annie, que frunce el ceño continuamente, al tiempo que lanza vistazos a su alrededor, a sus pies, como si estuviese buscando algo por el suelo de la cabina.

—¿Qué pasa? —le pregunta al fin, tras observarla durante un rato.

—No es nada —responde ella, en un tono que indica lo contrario—. Solo estaba mirando si había algún otro freno de mano que no hubiera soltado. No sé qué pasa, la verdad; el motor suena bien, pero esto anda menos que un caballo de madera. Es como si le faltase potencia. Como si estuviese pisando el freno a la vez que el acelerador. Menos mal que los demás también circulan muy despacio; si no, me vería apurada para seguirlos.

—Vaya por Dios... —dice Júnior, muy serio—. Haz lo que puedas.

—Hago lo que puedo, te lo aseguro. Pero incluso a esta velocidad, parece que vayamos al límite. Este camión es un auténtico muerto.

—No menciones la palabra «muerto», por favor. Me da mala espina.

—¡Anda...! No sabía que fueras supersticioso.

—Ni yo. Creo que he empezado a serlo esta noche.

Por suerte, tampoco los demás camiones parecen andar sobrados de caballos y, sobre todo en las calles con cierto desnivel, han de recurrir a engranar la marcha intermedia para mantener una velocidad simplemente normal.

—No lo entiendo —insiste Annie, inquieta—. Los camiones Diamond tienen fama de fiables y potentes. Sin embargo, estos da la impresión de que no puedan ni con su alma.

—Quizá los proveedores de mi padre los han comprado defectuosos, para que les salieran más baratos. Al parecer, van incluidos en el precio del whisky.

El tono de Júnior se ha tomado serio, seco. Como si temiera que se cumpliesen sus malos augurios.

Circulan en dirección norte por LaSalle, una calle ancha, casi una avenida, aunque sin semáforos. Por fin, han conseguido, poco a poco, mantener una velocidad constante y digna, en torno a las treinta millas por hora.

—Ya estamos junto al parque Lincoln —comenta Júnior—. Ahora, según

esta hoja de instrucciones, deberíamos girar a la izquierda, en oblicuo.

En efecto, enseguida realizan un giro de cuarenta y cinco grados para seguir en dirección noroeste por Lincoln Avenue. Pese a la falta de potencia, todo parece ir como la seda y Annie, por fin, se relaja. Debe seguir pisando a fondo el acelerador, pero mantiene sin problemas la marcha de sus compañeros.

Júnior, en su papel de copiloto, consulta de continuo los papeles que les ha facilitado McGurn.

—Atenta, porque ahora deberíamos girar de nuevo a la izquierda por Dickens.

—Sí, eso parece —confirma Annie—. Trávisin ya señala la maniobra.

Gordon, el conductor del segundo camión, saca también el brazo por la ventanilla, para repetir el gesto de su compañero. Annie hace lo propio para avisar a Scallen, que conduce el cuarto camión.

Cuando reducen la velocidad para efectuar el giro, Annie vuelve a poner mala cara, mientras aprieta y suelta el pedal del freno sucesivas veces.

—Además de que no anda, tampoco frena muy bien —se queja—. ¿Qué demonios le pasa a este trasto?

La avenida aparece desierta, de modo que pueden doblar a la izquierda sin detenerse. Pero cuando Annie gira el volante para seguir la trayectoria de sus compañeros, un inesperado chasquido metálico, como un golpe de martillo sobre un yunque, les hace dar un respingo y les acelera el pulso.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Júnior, alarmado.

—¡No lo sé!

Coincidiendo con el sonido, el Diamond sufre una fuerte sacudida, inclinándose a la derecha, como si hubiese pillado un enorme bache; o un elefante lo hubiese embestido por el costado izquierdo. Por un instante, Annie pierde el control del vehículo. Incapaz de seguir la trayectoria prevista, ve cómo se dirigen, de frente y sin remedio, hacia el chaflán del edificio que hace esquina entre Lincoln y Dickens.

—¡Maldición! ¡Nos la pegamos! —vaticina Júnior.

Afortunadamente, Annie reacciona bien. En lugar de insistir en enfilear Dickens Avenue, lo que quizá les habría llevado a volcar, da un contravolante hacia la derecha, dos veces y con movimientos secos, al tiempo que pisa y suelta alternativamente el pedal del freno. Por un instante se imagina saltando sobre la acera y chocando contra un quiosco de periódicos que se levanta sobre ella, justo en la confluencia de ambas calles; sin embargo, con un último golpe de volante,

la chica logra mantenerse sobre la calzada y detener, por fin, el camión junto al bordillo izquierdo de la Lincoln Avenue. Casi como si hubiese pretendido aparcarlo allí.

Cuando logra parar el vehículo, Annie ve cómo Júnior se aplasta contra el respaldo de su asiento, blanco como la cera. Ella lanza un largo suspiro de alivio.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunta Frankie, lentamente, cuando logra recuperar un hilo de voz—. ¿Qué ha sido ese ruido?

—Algo se ha roto en el camión y casi nos la pegamos —resume la chica, aún con el pulso acelerado.

—¡Madre mía...! No sabes lo cerca que he visto la cara de la muerte.

—No exageres, por favor. He tenido la situación siempre bajo control.

—¿En serio?

—Pues claro —miente Annie—. Solo quería darle emoción a esta noche tan sosa.

Desde el cuarto camión, Scallen y Brunetti han contemplado la maniobra de Annie temiéndose lo peor, así que respiran aliviados cuando ven que la chica ha logrado evitar el accidente por los pelos. El camioncito azul ha estado al borde de la catástrofe. Tan cerca, que los dos hombres han podido imaginar el pequeño Diamond volcado, sus ocupantes heridos y doscientas cincuenta botellas de whisky Duncan's desparramadas sobre la calzada de una céntrica avenida de la ciudad. En plena prohibición, aquello podía haberse convertido en un tumulto de dimensiones ingobernables, incluso en plena noche. Por suerte, y gracias a la habilidad de Annie, no ha ocurrido nada grave.

Scallen hace juegos de luces con los faros al tiempo que toca la bocina para avisar a sus compañeros, y los tres camiones aparcan junto a la acera derecha de Dickens Avenue. De cada camión desciende un solo hombre. Todos, conductores y acompañantes, amartillan más o menos disimuladamente algún tipo de arma.

No hacen preguntas innecesarias. Mirando a su alrededor en busca de cualquier detalle sospechoso, se acercan hasta el camión de Annie y Júnior, que aparece claramente inclinado hacia la derecha.

Annie está examinando la parte posterior del Diamond. John Fry se acucilla a su lado.

—¿Qué ha pasado, Fulton?

—Se ha roto la suspensión trasera. La ballesta no ha resistido y, al girar, se ha roto por el soporte.

Fry asiente, confirmando el diagnóstico.

—Mal asunto. ¿Crees que podrás seguir?

—Tal vez —resopla Annie—. Con la suspensión rota, será difícil mantenerlo en línea recta. Además, la transmisión también irá forzada. Podría romper un palier o, incluso, el diferencial. Pero... estamos ya bastante cerca del Bricktown. Circulando muy despacio y con cuidado, supongo que aguantará.

Fry afirma de nuevo con la cabeza. Es hombre de pocas palabras.

—Ya veo que sabes lo que llevas entre manos. También nosotros hemos tenido problemas. Es como si el camión estuviese sobrecargado. Anda poco, frena mal, y la suspensión está completamente rígida. He conducido otros Diamond y son buenos camiones. No sé qué les ocurre a estos, no van nada bien.

Los cuatro hombres y la chica se reúnen junto al camión averiado. En los edificios próximos, se han encendido algunas luces. Miradas muy discretas los contemplan desde las ventanas.

—Tenemos que irnos pronto de aquí —advierde Cario Brunetti, mirando hacia lo alto—. Estamos llamando la atención y eso no es bueno.

—Estoy de acuerdo —dice Júnior—. Como Annie y yo tendremos que circular muy despacio, será mejor que vosotros vayáis por delante, según lo previsto. Esperadnos en el almacén.

—Desde aquí, si no ocurre nada más, estamos a unos diez o doce minutos —apunta Fry—. Calculo que a vosotros os costará el doble.

—Sí, eso pienso yo —confirma Annie—. No creo que podamos pasar de quince millas por hora.

—Entonces, nos vemos en el almacén en una media hora aproximadamente —dice Frankie—. Vamos, vamos, salid ya.

Fry, Leo y Brunetti ya se dirigen hacia sus camiones cuando Júnior llama de nuevo su atención.

—¡Esperad! Dejadnos un arma, al menos.

Leo se le acerca y le pasa discretamente su Colt Officer's y una caja pequeña de munición del 38.

—Puedo prescindir de él. Gordon lleva una recortada —dice como explicación.

Los tres hombres regresan a las cabinas de sus respectivos vehículos, que han mantenido en todo momento los motores en marcha. Travisin hace una seña y arranca. Los otros lo siguen de inmediato.

Annie y Júnior quedan unos instantes viéndolos marchar Dickens Avenue adelante pero, enseguida, regresan a su torcido Diamond.

—Al menos, arranca sin problemas —constata la chica, tras poner el motor en marcha al primer intento—. ¿Doy la vuelta?

—No es necesario —le dice Júnior, comprobando que la avenida está desierta en ambos sentidos—. Retrocede hasta poder girar hacia Dickens. Despacio.

—Despacio, desde luego. No hace falta que me lo recuerdes. Con este trasto no podemos hacer las cosas de otro modo. Despacio.

—Te noto nerviosa —ironiza Júnior.

—¿Por qué iba a estarlo?

Annie inserta la marcha atrás y retrocede, mirando por los retrovisores. Al empezar a moverse, el Diamond emite una serie de gemidos metálicos que ponen los pelos de punta.

—Es normal que se queje —dice Annie, para quitarle hierro—. La mitad de sus piezas están fuera de sitio.

—Pero, ¿lo conseguiremos? —pregunta Júnior.

—Pues claro. Aguantará, ya lo verás.

El camión ha retrocedido hasta invadir el cruce de Lincoln con Dickens y en cuanto Annie ve que dispone de espacio para la maniobra, desembraga, saca la marcha atrás y mete primera.

Justo en ese instante, les llega el sonido de los disparos.

Se les hiela la sangre en las arterias. La respiración se interrumpe.

Porque no son uno ni dos. Ni cincuenta ni cien. Son doscientos o trescientos tiros, quinientos quizá, de diversas armas, todos a la vez. Una auténtica catarata de plomo. Una ensalada de metralla. Un diluvio de muerte en forma de ráfagas de fusil ametrallador y disparos de pistola y revólver.

Proceden del fondo de Dickens Avenue, a unos doscientos metros de donde se encuentran.

Annie y Frankie giran la cabeza hacia la izquierda, de modo instintivo, y sienten que se les detiene el corazón al comprender lo que ocurre: los tres camiones de sus compañeros están siendo tiroteados sin piedad. Ametrallados sin compasión. De modo salvaje. Habían reducido la velocidad para afrontar el siguiente cruce y, en ese momento, desde dos coches aparcados a la derecha y desde las ventanas del primer piso de la casa situada a la izquierda, veintidós hombres de la banda de Julius Mortimer han abierto fuego contra ellos.

Júnior y Annie lo ven todo desde la distancia, pero es como si contemplaran la escena con lentes de aumento. Se percatan de lo que ocurre con una nitidez

impensable, con un detalle pasmoso. Como si estuviesen allí mismo. Conteniendo la respiración. Sin pronunciar palabra.

Todos los disparos van dirigidos a las cabinas de los vehículos.

La del primer camión queda arrasada en un instante, la chapa ametrallada de agujeros, como un colador; los cristales hechos añicos. Travisin muere pisando el pedal del freno, provocando que su Diamond se detenga en seco. Gordon, que conduce el segundo, trata de esquivarlo por la izquierda y acelerar, pero la cortina de plomo candente que se le viene encima le impide completar la huida y acaba estrellando el Diamond contra un Plymouth cupé aparcado a la izquierda de la calle.

Scallen, que conduce el tercero, frena y trata de retroceder, pero los disparos acaban con su vida antes de que pueda engranar la reversa. Brunetti es el único que tiene la oportunidad de repeler la agresión. Abre la puerta derecha de su camión y salta a tierra con un Thompson en las manos. Solo tiene tiempo de lanzar una ráfaga contra los dos coches de los atacantes consiguiendo herir a tres de ellos antes de recibir una veintena de impactos que lo sacuden como una marioneta para luego caer muerto, hecho trizas, sobre los adoquines.

Entonces alguien grita «Alto el fuego» y lo repite y lo repite hasta que, por fin, callan las armas.

En total, el tiroteo ha durado menos de medio minuto.

—¡Apaga los faros! —exclama Júnior, de pronto.

—¡Ay! ¿Qué...?

—¡Apaga los faros y sácanos de aquí, Annie! ¡Rápido, por Cristo! ¡Que no nos vean!

—¡Voy! Voy, voy...

A Annie le tiemblan las manos cuando empuja la palanca de cambios para meter primera y abandonar el cruce hasta que quedan ocultos tras el primer edificio de Lincoln Avenue.

La chica se refugia en los brazos de Frankie, temblando. También él tiembla.

—Dios santo... Los han matado a todos.

—¿Eran policías? —pregunta Annie, con la voz opaca.

—No lo sé. Policías, hombres de Mortimer, agentes del FBI..., ¡qué más da! Los han cazado como a conejos. Sin posibilidad de defenderse. ¡Malditos carniceros...! Espera, voy a ver.

—¡No me dejes sola, por favor!

—¡Espera aquí, te digo!

Júnior baja del camión y corre hacia el quiosco que antes estuvieron a punto de derribar. Oculto tras él, con la boca seca y el corazón deshecho, escudriña el lugar de la matanza.

Los asesinos de sus compañeros se mueven por la escena, armas en mano. Uno de ellos grita órdenes que él no consigue entender; pero sí puede reconocer a quien lo hace, con su silueta de chimpancé gigante, los brazos demasiado largos para su cuerpo. Su cara de gato de Angora.

—Mortimer... —masculla Júnior.

Enseguida, uno de los dos coches negros aparcados a la derecha sale a toda velocidad, llevando en su interior a los heridos.

Varios de los atacantes trepan a las cabinas de los camiones y sacan a empujones los cadáveres de los hombres de Nitti. A Júnior le duele en especial contemplar cómo arrojan al suelo el cuerpo de Tony Leo, que le había prestado minutos antes su propio revólver. Frankie sabe de sobra que no habría tenido ninguna posibilidad de sobrevivir a la emboscada ni aunque hubiese dispuesto de una ametralladora antiaérea, pero no puede evitar sentirse mal al apretar, dentro del bolsillo de su abrigo, la empuñadura del Colt Officer's de Tony.

Un minuto más tarde, los camiones reemprenden la marcha. Asombrosamente, los tres siguen funcionando, incluso el que había chocado contra el auto aparcado.

Júnior los ve alejarse. Solo el tercero, el que conducía Scallen, va perdiendo un reguero de whisky por la parte trasera de la caja. Sin duda, los atacantes han destrozado algunas de las botellas al ametrallar a Brunetti.

Tras la marcha de los camiones y del segundo de los automóviles, en el escenario de la masacre quedan seis cuerpos tendidos en el suelo, cosidos a balazos, entre grandes charcos de sangre y restos de whisky Duncan's. Y solo tres hombres, que parecen discutir acaloradamente aunque sin elevar el tono. Sobre la identidad de Mortimer, Júnior ya no alberga duda alguna. Los otros dos llevan alzado el cuello del abrigo y cubierta la cabeza con sombrero. Uno de ellos es muy alto y camina con el aire torpe propio de quienes tienen los pies planos.

Frankie siente la punzada de la sospecha atravesándole el pecho; siente que la sangre le hierva, pero ha de mantener la calma y asegurarse al cien por cien.

Mortimer parece contrariado y la razón es fácil de intuir: esperaban cuatro camiones y solo han aparecido tres.

El rival de su padre se yergue, en el centro de la calzada, y lanza una mirada

circular a su alrededor. El irlandés fija la vista en la dirección en que se encuentra el chico y Júnior teme que lo haya podido descubrir, pese a que resulta prácticamente imposible a esa distancia y en medio de la penumbra. Se siente en peligro y está a punto de regresar junto a Annie. Pero, justo en ese instante, el más bajo de los acompañantes de Mortimer saca tabaco y ofrece a los demás, que aceptan. De inmediato, prendiendo un encendedor de gasolina, les da fuego. Al acercar la llama al rostro del hombre alto, lo ilumina durante un par de segundos. Un par de segundos durante los que se dibuja su perfil con claridad en el lienzo negro de las sombras.

Júnior siente un escalofrío cuando sus sospechas se transforman en certeza.

—McGurn... —masculla—. Despreciable traidor...

Siente una náusea irresistible, se dobla por la cintura y vomita copiosamente en el cercano alcorque de un árbol, tratando de no hacer ruido. Después, cuando ya se siente algo mejor, mira hacia lo alto. Está seguro de que decenas de personas lo observan desde los edificios cercanos. No hay ni una sola ventana iluminada pero detrás de cada rectángulo de cristal oscuro, sin duda, alguien contempla el resultado de la emboscada y se pregunta hasta cuándo Chicago será la ciudad de los ajustes de cuentas, del tableteo de las ametralladoras, de la muerte a la vuelta de cualquier esquina.

Comprobar que McGurn ha sido el traidor que ha propiciado acabar con la vida de seis compañeros lleva al hijo de Frank Nitti a sentirse derrotado. Ahora desearía poder tomar a Annie de la mano y, sin despedirse de nadie, mudarse de ciudad, de estado..., de país, quizá. Marchar lejos, muy lejos, donde no pueda ya percibirse el dulce olor de la sangre, el olor acre de la pólvora.

Cuando regresa a la cabina del camión, Annie está a punto de entrar en pánico.

—Esto no te lo voy a perdonar en la vida —le dice la chica, con la voz alterada y golpeándole el hombro con el puño cerrado—. ¡En la vida!

—Lo siento, Annie. Lo siento. Necesitaba saber. Tener la seguridad.

—¿La seguridad? ¿La seguridad de qué?

Júnior clava la mirada en la punta de sus zapatos. Habla con una voz que no parece la suya.

—Los han matado a todos. Han sido los hombres de Mortimer. Y han contado con la ayuda de McGurn.

—¿Jack McGurn? ¡Pero si fue lugarteniente de tu padre! ¡Es de los nuestros! ¡Asaltamos junto a él un banco la semana pasada!

—Lo he visto hablando con Mortimer.

—Eso quizá no signifique...

—Él trazó la ruta desde el tinglado del puerto al almacén del Bricktown y nos insistió en que la siguiésemos a toda costa. Está claro que él nos ha conducido a la trampa. Los hombres de Mortimer nos estaban esperando. McGurn nos ha llevado al matadero.

Annie suma en su cabeza los datos y pronto acaba llegando a la misma conclusión.

—Maldito gusano...

—Y nosotros dos estamos con la soga al cuello. Mortimer y McGurn se estarán preguntando qué ha ocurrido con nuestro camión. Para salir con vida, tenemos que ser capaces de pensar con claridad.

—Quizá se conformen con lo que han conseguido. Tres cuartas partes del cargamento. Y seis hombres muertos.

—No creo que les baste. McGurn ha traicionado a mi padre, aún no sabemos por qué. Pero esa traición, supongo, incluía que yo también muriese.

—Y yo —concluye la muchacha, con un hilo de voz.

—¡No! No, no es así, Annie. Tú no estabas en el plan inicial. No estaba previsto que tú vinieras a esta entrega. Yo te he metido en esto a última hora. Aunque es cierto que esa hiena de McGurn no puso ninguna objeción cuando te cambié por Lenny.

Annie se abraza a sí misma, tratando de contener un escalofrío.

—Por todos los santos del cielo, Júnior... ¿Te das cuenta de que seguimos vivos por una auténtica chiripa? Si no se hubiera roto la ballesta del camión, ahora estaríamos tendidos sobre los adoquines de Dickens Avenue, cosidos a balazos.

Al chico le cuesta hablar. Tiene la boca seca, con restos de vómito. Y las náuseas no han desaparecido del todo.

—Pues tenemos que aprovechar nuestro golpe de suerte para conseguir salir de esta con vida. Los hombres de Mortimer seguro que ya nos estarán buscando.

—¿Qué hacemos?

—¡No lo sé! Estoy hecho un lío.

—¿Y si intentamos llegar al almacén del Bricktown? Allí estaríamos a salvo, ¿no?

—¡Todo lo contrario! Es el primer sitio al que habrán acudido. Supondrán que, por algún motivo, hemos decidido seguir otra ruta. Si aparecemos por allí,

seguro que nos estarán esperando.

Annie asiente.

—En ese caso..., quizá lo más razonable sea abandonar aquí el camión — propone—. Si lo encuentran, tal vez se den por satisfechos y dejen de buscarnos. Y yendo a pie nos será más fácil ocultarnos y despistarlos. Nuestras posibilidades de salvar el pellejo serán mayores.

Júnior respira ansiosamente. Está tratando de pensar con claridad, de tomar la decisión correcta. Lo que haría un buen jefe de banda.

—Sí. Puede que eso sea lo más razonable —acepta el muchacho.

De repente, Annie se lleva las yemas de los dedos a las sienes.

—Espera. Quizá haya otra opción.

—¿Cuál?

Annie mira a Júnior con la expresión de quien no está nada convencida de sus palabras. Pero las pronuncia, pese a todo.

—Podemos esconder el camión en un sitio inesperado. Eso tendría la ventaja de no dejarles ninguna pista sobre nuestro paradero.

—Pero... ¿dónde vamos a encontrar un escondite así? Esta no es nuestra zona. No conocemos esta parte de la ciudad...

—Yo sé de uno —corta Annie—. Y no está lejos. Podríamos refugiarnos allí hasta mañana.

—¿Es posible? ¿En serio conoces...?

—Hay un lugar al que he ido cuatro o cinco veces en los últimos dos años. —Annie acompaña sus palabras con gestos—. Si seguimos Dickens en la dirección contraria, hacia el este, a solo tres manzanas se cruza con la calle Clark. El 2122 de North Clark es un antiguo garaje abandonado. Sé cómo entrar en él. E incluso circulando muy despacio, estamos a cinco minutos. Podríamos pasar allí la noche.

Júnior resopla, indeciso. El camión está en muy malas condiciones. Aun así, la propuesta de Annie parece mejor opción para salvar la vida que echar a andar por calles tan alejadas de casa y fuera del territorio controlado por su padre. Con solo un revólver y un puñado de balas en el bolsillo.

—De acuerdo. Intentemos llegar a ese garaje.

Sin esperar más tiempo, Annie arranca el motor del Diamond.

—¿Enciende los faros?

—Sí —responde Júnior, tras dudar—. Creo que será menos sospechoso, si nos cruzamos con otros vehículos.

—Vamos allá, entonces.

Arrancan a paso de tortuga y giran en Lincoln Avenue para tomar Dickens hacia el este, en dirección al lago. Annie tiene que corregir continuamente la trayectoria del vehículo con movimientos del volante, porque el camioncito se empeña en desviarse ferozmente hacia la derecha. Y no hay manera de superar las quince millas por hora, tal como ya suponía.

—¿No está haciendo un ruido muy raro?

—Pues claro que sí —responde Annie—. Está haciendo veinte ruidos raros. Pero resistirá. Nuestro destino está ahora mucho más cerca que antes. Siete u ocho minutos, no más.

—¡Antes has dicho que eran solo cinco!

—¡Calla un rato, por favor! Intenta no ponerme más nerviosa de lo que ya estoy.

—Vale, vale... Oye, que lo estás haciendo muy bien, ¿eh? Sigue así.

Mientras Annie se concentra en conducir lo más suavemente posible, Júnior escudriña los alrededores, tanto al frente, a través del parabrisas, como hacia atrás, sacando medio cuerpo por la ventanilla y mirando a lo lejos.

—Estamos ya muy cerca de North Clark.

—¡Espera! Frena —le indica Júnior—. Para ahí, a la derecha, debajo de ese árbol. Y apaga los faros.

Annie obedece, deteniendo el camión suavemente, junto al bordillo, debajo de un magnolio inmenso bajo cuya copa la oscuridad se vuelve aún más negra que la de la propia noche. La última sombra profunda antes del cruce, que se encuentra iluminado por varias farolas.

—¿Qué ocurre? —susurra Annie.

Júnior señala hacia atrás.

—Me ha parecido ver pasar a lo lejos dos coches grandes y negros. Posiblemente, están haciendo un control de los alrededores. Si es así, pronto deberíamos verlos cruzar en sentido contrario, por la siguiente calle más cercana a nosotros.

—¿Por qué?

—Es la manera habitual de peinar una zona amplia de calles perpendiculares: se circula trazando una especie de malla. Dos o tres tipos en un coche, mirando cada uno en una dirección, en todos los cruces. Es un método bastante eficaz.

—¿Y si nos ven?

—Si nos descubren, estamos perdidos. Por eso te he pedido que pares aquí.

Bajo esta sombra creo que podemos pasar desapercibidos.

Durante los siguientes dos minutos, Annie y Frankie guardan silencio. Prestando la suficiente atención, se podría escuchar el latido de sus corazones a galope tendido.

—Ahí están —anuncia Júnior en voz muy baja, mirando por el retrovisor exterior—. Lo que yo sospechaba. Dos coches grandes. Son ellos. Están a solo dos calles de aquí. Vamos, vamos, pasad de largo. Oh, no... No...

—¿Qué pasa?

—Se han parado en el cruce.

Annie no dice nada. Se limita a tomar la mano de Júnior y apretarla con fuerza. El chico sigue hipnotizado por la imagen que le devuelve el retrovisor.

—¿Qué es eso? —pregunta él, de pronto—. Ese sonido..., ¿no lo oyes?

Annie frunce el ceño y aguza el oído.

—¡Sí...! Lo oigo. Es..., es una sirena.

—Dos sirenas.

Al instante, dos coches patrulla de la policía, con las luces de emergencia prendidas, aparecen a tan solo una manzana de distancia y giran en Dickens hacia el oeste. Al verlos, los dos coches negros arrancan y reanudan su camino.

—Seguro que los polis se dirigen al escenario del tiroteo. Algún buen ciudadano los habrá llamado para avisar de la matanza. Vamos, vamos, arranca de nuevo. Hay que aprovechar ahora para llegar al cruce y girar por Clark.

Salen de la sombra protectora del magnolio y, cincuenta metros más adelante, giran a la izquierda, por North Clark.

—¿Sabes exactamente dónde es?

—Sí, aunque nunca he venido a estas horas; y de noche, todo se ve distinto —responde Annie—. ¿Puedes distinguir los números de los edificios?

—Dos mil ciento trece —anuncia Júnior al pasar frente a la primera casa—. Es en la otra acera, la de la izquierda.

—¡Sí! ¡Ya lo tengo! ¡Es allí! Apenas trescientas yardas.

Al llegar, mira adelante y atrás para asegurarse de que no viene nadie y, en el último momento, gira a la izquierda y atraviesa la avenida para encarar una puerta de garaje en la que apenas se adivinan los restos de pintura que dibujaban un anuncio de Valvoline.

—Ponte al volante —dice Annie, bajando de la cabina—. Mete el camión en cuanto yo abra el portón.

Tras comprobar que la acera está desierta en ambas direcciones, la chica empuja con el hombro una vieja puerta lateral. Tras un minuto que a Júnior se le hace eterno, se alza el portón de guillotina que da acceso al garaje y él introduce el camión hasta el centro de la nave. Cuando apaga el motor y las luces del vehículo, sobreviene un silencio casi doloroso.

Al descender Júnior de la cabina, Annie ya ha cerrado el portón y está atrancando con un madero la puertecita de servicio.

—¡Enciende las luces de posición, que no veo nada! —grita la chica, bajito.

Cuando Júnior la obedece, ella termina la tarea y, luego, corre hacia el Diamond. Los dos se abrazan como si les fuera a faltar vida para hacerlo de nuevo.

Annie, que ha llegado a su límite, rompe a llorar.

—Nunca había pasado tanto miedo. ¡Nunca! —solloza.

Él se limita a estrecharla entre sus brazos. Habría querido rodearla por completo, protegerla, conseguir que se sintiera a salvo del mundo, pero no sabe cómo hacerlo.

Se mantienen así, el uno junto al otro, el uno contra el otro, durante un tiempo larguísimo.

Por fin, Annie recobra parte del ánimo perdido y él la toma de las manos.

—Si nadie nos ha visto entrar, creo que estamos a salvo. Por el momento.

—¿Qué hora es? —pregunta Annie.

—Cerca de... la una de la madrugada.

—Cuando la noticia de la matanza llegue a oídos de tu padre y de mi madre, lo pasarán mal, hasta que descubran que no estamos entre los muertos.

Júnior cierra los ojos y se frota la cara con las manos.

—Mi padre lo pasará mal igualmente —dice después—. Han muerto seis de sus hombres. Y supongo que no tardará en descubrir que se ha debido a la traición de alguien a quien consideró tiempo atrás casi su mano derecha. Tiene que ser duro.

A Annie, a ratos, aún le cuesta respirar. Se le hace un enorme nudo en la garganta. Se gira para ponerse frente a Júnior. Le echa los brazos al cuello. Sigue asustada.

—¿Qué vamos a hacer ahora, joven Nitti? —le susurra al oído.

—Puesto que no parece prudente salir en busca de un teléfono..., deberíamos prepararnos para pasar el resto de la noche lo mejor posible.

—Desde luego, yo no pienso salir de aquí hasta que las calles no estén

repletas de tráfico y de transeúntes. Y eso no será antes de las nueve.

A la tenue claridad que proporcionan las luces de posición del Diamond, los jóvenes echan una mirada amplia al local. Al fondo, se adivinan los restos de tres vehículos inservibles, un auto y dos camionetas. Y cerca de allí, una zona que fue taller mecánico, con foso, banco de trabajo y un buen número de herramientas en dos grandes cajas de madera. Y un baúl cuya utilidad resulta inexplicable. Todo ello cubierto por polvo de décadas.

—Me temo que va a resultar una noche incómoda —comenta la chica—. Me veo durmiendo en la cabina del camión.

Júnior se acaricia la frente, con lentitud.

—Tal vez haya una opción mejor —propone él, de pronto—. Ayúdame.

Suben al camión y, tras retirar la lona de protección, bajan al suelo nueve de las cajas de whisky, creando en el centro de la zona de carga un hueco de cinco pies de ancho por casi seis de largo. Aproximadamente el tamaño de una cama de matrimonio. Bajo las cajas de Duncan's descubren una triple capa de mantas de lana, que sirven para evitar que las botellas se golpeen en exceso durante el transporte.

—De momento, ya tenemos colchón —comenta Júnior.

Y en la cabina, colgados tras los asientos, encuentran dos capotes de hule, que los conductores utilizan si tienen que hacer reparaciones o cambiar una rueda en días de lluvia o mal tiempo.

Comparada con la perspectiva de dormir en el suelo o en la cabina del camión, aquello se le antoja a Annie la habitación de un buen hotel. Eso, por no hablar de que va a compartir ese hospedaje improvisado con el chico que le gusta.

—Eres un hombre de recursos, joven Nitti. Te mereces un beso.

—¿Sí? Pues no me voy a resistir.

Hace frío y no se quitan la ropa. Se acomodan rodeados por el resto de las cajas de Duncan's, lo que les proporciona una cierta sensación de intimidad, pese a las circunstancias. Annie se acurruca junto a Júnior, cubriéndose ambos con los capotes de hule que, por fortuna, parecen no haber sido utilizados nunca.

Pronto entran en calor.

VIERNES, 27 DE MARZO DE 1931

AGUJEROS DE BALA

A las ocho y cuarto de la mañana, Júnior abre el ojo derecho. Por las cristalerías situadas en la parte alta del local, entra ya abundante luz natural. La mañana es luminosa, aunque no soleada.

Estira el brazo izquierdo en busca de Annie pero, ante su sorpresa, no encuentra nada. Está solo. Algo inquieto, levanta el capote de hule con el que se cubrieron por la noche y mira por encima del lateral de madera de la caja del camión.

Descubre a la chica al fondo del local; aparentemente, mirando la pared. Mantiene los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza inclinada.

Procurando no hacer ruido, el hijo de Frank Nitti baja del camión y se dirige hacia Annie, aprovechando el trayecto para intentar colocarse las vértebras en su sitio. Cuando llega junto a ella, se sitúa a su lado, muy cerca, hasta rozarla. No le pregunta nada, no dice nada, porque enseguida intuye lo que ocurre, lo que Annie hace allí, la razón por la que ella conocía aquel lugar.

La pared que la chica está mirando todavía conserva las huellas de docenas de impactos de bala. Y en el suelo, sin mucho esfuerzo, pueden distinguirse las grandes manchas oscuras, ahora ya tenues pero igualmente escalofrantes, que la sangre vertida por seis hombres al morir dejó allí dos años atrás.

—El veintiuno veintidós de North Clark —susurra, por fin, Frankie Júnior al

oído de Annie mientras la enlaza por la cintura—. Debería haber caído en la cuenta. Aquí es donde se produjo la matanza del día de San Valentín, ¿verdad? Seis hombres. Como los seis que cayeron ayer en Dickens.

—Sí —musita la chica—. Igual. Fruto de una emboscada.

—¿Tu padre era uno de ellos?

—Se llamaba Edward —dice, tras llenar con dificultad los pulmones—. Casi todo el mundo, incluida mi madre, lo llamaba Eddy. Salvo yo, que lo llamaba papá. Lo quería con locura. Sabía que era un gánster pero me daba igual. Para mí, era el mejor padre del mundo. Me enseñó a conducir, a entender cómo funcionan los motores y los artilugios mecánicos en general. Me dio muchos consejos, casi todos buenos. Me pidió que aprendiese cosas, cuantas más, mejor; y que leyese libros, cuantos más mejor. Y, además, me enseñó a amar las películas de cine. Las buenas películas. Pero, sobre todo, me enseñó a ser decidida, a perseguir mis sueños, fueran los que fueran. Era conductor y nunca lo vi con un arma en las manos. Un par de veces me aseguró que jamás había matado a nadie, aunque... yo creo que no era verdad. En cualquier caso, me resulta indiferente. No lo querría menos si tuviese la seguridad de que fue un asesino. Y estaba muy enamorado de mi madre. Aunque eso quizá no tenga mucho mérito, porque mi madre es capaz de enamorar a cualquiera.

—Tu madre también es una gran mujer.

—¿Lo ves? Dices eso porque también tú estás un poco enamorado de ella. Y si ella quisiera, caerías rendido a sus pies. Pero te equivocas en eso. No es una gran persona, como sí lo era mi padre. Ella es vengativa, fría, despiadada; capaz de cualquier cosa por conseguir sus propósitos. Y sí, también es muy hermosa y lo sabe y se aprovecha de ello.

—Como hacen casi todas las mujeres que se saben hermosas. Pero te equivocas conmigo, Annie. No estoy enamorado de tu madre. Estoy enamorado de ti.

Annie Fulton sonrío con cierta amargura y acaricia la mejilla de Júnior.

—Claro, y yo de ti. Pero tal vez sea porque hemos estado a punto de morir juntos, Frankie Nitti. Y la cercanía de la muerte es una cosa que une con lazo fuerte. Pero no confundas el amor con el miedo. El amor es compartir la vida, no compartir el miedo.

Júnior se coloca a espaldas de su chica, la aprieta contra sí, la besa con suavidad en la base del cuello.

—Estoy de acuerdo con eso, Annie Fulton.

Contemplando los agujeros de la pared, casi es posible escuchar el tableteo de las armas que los produjeron.

—Desde la muerte de mi padre, hace dos años —dice ella, tras un silencio largo—, he venido hasta aquí cuatro o cinco veces. Cuando no podía más; cuando la vida se volvía insoportable para mí. Cuando existir se me hacía incomprendible, venía aquí. Mi madre acude a veces al cementerio, a leer su nombre escrito en una lápida, una y otra vez. Creo que hasta le habla, mientras mira la tierra que cubre su ataúd. Yo prefiero venir aquí, y contemplar el último lugar que vieron sus ojos.

Annie señala las indelebles marcas de los disparos.

—Alguna de esas balas acabó con su vida. Y casi con la mía.

Júnior roza con su mejilla la de Annie. Le habla al oído.

—Yo no puedo sustituir a tu padre pero... quizá sí pueda ayudarte a encontrar esa vida que casi habías perdido.

Ella se gira hacia él y, sin palabras, le pide un beso, porque necesita un beso. Urgentemente. Él la entiende, sonrío y la besa en los labios.

Con urgencia pero sin prisa.

UNA CUESTIÓN DE PESO

Al poco, se oyen campanadas muy cercanas dando las nueve.

—Quizá ya deberíamos salir y hacer una llamada para que tu madre y mi padre sepan que seguimos vivos —propone Júnior.

—Sí, quizá.

Se dirigen al camión, a recuperar sus prendas de abrigo, que han podido quitarse durante la noche gracias a los capotes de hule y a las caricias que se han dedicado el uno al otro.

Mientras Júnior trepa a la caja del Diamond, Annie vuelve a contemplar con interés la avería que a punto estuvo de acabar con ellos en la esquina de Lincoln con Dickens. La providencial avería que, sin embargo, les salvó la vida.

Mira con atención el soporte roto de la ballesta trasera derecha.

En realidad, no mira sino que piensa. Piensa furiosamente. Luego, rodea la parte trasera del camión para echar un vistazo a la ballesta izquierda.

A la luz del día comprueba que está completamente aplastada, sus tres hojas planas, perdida toda su curvatura original y, por tanto, sin capacidad de amortiguación alguna.

—¿Cómo es posible...? —murmura.

Tras buscarla sin éxito por los bajos, finalmente encuentra la plaquita de las características del vehículo remachada a la parte posterior de la cabina, sobre el cristal trasero. La tara oficial del camión es de 5.200 libras y su peso máximo autorizado, de 7.500. La cuenta es sencilla.

—Dos mil trescientas libras.

—¿Qué? —pregunta Júnior.

Annie se sorprende de haber hablado en voz alta.

—Digo que la carga máxima del camión es de dos mil trescientas libras. Cada botella de Duncan's, incluido el envase, debería pesar unas... ¿tres libras?

—Algo así, sí.

—Doscientas cincuenta botellas deberían pesar tan solo setecientas cincuenta libras. Menos de la tercera parte de la carga máxima. ¿Cómo es posible que las ballestas de la suspensión se encuentren tan obligadas?

—Tienes que añadir las cajas de madera en que se transportan las botellas.

—Vale. ¿Ciento cincuenta libras más? Novecientas, en total. Sigue siendo poquísimo.

Júnior es un tipo sagaz y aunque, en principio, el misterio del sobrepeso de los camiones le trae sin cuidado, que la solución no resulte evidente empieza a picarle la curiosidad. Arruga la nariz.

—Veamos..., quizá... la placa de las características corresponda al camión en chasis. Entonces, tendrías que añadir el peso de la caja de carga.

—No lo creo, pero bien —admite la chica—, es posible que sea así. ¿Cuánto calculas que pesa la caja del camión?

—Unas... trescientas libras, quizá. Quizá cuatrocientas.

—De acuerdo. Cuatrocientas. Eso supone un total de mil trescientas. Si hemos quedado en que la carga máxima son dos mil trescientas libras y la suspensión parece trabajar al máximo..., nos siguen faltando al menos mil libras. ¿Dónde están?

Frankie se cruza de brazos, mirando el pequeño Diamond; y afila la mirada.

—No lo sé. Parece que hay algo que no estamos viendo. Quizá... las botellas

no están llenas de whisky, sino de algo que pesa mucho más.

—No —replica Annie, al momento—. Esta noche, tú y yo hemos descargado varias cajas y no nos ha parecido que pesasen más de la cuenta.

—Cierto. ¿Entonces...?

—El whisky va apoyado sobre unas mantas. ¿Quizá hay algo debajo de las mantas?

Sin molestarse en insistir, Annie trepa a la caja del camión y alza las mantas sobre las que han dormido. Debajo, aparecen los listones que forman la base de la caja de carga. Ninguna sorpresa. Nada raro.

—Esto está empezando a fastidiarme —reconoce Júnior—. ¡Vamos a descargar el resto del whisky! ¡Hay que encontrar algo que pese mil libras, nada menos! ¡No puede ser tan difícil!

En solo unos minutos, descargan las doce cajas de doce botellas que aún quedaban en el camión y retiran todas las mantas. Pero el misterio continúa, terco. El Diamond está vacío.

—No me lo explico —admite Annie, en voz baja, como si hablase para sí—. Hemos retirado toda la carga y las ballestas continúan comprimidas al máximo.

Júnior no abre la boca, pero es fácil ver que está tan intrigado y perplejo como su chica. Casi se podría oír el sonido de su cerebro pensando, tratando de dar explicación a lo aparentemente inexplicable.

De pronto, arroja al suelo dos de las mantas y se tumba sobre ellas para examinar los bajos del camión. A primera vista, todo se ve normal: el chasis, formado por dos largueros metálicos, unidos entre sí por vigas más cortas en varios puntos. En la parte delantera, sustentan el motor, la cabina y el eje delantero, con los habituales triángulos de la suspensión y el conjunto de la dirección... Tras el motor, la caja de cambios, de la que sale el árbol de la transmisión, dividido en dos por una junta cardán, para terminar en el diferencial que reparte la potencia entre las dos ruedas traseras... Todo normal.

—Todo normal, salvo que pesa muchísimo más de lo que debería —musita Frankie—. ¿Por qué?

Annie se ha tumbado a su lado y contempla también las entrañas del Diamond.

—Solo veo algo raro —dice, de repente.

—¿En serio? ¡Menos mal! —exclama Júnior—. Está claro que también yo debería ver algo raro, pero no lo encuentro. ¿De qué se trata?

—Los dos largueros principales del chasis..., los que van de delante atrás...

—dice, señalándolos con el dedo—. ¿No deberían ser vigas con sección en forma de «H»? En la mayoría de los vehículos pesados son así. Creo que es la forma más resistente en relación con su peso y longitud, por eso se usan habitualmente.

—¿Y qué?

—Estas son vigas de cajón, de sección rectangular, más pesadas para la misma longitud y menos resistentes.

—Quizá sean más baratas y para un camión pequeño resulten suficientes.

—Pues yo creo... que han cambiado el chasis original o por lo menos...

Annie interrumpe la frase y permanece tumbada boca arriba, con la boca entreabierta hasta que, de repente, sale de debajo del camión y corre hacia el fondo del garaje, allí donde dormitan dos cajones de madera con varias herramientas cubiertas de orín. Tras rebuscar en ellos, encuentra un martillo de bola más viejo que Noé y regresa de inmediato junto a Júnior, que la contempla con curiosidad. La chica vuelve a meterse bajo el camión y golpea con el martillo en el centro de uno de los largueros del chasis.

El golpe produce un sonido metálico, pero de un tono mucho más apagado del que sería lógico esperar.

—¿Lo has oído?

—¿Qué tengo que oír?

Annie repite el golpe.

—¿No lo oyes? ¡No suena a hueco!

—A ver, déjame a mí —le pide Frankie.

Júnior golpea la viga varias veces seguidas, con toda su fuerza.

—Tienes razón. Suena como si se tratase de una pieza maciza.

—¡Exacto! ¡Son piezas macizas! ¡Por eso pesan tanto! ¡Ahí está la solución al misterio! Por eso el camión parecía tener poca potencia y frenaba mal. Por eso la suspensión hacía tope desde el primer momento y se rompió la ballesta. No era culpa de la carga. ¡Era culpa del propio camión! ¡El chasis es muchísimo más pesado de lo que debería ser!

Tras un segundo de silencio y estupefacción, los dos chicos, como si se hubiesen puesto de acuerdo, salen atropelladamente de debajo del Diamond, como temiendo que pueda romperse en cualquier momento, venirse abajo y aplastarlos.

Una vez en pie, vuelven a mirarse entre ellos. Annie, rascándose la barbilla y Júnior, con los brazos en jarras.

—Pero... ¿por qué? —sigue preguntándose ella—. ¿Qué sentido tiene fabricar un chasis tan pesado que arruina las características del camión? No lo entiendo.

Júnior, ya sin miedo a mancharse de polvo su estupendo traje, se arrodilla de repente junto a la parte trasera del camión y examina el extremo de los largueros del chasis.

—¡Mira! ¡Mira esto, Annie! —exclama, señalando el final de las dos vigas—. No es que estas piezas sean macizas. Les han cerrado los extremos soldándoles un trozo de chapa y las han pintado después, para disimularlo.

Annie se acerca y palpa el final del chasis con los dedos.

—¡Tienes razón! Entonces... quizá no sean piezas macizas sino piezas huecas que..., que se han rellenado con algo.

Los dos chicos se miran con los ojos echando chispas. Están consiguiendo llegar al final del misterio. Solo les queda un paso.

—Necesito saber lo que hay dentro de esas piezas —dice ella, de pronto.

—Toma, y yo.

SOPLETE

Durante el siguiente cuarto de hora, Júnior y Annie no consiguen ponerse de acuerdo.

—Deberíamos ser capaces de tomar una decisión, y solo tenemos dos opciones: pedir ayuda a alguien o seguir con este asunto nosotros solos.

—Y cuando dices «Pedir ayuda a alguien», supongo que te refieres... a contárselo a tu padre.

—Sí, claro. Teóricamente, el camión es suyo.

Annie echa a andar por el local, describiendo un círculo amplio. Necesita caminar porque eso la ayuda a tomar decisiones. Pero no tiene adonde ir.

—No sé por qué, no me convence.

—Será porque no es tu padre.

—Eso será. Oye, Frankie..., ¿y si pudiésemos seguir nosotros hasta el final?

Solo un paso más: averiguar qué hay dentro de esas vigas metálicas. Luego, ya veremos lo que hacemos.

—¿Y cómo piensas abrir esas vigas tan gordas? ¿Con un abrelatas?

—Eso sería complicado porque no tenemos un abrelatas. Pero tenemos algo mucho más efectivo.

Annie señala las herramientas que duermen en el fondo del garaje.

—¿A qué te refieres? —pregunta Júnior.

—¿Sabes usar un soplete de acetileno?

—¿Yo? Ni idea. Yo sé usar una ametralladora Thompson y poco más.

—¡Pues yo sí! Mi padre me enseñó. Si queda oxígeno y acetileno en aquellas bombonas, lo puedo intentar.

—¿No será peligroso?

—¿Peligroso usar un soplete? Peligroso fue lo de anoche, cielo.

—Te refieres a dormir juntos en la caja del camión, supongo.

—Exacto. Anda, acerca el camión hasta allí, para no tener que trasladar las herramientas.

Mientras Frankie arranca el Diamond y realiza la maniobra, Annie comprueba que aún queda suficiente oxígeno y acetileno en las bombonas. Después, va reuniendo el equipo necesario. Por un lado, el soplete oxiacetilénico, con sus boquillas, sus mangueras y sus reguladores para los gases. Por otro lado, el equipo de protección: un largo mandil de cuero, casi hasta los pies, guantes de soldador y la careta con el cristal oscuro. Le vendrían bien unas botas de trabajo, pero no las encuentra. Además, de entre las diversas herramientas, aparta dos gatos hidráulicos que le van a servir para calzar el camión y facilitar el trabajo con el soplete.

Una vez está todo preparado y vestida para el trabajo, Annie abre los grifos de las bombonas. Luego, en el mezclador, gira la llave del acetileno y prende la llama con un mechero de fricción. Una llama amarillenta y que desprende un humo negro se forma en la boca del soplete. Al abrir el grifo del oxígeno, la llama se va afinando y adquiere un intenso color azul. De inmediato, Annie va moviendo ambas llaves hasta conseguir una llama del tamaño y la forma deseada, pequeña y puntiaguda, que a Júnior le produce escalofríos solo con mirarla.

—¡Creo que ya está! —exclama la chica, por encima del característico sonido del soplete.

Se baja la careta y acerca la llama al extremo del tubo de acero, hasta

colocarla a apenas un centímetro de la superficie. En los primeros segundos, la chapa se calienta y cambia de color, conforme aumenta su temperatura. De pronto, un chorro de chispas anaranjadas surge de la unión de la llama y el metal.

—¿Qué es eso? —grita Júnior, inquieto—. ¿Qué pasa?

—¡Nada grave! —grita Annie a su vez—. ¡Es normal! ¡Estoy empezando a cortar el acero!

—¡Eres increíble, cariño! —la piropea Júnior—. ¡Jamás habría soñado con enamorarme de una chica capaz de cortar el acero!

Annie continúa con su tarea. Está a punto de completar el corte del extremo de uno de los largueros, cuando se detiene. Aparta la llama del metal y se alza la careta protectora. Luego, cierra el soplete.

—¿Qué ocurre? —le pregunta Frankie.

Ella no contesta. Se limita a buscar entre las herramientas unas pinzas de herrero. Júnior se acerca, con precaución. Del interior de la viga, a través del corte que Annie le estaba practicando, ha surgido una gran gota de metal fundido que ha caído al suelo y se ha solidificado al momento. Es esa gota estrellada la que ahora recoge con las pinzas, levantándola hasta la altura de la vista, para que ambos puedan examinarla.

Júnior abre la boca, con asombro.

—¿Tú qué crees que es esto? —le pregunta Annie. —Así, a primera vista — responde Júnior, después de tragar saliva— yo diría que es oro.

32.000 ONZAS DE TROY

Cuarenta minutos después, mientras los relojes de Chicago están dando las diez, Annie se levanta la careta de soldador y cierra las llaves del soplete.

Ha cortado los dos largueros del bastidor del camión en cuatro trozos cada uno. El interior de las dos vigas estaba ocupado por pequeños lingotes de oro puro, grabados además con contrastes y cuños diversos. En todos ellos aparece la inscripción «CLEV FED RES». También en todos ellos está grabado el mismo peso: «100 OZT», seguido de una fecha, en este caso, variable.

Annie y Júnior han ido colocando los lingotes sobre una de las mantas del

camión, extendida en el suelo. Lo han hecho en filas de diez, una junto a otra. Al terminar, tienen ante sí treinta y dos filas. La cuenta es sencilla: incluyendo seis que han quedado parcialmente fundidos por el soplete, el chasis del camión ocultaba trescientos veinte lingotes.

—Treinta y dos mil onzas de oro puro —resume el hijo del gánster—. A veinte dólares la onza, unos seiscientos cuarenta mil dólares.

—Madre mía... —susurra Annie, que aún conserva puestos los guantes de soldador y, sobre la frente, la careta protectora.

Júnior se sienta en el suelo, la espalda apoyada contra una de las ruedas del camión, contemplando el dorado panorama que forman los trescientos veinte lingotes.

—Hay... algo que me preocupa —dice al rato.

—¿La inscripción de los lingotes, quizá?

Júnior asiente.

—No hay que ser muy listo para traducirla: CLEV FED RES significa Reserva Federal de Cleveland. Así que este oro... es casi seguro que forma parte del atraco al furgón blindado de Cleveland de hace tres semanas. Treinta y dos mil onzas son, aproximadamente, una tonelada. Si los otros tres camiones ocultan la misma cantidad, el total coincide con lo robado en el asalto al furgón.

—¿Y cómo ha venido a parar aquí?

—No lo sé —murmura Júnior, sin dejar de mirar la tonelada de oro en lingotes.

—Si procede del robo del furgón, la cosa es grave —reconoce Annie, mientras se va despojando del atuendo de soldador—. ¿Crees que ese robo pudo ser cosa de tu padre o de Al Capone?

Júnior frunce los labios.

—No lo sé. Creo que no. ¿Para qué iban a querer mi padre o Capone robar un furgón con oro en Cleveland? El oro no es un buen negocio. Atracar furgones no es parte de sus métodos y Cleveland no es su territorio. Nada encaja.

Los dos chicos se miran en silencio. Ambos piensan furiosamente.

—Bien —dice Annie, por fin—. Supongamos que Mortimer no hubiera atacado a nuestros hombres y no hubiera robado los camiones. Ahora, estarían los cuatro en el almacén del Bricktown.

—Cierto.

—Imagina que el FBI se presenta allí esta mañana y descubre el oro escondido en los camiones.

El hijo de Nitti deja caer la mandíbula inferior.

—Podrían acusar a mi padre y a Capone del asalto al furgón y enviarlos a ambos... a la silla eléctrica.

—Ni más ni menos —confirma Annie Fulton.

Júnior abre los ojos de par en par y asiente.

—¡Ahora lo entiendo todo! ¡Esto ha sido una trampa preparada por Ness! Por eso él y sus hombres se marcharon anoche del puerto sin detener a nadie. No les interesaba el whisky. Lo que querían era pillarlos más tarde, con las manos en el oro. ¡Y poder acusarlos del atraco al furgón blindado y del asesinato de cuatro agentes del gobierno!

Annie asiente.

—Lo que ocurre es que, ahora, tres de esos camiones están en poder de Julius Mortimer.

J. EDGAR

Son las diez y veinte cuando Hoover se presenta en la oficina que sirve de cuartel general para Los Intocables. Entra sin llamar y, antes siquiera de saludar, da un golpe en la mesa.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido, Ness? Se suponía que teníamos un plan infalible e ingeniosísimo con el que íbamos a terminar con Capone de una vez por todas.

Pese a su juventud, J. Edgar Hoover lleva ya varios años dirigiendo la Oficina de Investigación del Ministerio de Justicia estadounidense. Y lo seguirá haciendo hasta el día de su muerte. Mientras por la Casa Blanca desfilarán ocho inquilinos diferentes, la jefatura del FBI solo lo conocerá a él durante casi medio siglo.

El rostro de Ness adquiere el color de la grana.

—Lo siento, Edgar. Hasta el mejor de los planes está siempre expuesto a los imprevistos. ¿Cómo imaginar que Julius Mortimer se enteraría de la operación y mandaría a sus hombres a robar los camiones de Capone? Maldita sea. Además, fue una auténtica carnicería. Se cargó nada menos que a seis de los principales

hombres de Nitti.

Hoover se deja caer en el sillón de Ness. Lo señala con el dedo.

—¿Yes? Eso es lo único positivo. Estupendo. Me gusta que los delincuentes se maten entre ellos. ¡Pero me gusta más que mis planes salgan bien! —grita, golpeando de nuevo la mesa—. ¿Sabes lo que me costó convencer al viejo Mellon para que me prestase todo ese oro?

A Ness le costó asociar al «viejo Mellon» con Andrew Mellon, el secretario del Tesoro. Y Hoover seguía, imparable, con sus reproches.

—Eso, por no hablar del dineral necesario para montar la farsa del atraco al furgón blindado. Fabricar en secreto chasis nuevos para esos camiones... ¡Y no hablemos del riesgo de filtraciones! Nos hemos inventado cuatro muertos que no existen. O, mejor dicho, cuatro muertos que ya estaban muertos desde hace tiempo. Cualquier puñetero periodista que sospeche algo y se empeñe en investigar este asunto lo tiene fácil para descubrir que todo ha sido una farsa. Y si nos pillan, va a ser un auténtico escándalo. ¿Sabes cuál será el titular de los periódicos? «El FBI emprende la guerra sucia contra el gansterismo».

—Es la pura verdad, todo hay que decirlo. Vamos a acusarlos de crímenes que no han cometido.

—No, si al final aún tendremos que matar a alguien de verdad para tapanlo todo, ya lo verás.

—Tranquílcese, Edgar. Nadie lo descubrirá. Todo se ha hecho con sumo cuidado, no sea paranoico. El engaño se preparó concienzudamente. El problema es que los camiones, en lugar de acabar en el almacén de Capone y Nitti, acabaron en manos de Mortimer. Pero, bueno, al menos podremos enviar a Mortimer a la silla eléctrica. A ese, no lo salva ni el papa de Roma.

—¡Mortimer, Mortimer...! ¡Me cago en Mortimer! ¡Todo esto lo montamos para atrapar a Capone! ¡Me prometiste que sería Al Capone quien cargaría con las culpas! ¡Yo no habría autorizado montar este berenjenal para acusar a alguien como Julius Mortimer! ¡No es más que un gánster de segunda fila!

—Cálmese, Edgar. Acabar con Mortimer está bien. Si hubiésemos detenido a Capone, Mortimer habría intentado hacerse con todo el negocio ilícito de Chicago y quizá habríamos vuelto a tener el mismo problema que tenemos ahora. Solo habríamos cambiado a un siciliano por un irlandés.

—Siciliano o irlandés, la misma mierda es. ¡Ja! —exclama Hoover, que es aficionado a los pareados.

—No hay mal que por bien no venga, Edgar. Quizá ahora podamos acabar

con ambos. Mortimer se ha puesto la soga al cuello, sin saberlo, al robar esos camiones; y contra Capone... sigo reuniendo pruebas que nos permitirán llevarlo a juicio, se lo garantizo.

—¡Ya! Ya, ya... Por evasión de impuestos y tráfico de alcohol, ¿no?

—Exacto, sí.

—¡No es lo mismo que un cargo de asesinato! ¡No es lo mismo la cárcel que la silla eléctrica!

—Ya lo sé, Edgar. Pero si logramos una condena de diez años, habremos acabado con su carera como delincuente. El resultado será prácticamente el mismo. Nos habremos librado de Capone para siempre.

J. Edgar alza los brazos en un gesto de impaciencia.

—¿Y cuándo será eso? ¿Cuándo podremos acusar a ese cerdo siciliano?

—Confío en que sea antes del verano. Creo que puede ser cuestión de tres o cuatro meses, como máximo.

El director del FBI resopla como un cachalote.

—Está bien. De acuerdo, Eliot. Reconozco que me gustas y confío en ti, aunque no sé por qué. Tienes hasta el verano para conseguirme pruebas contra Capone. Y ahora, explícame el resto del asunto; porque la cosa no acaba aquí, ¿verdad? ¿Qué es eso de que has perdido la mitad de mi oro?

Eliot Ness baja la mirada, al tiempo que tira con el dedo del cuello de su camisa, que, de repente, parece haber encogido dos tallas. Para esto sí que carece de una explicación convincente.

—No es la mitad, es solo la cuarta parte. Aún no sé qué ha pasado, pero... uno de los camiones ha desaparecido. Se ha esfumado. Cuando hemos ido esta mañana a detener a Mortimer, solo tenía tres de los cuatro camiones. Y hemos comprobado que, al lugar de la emboscada, solo llegaron esos tres. No sabemos qué ha ocurrido con el cuarto camión.

—¡Pero, hombre! ¡Lo tendrá Capone, supongo!

—Pues... parece que no. Anoche, en el puerto, entregamos a los hombres de Nitti los cuatro camiones. Mis chicos y yo montamos el número de la redada, rompimos mil botellas de alcohol barato y luego, dejamos el asunto en manos de Bradford y los suyos. Quizá ese fue mi error. Según el informe de Bradford, del puerto salieron los cuatro camiones, juntos, camino del almacén del Bricktown. Pero cuando Mortimer los atacó, en Dickens Avenue, los camiones ya solo eran tres. Ninguno de los hombres de Nitti sobrevivió, así que no podemos preguntarles qué pasó con ese cuarto camión. Y solo ellos lo sabían.

—Alguien más lo sabe. Una persona más, al menos: ¡el conductor de ese camión!

—Sí, claro, claro, es verdad... pero...

—¡Tienes que encontrarlo, Ness! No puedo ir al viejo Andrew Mellon y decirle que he perdido treinta y dos mil onzas del oro que me prestó. Lo entiendes, ¿verdad? Estamos hablando de seiscientos cincuenta mil dólares. ¡Y mi puñetero prestigio!

—Lo entiendo, lo entiendo, Edgar. No se preocupe, daremos con ese camión, se lo prometo. Y a quien lo tenga en su poder, lo acusaremos también del asalto al furgón blindado. Quizás hasta nos salga la cosa mejor de lo que esperábamos.

—Más te vale, porque, de momento, tu plan está resultando una monumental cagada.

PARKER Y LENNY

Júnior y Annie llevan casi una hora decidiendo su futuro. Su futuro inmediato pero, también, su futuro a largo plazo. Quizá el resto de sus vidas.

Hay una opción natural, fácil y lógica: salir de allí, llegar a casa, hablar con el padre de Júnior y que él se ocupe de todo. Y ellos, seguir con su vida.

Y hay una opción mucho más arriesgada, salvaje e insólita. Consiste, básicamente, en romper con todo y apostar su vida y su futuro a rojo o negro, par o impar, falta o pasa, cara o cruz. Juntos. Quedarse con el oro y huir.

Les ha costado decidirse pero, por fin, saben que están de acuerdo.

Opción dos.

Y en veinte minutos, trazan su nuevo plan.

—¿No quieres que vaya contigo?

—Alguien tiene que quedarse aquí cuidando del oro.

—¡Qué dices! ¿Cómo voy a cuidar del oro yo sola?

—Es broma, Annie. No tienes que hacer nada más que esperarme. Seré más rápido si voy solo. Confía en mí.

—No, si confiar, confío. Pero tengo un miedo que me come por dentro...

—Volveré pronto. Una hora o poco más.

Se besan. Júnior sale a la calle por la puerta de servicio, tras haberse sacudido el traje lo mejor posible. La mañana es fría; sin sol, pero luminosa. Ventosa y húmeda, como casi siempre en Chicago.

Tras alejarse una manzana del 2122 de Clark, Júnior Nitti toma un taxi y pide que lo lleve a la sucursal del Banco Caldwell de Canal Street, donde retira todo el dinero de su cuenta. No le ponen ninguna pega.

Cuando sale del banco con los bolsillos llenos de billetes, su confianza en el plan que ha trazado con Annie ha aumentado ligeramente. El primer paso ha salido bien. Aunque solo es eso: el primer paso. De allí, se dirige andando hasta las cocheras de la organización de su padre, cerca de su casa.

—Hola, Parker.

El mecánico levanta la vista que tenía enterrada en el vano del motor de un Chevrolet.

—¡Júnior, muchacho! ¿Cómo estás? ¿Te has enterado de lo de esta noche? Al parecer, han matado a Gordon. Y a Fry. Y a otros cuatro. Por lo visto, han sido los hombres de Mortimer.

Júnior suspira fuerte. Adopta su expresión más compungida.

—Sí, algo he oído. Una tragedia, desde luego. Y lo malo es que quizá sea el comienzo de una guerra.

—Sí, mal asunto. ¿Querías algo?

—Lo cierto es que sí. Necesito un coche.

—Claro, hombre. ¿Te va bien un Ford?

—No, no quiero un Ford. Quiero un coche para escapar.

Parker traga saliva. Simula no haberle entendido bien.

—¿Cómo? ¿Para escapar, dices? Para escapar... ¿de qué?

—No te hagas el tonto, Parker. Mi padre siempre tiene preparados algunos coches por si debe huir de la ciudad precipitadamente. Coches grandes, rápidos, potentes, con el tanque lleno y documentación en regla a nombre de una empresa legal.

El mecánico mira al joven Frank Nitti con cierta prevención.

—Y... quieres uno de esos.

—Sí.

El mecánico se rasca la barbilla. Es la viva imagen de la desconfianza.

—¿Ya lo sabe tu padre?

—Claro que no. Pero tú me vas a guardar el secreto, ¿verdad?

Parker se lo piensa durante diez segundos.

—Siempre me has caído bien, chico. Tengo lo que necesitas.

Echan a andar nave adelante. Cerca de la puerta trasera, Parker retira la lona que protege un automóvil grande, de color blanco marfil.

—El Packard V-12 Sport Phaeton —declama con cierto orgullo—. La joya de nuestra corona. Ciento sesenta caballos. Cien millas por hora. Una hermosa bestia. Las llaves están puestas. Incluso lleva un juego de maletas.

Júnior sonrío al verlo. El auto resulta impresionante.

—Es perfecto, Parker. Gracias.

—¿Te espera un viaje largo?

—Muy largo, sí.

—¿Adónde vas? Si puede saberse, claro.

—A..., a Las Vegas.

Silba el mecánico, con admiración.

—¿Las Vegas? Eso supone cruzar el país entero. ¿Ya lo sabe tu padre?

—No, no lo sabe. Y por eso necesito un coche tan bueno.

—¿Y qué vas a hacer en Las Vegas?

—Jugar en los casinos y... casarme.

Brillan los ojitos del viejo mecánico.

—¿Casarte? ¿Con quién?

—¿Con quién va a ser? Con la chica de mis sueños, naturalmente.

—Y... ¿eso tampoco lo sabe tu padre?

—¡No, Parker, no lo sabe! Es una sorpresa. No me la estropearás, ¿verdad?

—¡Pues claro que no! Descuida. Ni una palabra por mi parte. Y, oye..., que sea enhorabuena.

Cuando abandona el garaje conduciendo el Packard, Júnior se cruza con Lenny, que viene andando por la acera. De pronto, cae en la cuenta de que Lenny tenía que haber ido con él en el camión. Aparte de McGurn, es el único que sabe que Annie y él participaban en la operación.

Lenny se lo queda mirando, con cierta perplejidad. Júnior le sonrío y cruza el dedo sobre los labios, rogándole discreción. Lenny asiente con un gesto mínimo.

Veinte minutos más tarde, Júnior detiene el Packard ante el 2122 de Clark y toca la bocina tres veces. Casi de inmediato, Annie abre el portón del garaje para dejarlo entrar y cierra a continuación.

En cuanto Júnior detiene el motor, corre a abrazarlo.

—He pensado cien veces que no volverías —le confiesa.

—He tardado algo más de una hora, pero ha merecido la pena. ¿Qué te parece el coche? —le dice él, revolviéndole el pelo.

—Impresionante. Quizá demasiado llamativo, ¿no? ¿Ha ido todo bien?

—Ha ido todo tan bien, que en algún momento empezará a ir mal, así que más vale que nos demos prisa. Cuando las cosas se tuerzan, al menos quiero estar lejos de aquí. ¿Has hecho las cajas?

En ausencia de Júnior, Annie ha utilizado la madera de los cajones que almacenaban las herramientas para construir dos cajas más pequeñas que ha llenado de lingotes de oro envueltos en las mantas que llevaba el camión.

Además, en el coche hay dos maletas grandes y una tercera, más pequeña, que también llenan de lingotes. Los que no caben, los echan directamente en el suelo del maletero del Packard, cubiertos por uno de los capotes de hule.

El problema, claro, es el peso. En cada maleta no pueden meter más de cincuenta lingotes antes de que se vuelvan inmanejables; y las cajas son imposibles de levantar si no es con ayuda mecánica. Solo utilizando los gatos hidráulicos y un pequeño polipasto de alzar motores consiguen cargarlas en el auto.

En el último momento, Júnior mete también bajo el capote una docena de botellas de Duncan's.

—¿Crees que es buena idea? —le pregunta Annie.

—Si nos para la policía, no creo que nuestro mayor problema sean unas botellas de whisky. Y el alcohol de calidad abre muchas puertas hoy en día.

Por fin están listos. Júnior y Annie se miran, nerviosos y emocionados.

—¿Nos vamos?

—Solo si estás segura de querer ir conmigo al fin del mundo.

Ella exhibe su sonrisa más deslumbrante.

—Lo estoy, Frankie Nitti. Adiós, Chicago.

Annie se pone ahora al volante. Abandonan el 2122 de Clark, dejándolo bien cerrado y toman dirección norte.

—¿Sabes? A Parker le dije que me iba a Las Vegas —comenta Júnior, de pronto—. A casarme.

La chica ríe. Está tensa como una cuerda de guitarra, pero ríe.

—Aún estamos a tiempo de cambiar de plan.

—De eso, nada. Los planes están para cumplirlos. Y para que salgan bien.

Pronto abandonan la ciudad y continúan por la carretera que serpentea paralela a la costa del lago Michigan.

—¡Este auto es una maravilla! —exclama Annie, que ve la aguja del velocímetro coqueteando con las setenta millas por hora.

—Parker me ha dicho que puede alcanzar las cien millas por hora.

—Eso será cuando no va cargado con una tonelada de oro.

En poco más de tres cuartos de hora, salen del estado de Illinois y cruzan la frontera de Wisconsin; y, en otro tanto, se aproximan ya a Milwaukee. No puede compararse con Chicago, pero es una gran ciudad, la mayor de su estado. Sin entrar en ella, Annie sigue las indicaciones que los conducen a la zona portuaria. No es muy grande, pero incluye una parte comercial y otra deportiva. Más allá, se distinguen atracados algunos barcos de pesca.

En el borde del muelle, prácticamente encima del agua, ven un bar con restaurante; grande, aunque algo destartado. Uno de esos miles de establecimientos que han conocido tiempos mejores antes de que se produjese la Depresión.

—Aparca ahí —le dice Júnior, indicándole a Annie una explanada asfaltada, frente al bar—. Vamos a comer algo. Y a ver si la suerte nos sigue acompañando.

Asombrosamente, el restaurante está especializado en carnes.

Júnior y Annie se comen un buen filete con guarnición de patatas y berenjenas. Estarían solos en el local si no fuera por un anciano acodado en la barra.

El dueño es un tipo grande y pelirrojo, cercano a los sesenta y que, como su restaurante, no vive sus mejores momentos.

—Excelente carne —dice Júnior, cuando el hombre se acerca a retirar los platos.

—Bonito auto —responde el pelirrojo.

—Oiga..., ¿sabe de alguien por aquí que venda un barco de motor?

El hombre mira a los chicos y esboza una sonrisa triste.

—¿Estás de broma, hijo? Vivimos en medio de la Gran Depresión. Hay docenas de barcos a la venta. Docenas. ¿De qué tamaño lo quieres?

—Pues... lo bastante grande como para poder cargar mi coche sobre la cubierta y navegar con seguridad.

El hombre piensa durante unos segundos y asiente.

—Pagas al contado, imagino.

—Por supuesto.

—¿Y yo qué me llevo?

—Seguro que el vendedor estará encantado de darle una comisión.

—Ya cuento con ello. ¿Y por tu parte?

Júnior parece pensárselo.

—¿Conoce el whisky Duncan's?

—¡Je! ¿Conoces la Estatua de la Libertad?

—Tengo seis botellas. Auténticas. Precintadas y lacradas.

Al hombre grande le brillan sus ojillos pequeños.

—Vaya... No tenéis pinta de traficantes de alcohol.

—También tengo un revólver del treinta y ocho. Con mucha munición.

El hombre inspira hondo.

—Guárdalo. Podrías hacerte daño con él. Voy a hacer una llamada de teléfono. Por cierto, me llamo Josh.

El pelirrojo se dirige al teléfono en el extremo de la barra.

—Ahora es cuando llama a la policía y todo se acaba para nosotros —
vaticina Annie.

—Podría ser. Pero no tenemos más remedio que aceptar el riesgo.

—Claro. Audacia es el juego.

En dos minutos, Josh cuelga, entra en la cocina y sale de inmediato con dos tazas y una cafetera. Se acerca a la mesa de Júnior y Annie.

—Un amigo mío estará aquí en quince minutos. Se llama Kenneth. Creo que tiene lo que necesitáis. Tomaos un café, mientras tanto.

FRANK NITTI

Mientras su hijo y Annie Fulton toman café en el puerto de Milwaukee, Frank Nitti, acompañado de dos de sus guardaespaldas, acude a la peletería Reginald Golden de Chicago y, al entrar, pide un gorro de astracán negro. La dependienta, tras escuchar la contraseña, lo conduce al despacho estilo *art déco* del encargado. Allí, Nitti espera la llegada del jefe de Los Intocables, mientras sus

guardaespaldas permanecen en la salita de fuera.

Ness tarda apenas dos minutos.

—Buenas tardes, señor Nitti.

—Espero que sean buenas para usted, Ness. Desde luego, para mí no lo son en absoluto. Como ya sabrá, esta pasada noche he perdido a seis de mis mejores hombres. A siete, en realidad.

—Lo sé. ¿Qué ha ocurrido, Nitti? Se suponía que el robo de los camiones por parte de Mortimer iba a ser limpio, sin violencia. ¿Qué ha fallado?

El italiano afila la mirada.

—¿Qué ha fallado? —repite—. Pues ha fallado lo que hace fallar siempre los buenos planes: el factor humano. Le encargué a McGurn el papel de chivato. Le pedí que simulase traicionarme delante de Mortimer y, por lo visto, decidió traicionarme de verdad. Sinceramente, no lo esperaba de él.

—¿Seguro que ha sido McGurn?

—Hay una regla muy simple en mi oficio: aplicada a este asunto, dice que cuando seis hombres mueren en una emboscada y solo uno se salva, ese es el verdadero traidor. Además, creo que sus famosos Intocables lo han detenido esta mañana junto a los hombres de Mortimer.

—Sí, cierto. Estaba con ellos, como uno más. Parece que ha decidido cambiar de bando.

—*Porco Giuda*^[1]... ¿Sabe que varios de los muertos anoche fueron sus compañeros durante diez años? Seguro que algunos de ellos le salvaron la vida en más de una ocasión. No se puede ser más miserable.

Ness invita a Nitti a sentarse. Él lo hace al otro lado de la mesa.

—Dígame, Nitti: ¿sabía McGurn lo del oro?

—¡Claro que no! Lo del oro solo lo sabíamos usted, yo y aquellos a quienes usted se lo haya contado. A McGurn siempre le dije que se trataba de una entrega de whisky de primera calidad. Hay momentos en que me parece que no ha llegado usted a entender completamente mi plan.

—¿A qué viene eso? ¿Se olvida de que he sido yo quien lo ha puesto en práctica? Convencí a Hoover de que era idea mía. De que era una buena idea.

El tono de Ness lleva a Nitti a alzar las manos.

—Bien, bien, no se enfade, agente... A fin de cuentas, si el plan ha tenido algún fallo, ha sido en mi contra. Usted ha detenido a Mortimer y su gente, tal como estaba previsto.

—Eeh..., sí, eso sí. Siguiendo el plan, hemos aparecido esta mañana en sus

almacenes por sorpresa. Naturalmente, el Duncan's había desaparecido y se creían a salvo. Sin embargo, allí seguían los camiones y, cuando hemos sacado el oro y los hemos acusado del asalto al furgón de Cleveland, a Mortimer casi le da una angina de pecho. Debo reconocer que ha sido una jugada maestra, Nitti.

—Me alegro de que esa parte haya salido según lo previsto. Por desgracia, yo mañana tendré que acudir a seis funerales no previstos. Y tenía hora en el dentista.

—Y yo lo siento de veras. Lo que ocurre es que, aparte de eso, hemos sufrido otro problema inesperado, Nitti.

El lugarteniente de Capone endurece el gesto, de nuevo.

—¿Más errores? ¿De qué se trata?

—¿No lo sabe?

—Pues... no.

Eliot Ness toma aire antes de facilitar la información a Nitti. Además, quiere estudiar muy bien su reacción al escuchar la noticia. Pese a la colaboración mutua, no se fía ni un pelo del italiano.

—Resulta que uno de los camiones ha desaparecido. Se esfumó anoche, por lo visto. Antes del tiroteo. Según hemos comprobado, en la emboscada de Dickens Avenue, Mortimer solo se hizo con tres de ellos.

La sorpresa, real o fingida, lleva a Nitti a levantar las cejas hasta el nacimiento del pelo.

—¿Qué me dice! ¿Que ha perdido usted un camión lleno de oro y whisky? ¡Por el Santo Sudario, Ness! ¡Esto es el colmo de la incompetencia!

—¿Me está dando, a entender que usted no sabe nada de esto?

—¿Yo? Desde luego que no. ¡Primera noticia!

—Pero su banda sufrió anoche seis bajas. Si iban dos hombres en cada camión, los muertos deberían haber sido ocho. ¿No le ha parecido raro?

—¿Qué insinúa? ¿Cómo diablos iba yo a saber cuántos hombres iban en cada camión? De toda la operación se encargó McGurn. Pensé que los muertos eran los cuatro conductores y dos escoltas... —Nitti, de pronto, mira fijamente a Ness. Lo señala con el dedo, firme, inclinándose hacia él—. ¡Eh, oiga, Ness! No pensaré que tengo algo que ver con ello, ¿verdad? Eso es una estupidez. Le propuse un trato para eliminar de este juego a Mortimer y a Capone. Estamos hablando de controlar Chicago entera entre usted y yo. ¿Y me acusa de robar un camioncito con unas cuantas onzas de oro y unas cajas de whisky? ¡No sea ridículo, hombre! Además, lo de los camiones era cosa suya. ¿Cómo pudo

perderlo de vista? Un camión es algo muy grande.

Ness suspira. Para su desgracia, Nitti lleva razón.

—Lo cierto es que... fue... un error, un exceso de confianza. Los hombres de la catorce se suponía que debían vigilar el trayecto de los camiones desde lejos pero... finalmente debieron de pensar que no era necesario.

—¿Habla de los polis de Bradford? ¡Ese Bradford es un completo inútil, por Dios! Pero no desespere, hombre. Interrogue a Jack McGurn. ¡Hágale cantar, por todos los demonios! Él tiene que saber lo que ocurrió con ese camión. Empezó la operación junto a mis hombres y la terminó del lado de Mortimer. ¡Seguro que él sabe lo que ha pasado!

—Lo hemos intentado, pero no está tan claro. Mis muchachos han interrogado a fondo a McGurn. Le han apretado bien las clavijas y estamos bastante seguros de que no miente cuando dice no tener idea del paradero del camión. Por lo visto, él se marchó del puerto en coche, por una ruta diferente. Así que solo tenemos clara una cosa: en algún punto entre el puerto y Dickens Avenue, uno de los camioncitos... se esfumó.

Nitti intenta disimular la mala opinión que tiene sobre Ness. Le parece un necio absoluto.

—Bueno, bueno..., sobre todo, no pierda los nervios, Ness —le dice, tratando de mostrarse tranquilo y conciliador—. Cuenta usted con toda la policía de Chicago para encontrar un camión. No puede ser muy difícil dar con él. Además, McGurn sí les habrá dicho, al menos, quién lo conducía. ¿Se lo han preguntado?

Eliot Ness carraspea. Esa es una información que no está seguro de querer facilitarle al italiano. Pero no le queda otro remedio.

—Sí, claro que lo hemos hecho. Le hemos preguntado quiénes viajaban a bordo del camión desaparecido....

—¿Y...?

—Según McGurn, se trataba de... su hijo Frankie y una chica muy joven. Una tal Fulton.

Eso sí que no lo esperaba. Nitti tiene que apoyar ambas manos sobre la mesa, porque siente que el mundo se bambolea; afila la mirada y aprieta los dientes para detener el temblor de la barbilla; palidece. Por un segundo, parece que lo hubiese alcanzado un rayo.

—Condenado hijo de perra... —masculla, tras un largo silencio que Ness no se ha atrevido a interrumpir—. Ese chacal malnacido ha intentado matar a mis

hijos.

—¿Sus... hijos? ¿Esa chica también es hija suya?

—Como si lo fuera.

—¿Sabe dónde están? ¿Puede localizarlos?

Nitti se siente confuso.

—Pues... imagino..., supongo que estarán en casa. Aunque no lo sé con certeza, la verdad. No he pasado por mi domicilio desde esta madrugada, cuando me avisaron de la matanza. No ha sido hoy un día muy propicio para pasarlo en familia, ya me entiende...

Ness le señala el teléfono que hay sobre la mesa.

—Puede... llamar a su casa, si quiere.

Frank Nitti mira al jefe de Los Intocables con perplejidad.

—No, señor Ness. No quiero. Pero daré pronto con ellos. Y si son ellos quienes tienen su camioncito, se lo devolveré, no se preocupe.

—Le estaré muy agradecido. Lo cierto es que la desaparición de ese oro me ha creado un conflicto con mi jefe.

—John Edgar Hoover —murmura Nitti, entre dientes—. Vaya pieza. Aunque supongo que, si estuviese del lado en que están ustedes, me gustaría contar con aliados como él.

La noticia sobre Júnior y Annie ha dejado tocado al italiano. Su semblante se ha tomado sombrío. Y parece indeciso. Ness tiene que recordarle el principal motivo de su reunión.

—Bien, señor Nitti, yo he cumplido mi parte de nuestro trato. Gracias a su plan he podido detener a Mortimer y sus hombres. Los acusaremos de organizar el asalto al furgón de Cleveland y de la muerte de cuatro funcionarios públicos. A cambio..., acordamos que usted me proporcionaría pruebas para acusar y condenar a Al Capone.

Frank Nitti asiente, siempre muy serio. Se levanta, se dirige a la puerta del despacho, la abre y tiende la mano hacia uno de sus guardaespaldas, que le alarga un maletín de cuero marrón. Nitti, a su vez, se lo entrega a Ness.

—Ahí tiene. Con eso, podrá montar la acusación contra Capone.

—¿Evasión de impuestos y violaciones de la Ley Seca?

—Todo en detalle. Delitos menores pero reiterados en el tiempo. Suficientes para diez años de condena, al menos.

Ness abre el maletín sobre la enorme mesa del peletero y examina los documentos. Es justo lo que esperaba. Complacido, sonrío.

—Estupendo, Frank. Acusaremos formalmente a Capone en cuanto sea posible. Pero... no tendremos más remedio que acusarle también a usted de algo. Sería muy sospechoso que el lugarteniente de la organización no fuera perseguido por la ley.

—Contaba con ello —admite Nitti—. Puede que hasta me vengan bien unos meses de vacaciones a la sombra. Me ayudarán a reordenar mis ideas. Usted procure que no sean muchos. Recuerde: menos de un año, en cualquier caso.

—Ese fue el trato. Y después, usted y yo controlaremos Chicago.

—Cuanto antes salga yo de la cárcel, antes podremos poner en marcha nuestro negocio común, señor Ness. Y ahora, si no se le ofrece nada más, me retiro. Como le dije al llegar, está siendo un día largo y duro. Un día odioso.

Nitti inicia la marcha, pero el silencio de Ness lo detiene. El gánster se vuelve lentamente hacia el agente del FBI.

—Sospecho que ocurre algo más. ¿No es así, señor Ness?

—El caso es... que sí —responde el agente federal—. Y créame que lamento darle un nuevo disgusto en este día tan complicado.

—Resulta usted increíblemente irritante. ¿Lo sabía?

—Ya le digo que...

—¿De qué se trata? —corta Nitti.

Ness saca de uno de los bolsillos de su chaqueta un cuaderno de color rojo, de tapas de hule, y se lo tiende al gánster. Nitti frunce el ceño, lo toma y lo abre. Lo hojea, deteniéndose en diversas páginas. Si, hasta hace un momento, la cara de Nitti expresaba pesar, ahora mirarle produce miedo.

—Son... las claves de nuestra organización. ¿De dónde las ha sacado?

Ness duda en el último instante. Pero se da cuenta de que ya es tarde para echarse atrás.

—Me las entregó hace unos días la señora Beth Fulton.

Frank Nitti inclina lentamente la cabeza hasta clavar la barbilla en el pecho, como si estuviese ofreciendo su cuello al verdugo, mientras estruja el cuaderno rojo en su puño derecho.

—¿Qué le pidió a usted a cambio? —pregunta, luego, con un hilo de voz.

—Que acabase con usted. Me dijo que solo buscaba... venganza.

Nitti alza la vista hacia Ness.

—¿Venganza? ¿Venganza por qué? No recuerdo haberme portado con nadie mejor que con ella, aparte de mi propia familia. ¿Qué venganza?

—Según me confesó, su marido murió tiroteado hace dos años. El día de San Valentín.

Nitti tarda unos segundos en procesar la información pero, enseguida, abre la boca y se lleva la mano a la frente.

—¡Oh, santo Dios...! —susurra—. Ahora lo entiendo. De modo que el misterioso señor Fulton, del que ella nunca quiere hablar, era uno de los seis de Bugs Moran... Nunca lo imaginé. La vi tan hermosa, tan huérfana de cariño, que jamás pensé que estuviese a mi lado por otro motivo que el de sentirse protegida. Yo solo pretendía hacerla feliz. Me he comportado como un imbécil.

—Por si le sirve de consuelo..., personalmente, no conozco a una mujer más atractiva que la señora Fulton. Puesto en su lugar, cualquier hombre habría cometido su mismo error, Frank.

Frank Nitti respira con dificultad a causa del odio, que le cierra los bronquios como un ataque de asma. Tarda un buen rato en recuperarse. Tras ello, mira al policía.

—¿Tiene alguna otra mala noticia que darme, Ness?

—No.

—Entonces, me voy. Ya he tenido suficiente dosis de deslealtad por hoy.

Nitti, cabizbajo, se dirige hacia la puerta. Sin embargo, justo antes de salir del despacho, con la mano ya sobre el pomo, sin volverse, sin mirarlo, se dirige una última vez al jefe de Los Intocables.

—¿Podría hacerme un favor, Ness?

—Si está en mi mano...

—Deje en libertad a Jack McGurn.

DANIEL BOONE

El barco se llama Daniel Boone. Tiene buen aspecto, un tamaño adecuado y un precio que, con regateo, pueden pagar con lo que Júnior sacó del banco esa mañana, así que cierran el trato.

Con ayuda de la grúa del puerto deportivo, depositan el Packard sobre la

cubierta y unos empleados del taller de reparación náutica lo aseguran con firmeza, mediante cabos y cinchas.

Billetes de banco y botellas de buen whisky cambian de manos.

No se hacen preguntas, ni de un lado ni de otro. El que nada sabe a nadie puede delatar.

—Que tengáis suerte —les desea Josh, el dueño del restaurante, al tiempo que les entrega una cesta con provisiones—. Esto, por si la travesía se alarga más de la cuenta —les dice, guiñando un ojo.

Llenos sus tanques de combustible, el Daniel Boone sale ronroneando de la bahía de Milwaukee en dirección sur, y comienza a costear. Sin embargo, en cuanto los dos chicos pierden de vista las instalaciones del puerto, hacen girar el timón hacia el este.

—Rumbo ochenta y cinco —anuncia Annie, comprobando la brújula.

Se adentran en el lago para cruzar a la orilla contraria. Pronto dejan de ver la costa y, en apenas unos minutos, es como si estuviesen en alta mar. Una mar tranquila y dulce, en la que el sonido del motor marino de dos tiempos es como un susurro protector.

—Tenemos que deshacernos del coche —recuerda Frankie, un rato después.

Descargan sobre el barco las cajas con el oro y las maletas, sin prisa, ayudándose con los gatos hidráulicos. Luego, el resto de los lingotes. Más tarde, desmontan el pretil de la amura de babor y, finalmente, sueltan todos los amarres que sujetan el Packard a la cubierta de la nave.

—Ya está —dice Júnior, tras haber bloqueado la dirección en la posición adecuada—. Solo hay que ponerlo en marcha.

—¿No será peligroso? —pregunta Annie—. ¿Y si volcamos?

—No vamos a volcar. ¿No has visto que tenemos la suerte de cara?

Júnior trepa hasta el techo del puente del Daniel Boone y lanza una mirada circular. Nadie. Ninguna otra embarcación a la vista, ni grande ni pequeña.

—Vamos allá.

—¿No te da pena deshacerte de un coche tan bonito?

—No. Resulta demasiado llamativo, tú misma lo dijiste. Además, es de mi padre. Y no quiero nada suyo.

—¿Y qué me dices del oro?

—El oro no es de mi padre. Es del Gobierno.

Annie se echa a reír.

Cuando el coche salta la borda, se inclina sobre ella y, finalmente, cae al agua, el Daniel Boone sufre un vaivén tan pronunciado que, en efecto, está a punto de hacerlo naufragar. Pero el barquito se recupera bien. Y, tras bambolearse varias veces como una atracción de feria, consigue mantenerse a flote y, acto seguido, seguir navegando, como si nada, hacia su incierto destino.

Ahora sí, de nuevo en marcha, los dos chicos se abrazan. Se besan con desesperación. Ruedan el uno sobre el otro por toda la cubierta, entre risas.

Aunque un tiempo antes había salido el sol, ahora lo cubren nubes de tormenta. Comienza a llover. Júnior toma de la mano a Annie y ambos se refugian en el pequeño camarote de la nave. Solos con su pedacito de felicidad.

McGURN

Son las siete de la tarde cuando un policía mucho más bajo que él abre la puerta de la celda en la que Jack McGurn lleva detenido desde primera hora de esa mañana.

—Estás libre —le dice—. Alguien ha pagado tu fianza. Pasa por el mostrador a recoger tus cosas.

El que durante años fue mano derecha de Frank Nitti ni siquiera lo mira. Sabe lo que para él significa esa libertad. El fin.

En silencio, se acerca al mostrador, donde le entregan una bolsa de papel con todo lo que llevaba en los bolsillos al ingresar esa mañana en el calabozo. Entre sus objetos personales está su pistola Beretta. La examina.

—¿Y las balas? —pregunta.

El policía, que le tiende una tablilla para firmar, lo mira de abajo arriba y chasca la lengua.

—Anda, no digas más sandeces y lárgate de una puñetera vez.

Jack sube lentamente hasta la planta principal y cruza como un fantasma el vestíbulo de la comisaría. Se detiene ante la puerta giratoria. Al otro lado, sabe que le espera la muerte.

Se coloca el sombrero ligeramente ladeado. Con él puesto, mide más de dos metros de estatura. No es alguien que pase fácilmente desapercibido.

Al fin, avanza, cruza la puerta, comienza a bajar los catorce escalones que lo separan de la acera; una acera llena de árboles viejos, grandes, de troncos tan llenos de cicatrices como él mismo.

Siente de pronto un sonido a su espalda. Un carraspeo. Una voz que conoce bien.

—¡Eh, tú! Sucia rata...

McGurn se vuelve. Frank Nitti está plantado en medio de la acera, a tres pasos de distancia. Por un instante, Jack valora la posibilidad de abalanzarse sobre el italiano y romperle el cuello con sus manos. Pero sabe que, antes de que pueda lograrlo, aparecerán sus gorilas, le romperán la nariz, le romperán las piernas y le volarán los sesos. Así que no hace nada. Solo espera el final, el castigo a sus errores.

—¿Por qué, Jack?

El gigante se alza de hombros.

—Por despecho, Frank. Solo por despecho.

—Yo te saqué de la calle y te di una oportunidad. No eras nadie antes de que yo te encontrase.

—Sigo sin ser nadie, Frank. Así que nada te debo.

Nitti decide no perder más el tiempo. Basta de conversación.

Saca un revólver del bolsillo, apunta un instante y efectúa dos disparos, muy seguidos.

Se oyen gritos, en alguna parte, no muy lejos.

Mientras el gigante cae desplomado sobre la acera, Frank Nitti da media vuelta y se aleja, seguido por sus dos guardaespaldas, que han surgido de entre las sombras.

BETH FULTON

Aunque tiene motivos sobrados para ello, Betty no ha llorado en todo el día. Ha permanecido encerrada en casa, haciendo llamadas telefónicas, contestando llamadas telefónicas.

A las ocho de la tarde, suena el timbre de la puerta de su apartamento.

Observa por la mirilla antes de abrir y ve que se trata de Frank Nitti.

Se mira en el espejo y se recompone el pelo. Lleva un traje que la favorece y sus mejores zapatos. Va peinada y maquillada. Está espléndida.

Cuando abre la puerta, la cara de Nitti le dice que ha tenido uno de los peores días de su vida. No le sonrío. No le da un beso.

—Hola, Beth. ¿Puedo entrar?

—Claro, Frank. Como si estuvieses en tu propia casa —ironiza.

Una broma sin gracia en respuesta a una pregunta retórica.

Nitti pasa, cuelga su abrigo en el perchero de la entrada y se sienta en un sillón de orejas, que es su favorito. Beth enciende un cigarrillo y permanece en pie, frente a él, de espaldas a la ventana.

—¿Has sabido algo de los chicos? —pregunta ella, tras la primera calada.

—Júnior se ha llevado esta mañana uno de mis coches.

Aunque trata de disimularlo, se siente aliviada.

—De modo que sigue vivo. —Apenas se atreve a hacer la siguiente pregunta, la que más le interesa—. ¿Y Annie?

—Supongo que está con él. Parker, el mecánico, me ha dicho que pensaban irse a Las Vegas. A casarse. Pero imagino que será mentira. Seguramente, irán en dirección contraria. O qué sé yo.

—Así que no sabes dónde están.

—No, pero sospecho que están juntos y que están bien. Y que lo seguirán estando. No solo son listos. Además, forman una pareja con suerte. Y eso es importante. Un antiguo emperador de Francia, un tipo llamado Napoleón, decía que la cualidad que más valoraba en sus generales era la suerte. Antes que a un valiente, o a un tipo listo, prefería a un hombre con suerte. Annie y Júnior son de esos. Anoche deberían haber muerto en la emboscada de Mortimer. Pero no murieron. De algún modo, desaparecieron, se evaporaron, como en un truco de magia. Esquivaron a la parca. Nuestros hijos son chicos con suerte, Beth. Con mucha suerte.

—Todo lo contrario que nosotros.

—Así es.

Nitti saca del bolsillo el cuaderno rojo de tapas de hule y lo arroja sobre la mesita. Está muy maltrecho, después de que lo haya estrujado cien veces en sus manos pero, pese a eso, Betty lo reconoce. Y palidece de inmediato.

—Sí, me lo ha dado Eliot Ness —continúa Nitti—. El jefe de Los Intocables.

Eso de Los Intocables está bien como propaganda del Gobierno, pero ya ves..., le diste tu confianza a quien no la merecía.

Betty se yergue. Envuelta por la niebla azulada del humo del tabaco, está más hermosa que nunca, porque saber que ha sido descubierta, que ya no necesita fingir más, le produce tranquilidad y le embellece aún más el semblante.

—Como en tantas ocasiones, está claro que no tomé la decisión adecuada —reconoce—. Supongo que el gran error fue quedarme aquí tras la muerte de Eddy. Quizá debería haberme ido de Chicago con Bugs Moran. Me lo propuso. Me insistió. Creo que estaba enamorado de mí. Pero yo le dije que no porque me sentía ciega de odio y hambrienta de venganza. Quería acabar contigo a toda costa.

Nitti compone una sonrisa amarga.

—¿Bugs Moran, dices? Irte con él habría sido otra mala decisión, Beth. Está claro que tu fuerte no es juzgar a la gente. Moran se hartó de decir que aquel día de San Valentín salvó la vida porque llegó tarde a la cita con sus hombres en el garaje de Clark. Pero no fue así. Nunca pensó acudir a esa cita porque esa cita era una trampa que él preparó. Moran vendió a sus hombres. La muerte de tu marido y sus compañeros le sirvió de excusa para abandonar Chicago con cierta dignidad y mucha prisa, dejando un montón de cuentas pendientes de todo tipo. Moran es otra rata. Una de las peores que he conocido. Ahora vive en Florida. Es un don nadie que, de cuando en cuando, se deja invitar a comer a cambio de contar historias de la época en que era un gánster de Chicago. Pura basura.

Con la verdad sobre Bugs Moran, Nitti ha conseguido hacer saltar las lágrimas de Beth.

—Eres despreciable, Frank —dice conteniendo un sollozo—. ¿Es que no vas a dejarme intacto ni un solo recuerdo? ¿Es que no comprendes que necesitaré al menos una imagen hermosa, algo bonito a lo que afeitarme cuando vaya a morir?

Algo en el tono de Betty conmueve a Frank, que suaviza sus palabras.

—Los tienes de sobra, Beth. Piensa en tu marido. He preguntado a los muchachos y nadie ha sabido decirme nada malo de él. Al parecer, era un buen tipo. Quizá el único. También puedes pensar en nosotros. En estos dos años conmigo has tenido dinero, le has dado estudios a tu hija, me has engañado como a un imbécil y has vivido con la ilusión de la venganza. Eso está bien, ¿no? Yo, por mi parte, te he adorado todos y cada uno de los días que he pasado contigo. La cosa termina mal, es cierto, pero... ¿qué pareja hoy en día no termina mal?

Nitti se incorpora y va a ponerse su abrigo.

Beth le da la espalda. Sigue fumando, mirando a la calle a través del cristal de la ventana.

—¿Quieres otra buena noticia? Jack McGurn está muerto. Lo he matado yo. Hacía tiempo que no mataba a nadie en persona.

Beth asiente.

—Bien. Gracias, Frank.

—No hay de qué.

Frank Nitti empuña su revólver. Aún le quedan tres balas en el tambor.

Está a punto de pedirle a Beth que se vuelva, pero cae en la cuenta de que, si ella lo hace, él será incapaz de disparar. Así que calla, alza el arma y efectúa dos disparos, muy seguidos.

Asombrosamente, uno de ellos, falla. El otro, le entra a Beth por la nuca y le sale por el pómulo.

Hay ruido de cristales rotos.

Abajo, en la calle, alguien grita.

Frank Nitti ve cómo la mujer se desploma ante sus ojos. El aire abandona sus pulmones y parece no querer regresar. Contempla el charco de sangre que, poco a poco, se va extendiendo junto a la cabeza de Beth. Se siente hueco, vacío. Quizá por eso, el sonido del disparo retumba en su cabeza, como rebotando entre las paredes de su cráneo durante un tiempo larguísimo.

Guarda el arma. Mira su imagen reflejada en el espejo de la entrada y se recoloca el nudo de la corbata. Por primera vez en su vida, no le gusta lo que ve.

EPILOGO: ABRIL DE 1931

CANADÁ

Tras cruzar a la orilla este del lago, el Daniel Boone ha continuado su singladura hacia el norte, con la costa siempre a la vista, rodeando el estado de Michigan, cada vez más lejos de Chicago.

Júnior y Annie no pueden sentirse más felices. Se aman intensamente, sin prisas. La primavera avanza y el tiempo mejora día a día. Van de puerto en puerto, de playa en playa. Lugares pequeños, de gente sencilla, donde siempre se sienten bien acogidos.

Cinco días después de su partida, pasan a las aguas del lago Hurón y siguen adelante, descubriendo más y más parajes hermosos. De cada uno de ellos, piensan que sería un buen lugar para vivir. En alguno recalán dos o tres días. Aunque siempre acaban por regresar a su barco y continuar navegando.

Por fin, una mañana como otra cualquiera, mientras surcan las aguas del sur del Hurón, sin ser conscientes de ello, atraviesan la frontera invisible que separa su país del Canadá.

Así, la siguiente vez que tocan tierra, lo hacen en suelo extranjero.

Es un puerto minúsculo, doce casas y un comercio donde comprar de todo y de nada. A no mucha distancia sí se levanta una ciudad de cierto tamaño y nombre famoso: Londres.

En la tienda, mientras compran provisiones, se enteran de que en Londres

hay un cine, el Excelsior. Y esa tarde proyectan *El enemigo público*. Se miran, aturdidos por los recuerdos.

—¿Te apetece volver a verla? —pregunta Júnior, tras un silencio.

—Lo cierto es que no —responde Annie—. No me gusta el cine que se parece a la vida.

El asiente.

—Si quieres, esperamos a que echen un musical.

—Eso sí estaría bien. Me chiflan los musicales, ya sabes.

Pagan la compra a una mujer muy mayor, teñida de un imposible rubio rosado, y vuelven a su barco entre risas y besos.

El sol dibuja guiños dorados en las aguas.

La mañana es azul y alegre.

Contraportada

TÚ, SUCIA RATA

Chicago, 1931. El alcohol está prohibido y los gánsteres se han hecho los dueños de la ciudad. El dinero ilegal obtenido por el tráfico de whisky es capaz de comprar a muchos corruptos, da igual de qué estamento sean. De vez en cuando, una matanza cambia las tornas y un nuevo jefe se alza con el poder, pero todo sigue igual. ¿Es posible que triunfe el amor en un ambiente así, lleno de asesinatos y venganzas? ¿Heredan los hijos los pecados de los padres? Annie solo tiene 18 años y ya es una experta conductora en atracos; después de todo, su padre, víctima en la matanza de San Valentín, le enseñó todo sobre coches. Y Júnior, con sus 22 años, es el niño mimado de su padre, Frank Nitti, el lugarteniente de Al Capone. ¿Qué futuro puede esperarles a dos jóvenes como ellos por muy enamorados que estén?

Fernando Lalana

NACIÓ en Zaragoza hace más de medio siglo y es piscis. De pequeño pensaba ser arquitecto. De mayor, quiso ser actor de teatro. Pero como en medio estudió Derecho, finalmente optó por hacerse escritor. Lo decidió el 20 de febrero de 1985, a las nueve y cuarto de la noche, cuando lo llamaron para decirle que *El Zulo*, su primera novela, había ganado el premio Gran Angular. Desde entonces, se dedica exclusivamente a escribir. Ha publicado ya más de cien libros, tiene tres millones de lectores y ha ganado bastantes premios. Entre ellos, el Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. Su obra más conocida es *Morirás en Chafarinas*, que fue llevada al cine por el director Pedro Olea. Salían Jorge Sanz y María Barranco. Lalana está casado y tiene dos hijas que no quieren ser escritoras.

NOTAS

[1] Giuda: en italiano, Judas, traidor.